Eso no estaba en el plan



VICTORIA MARS

Victoria Mars

Eso no estaba en el plan

© 2026 Victoria Mars

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia.

Publicado de forma independiente.

Queda prohibida la reproducción total o parcial sin autorización escrita del autor.

1

La caja de cartón pesaba menos de lo que debería después de seis años.

Seis años de madrugones, de cafés asquerosos de máquina, de presentaciones a las nueve de la mañana con clientes que no distinguían un brief de un bífidus. Seis años de juntas interminables, de correos marcados como urgentes a las once de la noche, de Navidades con el amigo invisible de la oficina comprando tazas con frases motivacionales que nadie se creía.

Y todo cabía en una caja de cartón.

Metí la planta (medio muerta, como mi carrera), el marco de fotos que ya no tenía foto (Pablo se la había llevado con su escritorio, su

ego y mi proyecto de cuentas para Iberia), tres libretas Moleskine a medio usar y un bote de crema de manos que olía a melocotón.

—Martina.

Levanté la vista. Pablo estaba en la puerta de su despacho. Nuestro despacho, hasta hace cuatro meses, cuando decidió que compartir mesa con Silvia era más productivo. O más lo que fuera.

—¿Qué?

—Solo quería decirte que... bueno. Que lo siento.

Lo miré. Pablo Herrera, treinta y cuatro años, metro ochenta de cobardía bien peinada. Camisa azul. Gemelos. Reloj que le regalé yo por su cumpleaños. A su espalda, Silvia tecleaba algo en el ordenador con la concentración fingida de alguien que escucha cada palabra.

—No lo sientes —dije—. Pero gracias por el gesto.

—Martina, no hace falta que...

—¿Que qué? ¿Que sea sincera? Pablo, me robaste el proyecto de Iberia, se lo presentaste al cliente como tuyo y cuando intenté decírselo a Ramón, te pusiste de su lado. Me humillaste delante de veinte personas. Y luego tuve un ataque de pánico en el baño

porque no podía respirar. Así que no, no lo sientes. Pero no pasa nada. Porque yo tampoco.

Cogí la caja. Pesaba cuatro kilos. Seis años pesaban cuatro kilos.

Crucé la oficina sin mirar a nadie. Veintidós escritorios, veintidós personas que durante seis años habían sido mi vida y que ahora evitaban mis ojos como si la dimisión fuera contagiosa. Solo Bea, la recepcionista, me guiñó un ojo al pasar.

—Suerte, guapa.

—Gracias, Bea.

Ascensor. Planta baja. Calle Serrano a las cinco de la tarde con sol de mayo y el ruido de Madrid como una bofetada amable. Metí la caja en el maletero de mi Seat Ibiza blanco (ciento cuarenta mil kilómetros, un arañazo en la puerta izquierda que Pablo nunca quiso

arreglar y la pegatina de «mi otro coche es una escoba» que Lucía me pegó hace tres años y que no he conseguido despegar).

Me senté al volante. Respiré.

Y llamé a Sara.

—Dime.

—Me he ido.

Silencio.

—¿Del trabajo?

—De todo.

—¿De todo de todo? ¿De Pablo, de la agencia, de...?

—De Pablo llevo fuera cuatro meses, Sara. De la agencia, de Madrid, de mi vida tal y como la conocía. Me he ido.

—Madre mía. —Oí cómo se movía, probablemente buscando un sitio tranquilo en La Paz—. ¿Y adónde vas?

Miré el GPS. Ya lo tenía puesto. Quinientos treinta y dos kilómetros.

Cinco horas y media si no había obras en León.

—A Asturias. A casa de la tía Rosa.

—¿A Asturias? ¿Sola?

—Rosa está en Portugal con su amiga Marisol. Me ha dejado la casa.

—Martina, ¿estás segura de que...?

—No. No estoy segura de nada. Por eso me voy.

Sara se quedó callada un momento. La quiero por muchas cosas, pero sobre todo por los silencios: sabe cuándo no hay que rellenarlos.

—Vale —dijo—. Conduce con cuidado. Llámame cuando llegues. Y Martina.

—¿Qué?

—Estoy orgullosa de ti.

Colgué antes de que se me notara la voz. Arranqué. Madrid quedó atrás en el retrovisor: los edificios de Nuevos Ministerios, la M-30, la A-6 hacia León. Cinco horas de autopista, dos paradas en

gasolineras y un bocadillo de la máquina expendedora que sabía a plástico con forma de jamón.

Mi madre llamó a la altura de Valladolid.

—Hija, ¿es verdad que has dejado el trabajo?

—Mamá, ¿cómo te has enterado?

—Me ha llamado tu tía Rosa, que se ha enterado por tu prima Alicia, que se ha enterado por Instagram. ¿Has puesto algo en Instagram?

—No, mamá.

—Pues Alicia dice que sí.

—Le di a me gusta a una foto de un perro. Eso no es contar nada.

—Martina, ¿me puedes explicar qué está pasando?

Le expliqué. O lo intenté. Mi madre, Carmen Vega, cincuenta y ocho años de sabiduría no solicitada, tiene la capacidad de escuchar una

historia de quince minutos y resumirla en una frase que te destruye el alma.

—O sea, que estás en paro, sin novio y yéndote a un pueblo.

—No estoy en paro, he dimitido. Es diferente.

—Sí, es peor. Al menos en paro cobras.

—Mamá.

—Hija, a tu edad yo ya tenía dos niños, una hipoteca y un marido.

—Mamá, papá se fue cuando yo tenía siete años.

—Pero la hipoteca la tenía.

No había forma de ganar esa conversación. Nunca la había. Colgué prometiendo llamar al llegar, sabiendo que llamaría ella tres veces antes.

Llegué a Porrúa a las once de la noche. Porrúa: un pueblo en el concejo de Llanes que tiene doscientos habitantes en verano y ochenta en invierno, una tienda que abre cuando le apetece a

Manolo, un bar que cierra cuando Marcelino se cansa y un silencio que se te mete en los huesos.

La casa de Rosa estaba al final de una cuesta de tierra. Piedra gris, tejado de pizarra, hortensias azules en la entrada y un hórreo al lado que Rosa usaba como trastero. Aparqué. Saqué la maleta. Y antes de que pudiera meter la llave, dos perros se lanzaron a mis piernas desde dentro de la valla.

—Luna, Nube, que soy yo. ¡Que soy yo, joder!

Luna: perra mestiza, grande, marrón, obsesionada con lamer caras. Nube: más pequeño, blanco, nervioso, con un ladrido que podía despertar a todo el concejo. Los dos me habían visto exactamente cuatro veces en mi vida y me recibieron como si fuera su persona favorita del universo. Eso, o estaban desesperados por compañía.

Entré. La casa olía a leña fría y a lavanda. Rosa dejaba ramilletes por todas partes. Cocina grande, salón con chimenea, dos habitaciones arriba. La mía tenía vistas a los Picos de Europa, que a esa hora eran

una mancha negra contra un cielo que tenía más estrellas de las que había visto en treinta y un años viviendo en Madrid.

Me senté en la cama. Luna se subió conmigo. Nube se quedó en la puerta, vigilante.

Un gato apareció de la nada: gris atigrado, gordo, con la expresión de alguien que lleva siglos juzgándote. Se sentó en la esquina de la cama y me miró como diciendo: «Ah. Tú. La de Madrid.»

—¿Y tú quién eres?

El gato parpadeó. Luego se tumbó y me dio la espalda.

—Encantada también.

Mi madre había llamado tres veces. Le envié un audio: «He llegado viva. La casa es bonita. Hay un gato que me odia. Te quiero. Buenas noches.» Sara recibió un mensaje: «Estoy aquí. Estoy viva. No sé qué coño hago aquí pero estoy aquí.» Lucía recibió una foto del cielo

estrellado. Me respondió con tres emoticonos de luna, uno de cristal y: «El universo te está alineando, nena.»

Apagué el teléfono. Me tumbé. Luna se acurrucó a mis pies. El gato seguía dándome la espalda.

Y ahí, en una cama que no era mía, en un pueblo que no era el mío, con un silencio que me hacía sentir como si el mundo se hubiera apagado, pensé: «A lo mejor esto no ha sido tan mala idea.»

El gato se subió a mi almohada, me clavó las uñas en el hombro y se quedó dormido.

«O a lo mejor sí.»

2

Llevaba una semana en Porrúa y había descubierto tres cosas:

Primera: el silencio no es silencio. Es una mentira que cuenta la gente de ciudad. A las seis de la mañana cantaba un gallo que nadie sabía de dónde salía. A las siete, las vacas del vecino mugían como si el apocalipsis fuera inminente. A las ocho, un pájaro que Rosa llamaba «el petirrojo del demonio» se posaba en el alféizar y no paraba hasta que le ponías migas. El silencio rural era, básicamente, una orquesta sin director.

Segunda: no sabía cocinar. Esto no era una novedad, pero en Madrid tenía Glovo. En Porrúa, Glovo no existía. Glovo no sabía que existía Porrúa. Había quemado unas lentejas, convertido un arroz en una masa compacta que ni Luna quiso probar, y descubierto que los

huevos fritos no son tan fáciles como parecen cuando tu cocina funciona con gas y el gas hace cosas raras.

Tercera: el gato se llamaba Mostaza, según la nota que Rosa dejó en la nevera, y su único propósito vital era recordarme que yo era una invitada indeseable en su casa.

—Sara, me está mirando otra vez.

—¿Quién? ¿El veterinario?

—El gato.

—Martina, llevas una semana hablándome del gato.

Estaba tumbada en el sofá con el portátil en el regazo y una taza de café que me había quedado aguado. Sara me miraba desde la

pantalla con la bata del hospital y el pelo recogido en un moño que desafiaba la gravedad.

—Es que me juzga. Tiene una mirada que dice «sé lo que hiciste» y yo no he hecho nada.

—Has quemado unas lentejas.

—Eso no es para tanto.

—Lucía dice que tu carta astral indica que esta semana vas a conocer a alguien importante.

—Lucía dice eso cada semana.

—Ya. Pero alguna vez acertará.

Me incorporé. Por la ventana se veían los Picos de Europa con nubes bajas, esas nubes que aquí llaman «orbayu» y que no son lluvia

exactamente sino una especie de humedad que lo empapa todo sin que te des cuenta. Como la tristeza, pero mojada.

—¿Cómo estás? —preguntó Sara, y lo dijo con ese tono que significaba «cómo estás de verdad».

—Estoy... rara. No mal. Rara.

—¿Rara cómo?

—Como cuando te quitas unos zapatos que te aprietan y te duelen los pies pero de alivio. No sé si me estoy curando o si me estoy escondiendo.

—¿Por qué no pueden ser las dos cosas?

Pensé en eso mientras colgaba. Fuera, Luna me miraba con ojos de paseo y Nube ladraba a algo invisible en la huerta. Me puse las botas de agua que Rosa guardaba en la entrada (tres tallas más grande, con dibujos de mariquitas) y salí.

Porrúa desde fuera era una postal. Desde dentro era un pueblo con personalidad propia: la iglesia pequeña en la plaza, el bar de Marcelino con sus sillas de plástico desgastadas, la tienda de Manolo que tenía un horario que dependía del humor, el estado de ánimo y la Liga. Las casas de piedra con hórreos al lado, las huertas con

lechugas y fabes, y un camino de tierra que bajaba hasta la carretera de Llanes entre prados tan verdes que dolían.

Caminé hasta los acantilados. Tardé media hora y me perdí dos veces, que para un recorrido recto dice mucho de mi sentido de la orientación. El mar estaba gris, el cielo estaba gris, las rocas estaban grises, y sin embargo era bonito. Bonito de una forma que Madrid no tenía: sin prisa, sin ruido, sin la sensación de que todo el mundo va a algún sitio y tú deberías ir también.

Me senté en una roca. Respiré sal. Y durante cinco minutos enteros no pensé en Pablo, ni en la agencia, ni en Ramón robándome el proyecto, ni en Silvia ocupando mi silla, ni en los veintidós escritorios de personas que no me miraron cuando me fui.

Cinco minutos. Era un récord.

Volví a casa con hambre y sin plan. Abrí la nevera: huevos, queso, una fabada en lata que Rosa había dejado por si acaso. Fabada en lata. Eso sí podía.

Encendí el fuego —tres intentos, un mechero medio vacío y una cantidad preocupante de papel de periódico— y me senté a comer fabada directamente de la cazuela porque no había nadie para

juzgarme. Excepto Mostaza, que me miraba desde la encimera con los ojos entornados.

—Cállate.

Después de comer, videollamada con Lucía.

—¿Cómo va tu retiro espiritual?

—No es un retiro espiritual, Lucía. Es que no tengo trabajo ni novio y necesitaba irme.

—Eso es un retiro espiritual.

—No hay yoga.

—Debería haber yoga.

Lucía Campos, veintinueve años, diseñadora gráfica freelance, creyente del horóscopo, del tarot, del reiki y de que todo pasa por

algo. La quería con locura, pero mantener una conversación con ella sin que mencionara a Mercurio retrógrado era una hazaña olímpica.

—Martina, escúchame. Aries con ascendente Cáncer. Estás en un periodo de transformación. El universo te ha sacado de Madrid porque necesitabas vaciar el vaso para volver a llenarlo.

—Lucía, el universo no me ha sacado de Madrid. Mi ex me robó un proyecto y tuve un ataque de pánico.

—Es lo que he dicho. El universo trabaja de formas misteriosas.

Colgué antes de que saliera Neptuno en la conversación.

Esa tarde, Luna cojeaba.

No mucho, pero lo suficiente para que se notara: apoyaba mal la pata delantera izquierda y gimoteaba al subir el escalón de la entrada. Le miré la pata: hinchada, caliente. Algo le pasaba.

Bajé al bar de Marcelino.

El bar de Marcelino era el centro neurálgico de Porrúa. No porque fuera especial —era un bar con barra de madera, tres mesas, una televisión que siempre ponía deportes y un cartel de Covadonga de 1987— sino porque era el único lugar donde confluía todo el pueblo.

Marcelino tenía setenta años, pelo blanco, delantal perpetuo y una opinión sobre todo que compartía tanto si se la pedías como si no.

—Buenas tardes.

—Hombre, la sobrina de Rosa. ¿Qué tal? ¿Ya te has acostumbrado al orbayu?

—Más o menos. Oye, ¿hay veterinario cerca?

—En Llanes. Bruno Medina. Pero hoy tiene consulta aquí, en la cuadra de Tomás. A las cinco.

Miré el reloj: las cuatro y media.

—¿La cuadra de Tomás?

—Subiendo por la cuesta de la iglesia, la primera a la derecha. La olerás antes de verla.

No mentía.

La cuadra de Tomás era un edificio de piedra y madera que olía a vaca, a paja y a algo orgánico que prefería no identificar. Dentro: cuatro vacas rumiando con la tranquilidad de quien tiene la vida solucionada, un tractor que parecía de los años setenta y, al fondo,

un hombre arrodillado junto a una vaca enorme con las manos metidas en un sitio donde no quería pensar.

—¿Bruno Medina?

El hombre giró la cabeza. Pelo castaño oscuro, barba de tres días, ojos verdes que me miraron como si yo fuera una interferencia en su programación. Jersey de lana gris con manchas de algo que no quería analizar. Botas de goma hasta las rodillas. Manos dentro de una vaca.

—Sí. Dame un segundo. Estoy palpando un ternero.

—¿Palpando un...?

—La vaca está preñada. Necesito comprobar la posición del ternero.

Me quedé ahí, en medio de la cuadra, con botas de mariquitas tres tallas más grandes, mientras un hombre palpaba un ternero dentro de una vaca y una mosca me rondaba la oreja. Si alguien me hubiera dicho hace dos semanas que este iba a ser mi martes por la tarde, me habría reído en su cara.

Bruno sacó las manos —no voy a describir el proceso porque estoy intentando no pensar en ello— y se limpió en un trapo. Miró a

Tomás, un señor de sesenta y tantos con boina que estaba apoyado en un poste como si aquello fuera un espectáculo cotidiano.

—Todo bien. El ternero está en posición. Dos semanas, más o menos.

—Estupendo, Bruno. ¿Un café?

—No puedo, tengo más visitas.

Se giró hacia mí. Me miró de arriba abajo. No de forma maleducada, sino de la forma en que un profesional evalúa si lo que tiene delante es una emergencia o una pérdida de tiempo.

—¿Qué le pasa a la perra?

—La pata. Está hinchada. La delantera izquierda.

—¿Se ha caído? ¿Ha saltado algo?

—No lo sé. Es la perra de mi tía. Estoy cuidando la casa.

—Tráela mañana a Llanes. Consulta a las nueve. Calle del Muelle,

número doce. El cartel dice «Clínica Veterinaria Costa Verde».

—Vale. Gracias.

Se dio la vuelta. Se marchó. Sin un «encantado», sin una sonrisa, sin un «bienvenida al pueblo». Limpio, directo, eficiente. Como si las palabras le costaran dinero y tuviera el presupuesto justo.

Volví a casa con Luna cojeando a mi lado y una única certeza: Bruno Medina era simpático como una ortiga. Pero tenía los ojos más verdes que había visto en mi vida.

Y eso, Martina, no viene a cuento.

A dormir.

3

La Clínica Veterinaria Costa Verde estaba en una calle estrecha de Llanes que bajaba hacia el puerto. Era un local pequeño, con la fachada pintada de blanco y un cartel verde que se leía desde la esquina. Dentro olía a desinfectante y a pelo de perro, que es una combinación menos desagradable de lo que suena.

Había llegado con quince minutos de adelanto porque soy de esas personas que llegan pronto a todo y luego se arrepienten porque no saben qué hacer con esos quince minutos. Luna iba a mi lado, cojeando con dignidad, como si le doliera pero no quisiera armar escándalo.

La sala de espera era pequeña: tres sillas de plástico, una mesa con revistas de caza que nadie leía y un póster de razas de perro que tenía más años que yo. No había recepcionista. Ni recepción, en

realidad. Solo un mostrador con un ordenador anticuado, papeles desordenados y un tarro de cristal con chucherías para perros.

—¿Hola?

Silencio.

Me senté. Luna se tumbó a mis pies con un suspiro que decía «estoy siendo muy valiente». Esperé.

A las nueve en punto, una puerta al fondo se abrió y apareció Bruno. Mismo aspecto que ayer pero sin las manchas de vaca: jersey de lana azul marino, vaqueros, botas de campo. Pelo ligeramente mojado como si acabara de ducharse. Me miró sin sorpresa, como si se acordara exactamente de la cita.

—Buenos días. ¿Luna?

—Sí.

—Pasa.

La consulta era más grande de lo que esperaba: mesa de exploración de acero, estantería con material médico, una camilla que parecía de hospital en miniatura y un olor intenso a jabón

quirúrgico. Subí a Luna a la mesa con esfuerzo (pesaba treinta kilos de amor puro) y Bruno se acercó.

Lo primero que noté fueron sus manos. Grandes, callosas, con uñas cortas y limpias. Se movían con una precisión que contrastaba con su aspecto de «acabo de salir de un prado». Palpó la pata de Luna con suavidad, doblando la articulación, presionando con los dedos.

Luna gimió una vez. Él le acarició la cabeza sin mirarla, como un acto reflejo.

—Esguince leve. Nada grave. Probablemente pisó mal en el campo o saltó algo que no debía.

—¿Necesita radiografía?

—No. Vendaje, antiinflamatorio y reposo una semana. Sin correr, sin saltar, sin subir escalones.

—¿Y cómo le explico a una perra que no puede subir escalones?

No me miró. Estaba concentrado vendando la pata con una precisión de cirujano. Pero algo se movió en la comisura de su boca, algo que podría haber sido una sonrisa si le hubiera dado permiso.

—La cargas. O pones una rampa.

—Pesa treinta kilos.

—Entonces la rampa.

Terminó el vendaje. Le puso una inyección de antiinflamatorio con un movimiento tan fluido que Luna ni se enteró. Le rascó detrás de

las orejas.

—Buena chica —le dijo.

A la perra. Con ternura. Con calma. Con la voz que probablemente usaba con todos los animales y con ningún humano.

Me dio unas pastillas y una hoja con instrucciones escritas a mano —letra de médico, imposible de descifrar— y estaba a punto de decirme que podía irme cuando la puerta de la consulta se abrió de golpe.

—¡Papá!

Un tornado rubio de noventa centímetros entró en la sala como una bala teledirigida. Pelo rubio, rizado, recogido en dos coletas desiguales. Ojos verdes como los de su padre. Mochila de

dinosaurios. Zapatillas con luces. Energía nuclear en formato miniatura.

—¡Papá! La señora tiene pelo bonito.

Se plantó delante de mí. Me miró con la falta total de filtro que solo tienen los niños de cinco años.

—¿Tienes perro?

—Es de mi tía —señalé a Luna.

—¿Puedo verlo? ¿Cómo se llama? ¿Es niño o niña? ¿Qué le pasa en la pata? ¿Quieres ver mi dinosaurio?

Sin esperar respuesta a ninguna pregunta, abrió la mochila y sacó un tiranosaurio de plástico del tamaño de mi mano.

—Se llama Rex. Pero no es original, ¿vale? Es que cuando me lo regalaron no sabía más nombres. Ahora sé muchos. ¿Sabías que el espinosaurio era más grande que el tiranosaurio? ¿Sabías eso?

—No lo sabía.

—Pues sí. Y comía peces. Era como un cocodrilo pero gigante. ¿Tú

comes peces?

—A veces.

—Yo no. El pescado es asqueroso. Papá me obliga. Dice que es sano. Pero los dinosaurios comían carne y eran enormes y nadie les obligaba a comer pescado.

Bruno intervino con la autoridad de alguien que ha tenido esta conversación cuatrocientas veces:

—Olivia, deja a la señora.

—No me importa —dije. Y era verdad.

Olivia era... Olivia era como el sol después de una semana de lluvia. Hablaba sin parar, gesticulaba como si sus manos tuvieran vida propia, pasaba de un tema a otro con la velocidad de una presentación de PowerPoint sin control remoto. En tres minutos me contó que quería ser veterinaria de dinosaurios, que su profesora se llamaba Celia, que le gustaban los espaguetis pero solo sin tomate, y

que el perro del vecino se llamaba Toby y era «tonto pero simpático, como el primo de papá».

—Olivia —dijo Bruno, y había algo en su voz que era pura paciencia entrenada—. La señora tiene que irse.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó Olivia, ignorando a su padre con una maestría olímpica.

—Martina.

—Martina. —Lo repitió como si lo probara—. Me gusta. ¿Vas a volver?

Miré a Bruno. Bruno me miró a mí. Había algo en su expresión que no supe descifrar: no era molestia exactamente, ni indiferencia. Era

más bien la cara de alguien que quiere controlar una situación y se le está escapando.

—No lo sé —dije—. Depende de cómo vaya Luna.

—Pues que vaya mal —dijo Olivia—. Así vuelves.

—Olivia.

—¿Qué? Es lógica, papá.

Me reí. No pude evitarlo. La risa salió sola, como un estornudo. Bruno me miró y algo cambió en su expresión, muy brevemente, como una grieta en un muro que se cierra enseguida.

Me fui con Luna, las pastillas y una factura que no me cobró («primera visita de la sobrina de Rosa, invita la casa», dijo, y lo dijo

sin mirarme, como si fuera una política del negocio y no un gesto personal).

Llegué al coche. Metí a Luna con cuidado. Me senté al volante.

Y entonces oí, desde la puerta de la clínica, la voz de Olivia:

—Papá, ¿esa señora va a volver?

Y la de Bruno:

—No lo sé.

—Pues dile que vuelva.

Arranqué con una sonrisa que me duró hasta Porrúa. Quince kilómetros de sonrisa. Que no es poco para alguien que lleva un mes sin sonreír de verdad.

Luna me lamió la mano desde el asiento de atrás.

—Sí, ya lo sé. Es mono. Pero eso no viene a cuento.

Luna me miró con la sabiduría ancestral de los perros, que es

infinitamente superior a la nuestra.

—Que no.

No me creyó. Yo tampoco.

4

El bar de Marcelino a las siete de la tarde era el epicentro del universo conocido. O al menos del universo de Porrúa, que venía a ser lo mismo.

Había descubierto que la hora punta era entre las siete y las nueve: los ganaderos bajaban después de las vacas, los jubilados salían del paseo de la tarde y algún que otro turista despistado entraba buscando wifi (no había). Marcelino servía sidra, café, algún vino y,

si le pillabas de humor, unas croquetas caseras que eran lo mejor que había probado en semanas.

Me senté en la barra. Marcelino me puso una sidra sin preguntar, lo cual significaba que o era muy buen anfitrión o ya me consideraba parte del mobiliario.

—¿Qué tal la perra?

—Bien. Esguince. Reposo una semana.

—Bruno es buen veterinario. El mejor de la comarca. Aunque es más serio que un entierro en Cuaresma.

Me reí. Iba a contestar cuando la puerta se abrió y entró un hombre que llenó el bar entero con su presencia. No por tamaño —era de estatura media, ancho, con cara de buena persona— sino por

volumen. Volumen de voz, de risa, de gestos. Un huracán humano con jersey de pescador y botas de agua.

—¡Marcelino! Ponme una sidra, que vengo de faenar y tengo más sed que un burro en agosto.

Se sentó a mi lado en la barra como si nos conociéramos de toda la vida.

—Tú eres la sobrina de Rosa, ¿no?

—Sí. Martina.

—Gael. —Me tendió una mano enorme y áspera—. Pescador. Amigo de Bruno. Y del pueblo entero, menos de las gaviotas, que esas son unas hijas de puta.

—Encantada.

—La de Madrid que ha venido a curarse de algo.

Levanté una ceja.

—No me estoy curando de nada.

—Ya. —Dio un trago largo a la sidra—. Todos venimos aquí sin

curarnos de nada.

Lo dijo sin ironía. O con tanta que no se notaba. Gael tenía esa cualidad de la gente que dice verdades enormes en frases cortas y luego las disimula pidiendo otra sidra.

—¿Conoces a Bruno? —le pregunté, y no sé por qué lo pregunté, o sí lo sé pero prefiero no analizarlo.

—De toda la vida. Bueno, desde que llegó a Llanes hace siete años. Vino con su mujer. Montó la clínica. Tuvieron a la niña. La mujer se fue.

—Gael, no creo que ella quiera...

—No, no, si ya lo sé. Solo estoy poniendo contexto. —Otro trago—. Bruno es mi mejor amigo. Y mi mejor amigo necesita que alguien le dé una hostia vital. Lleva dos años de veterinario, padre, veterinario,

padre. Sin vida propia. Sin salir. Sin mirar a nadie. Se ha convertido en un monje con estetoscopio.

—¿Y por qué me lo cuentas a mí?

—Porque eres nueva y todavía no le tienes miedo.

—¿Miedo?

—Bueno. —Gael eligió las palabras con una sorpresa de cuidado—. Bruno no da miedo. Pero tiene una forma de mirarte cuando te acercas demasiado que dice «hasta aquí» sin abrir la boca. La mayoría de la gente lo respeta. Algunas se lo toman como un reto. Y

otras simplemente pasan de largo. Tú no me pareces de las que pasan de largo.

—No conozco a Bruno. Fui a que le viera la pata a la perra de mi tía.

—Ya. ¿Y cómo está la perra?

—Bien. Esguince.

—¿Y cómo está la sobrina?

Lo miré. Gael sonreía con la mitad de la boca, como alguien que ha tirado la caña y espera a ver si pica.

—La sobrina está confusa, sin trabajo, sin novio y viviendo en un pueblo donde el plan más emocionante de la semana es ver si Manolo abre la tienda antes de las once.

Gael se rio. Una risa enorme, de esas que rebotan en las paredes.

—Bienvenida a Porrúa. Aquí la emoción es que llueva o que no llueva. Y casi siempre llueve.

Nos quedamos hablando hasta las diez. Gael era exactamente lo que parecía: un tío bruto, sincero, divertido, con el corazón más grande que el ego y una capacidad para hacerte sentir cómoda que debería estudiarse en la universidad. Me contó que era divorciado también

(«me casé muy joven, ella se fue a Santander, yo me quedé con el barco»), que pescaba centollos y nécoras, que odiaba la burocracia pesquera de Bruselas y que Bruno y él eran «hermanos de barra» desde la primera semana.

—Le dije: «Tío, eres veterinario, no forense. Sonríe alguna vez.» ¿Sabes qué me contestó?

—No.

—«Sonrío cuando hay motivo.» El muy imbécil. Pero lo quiero. Y su hija es la niña más maravillosa del mundo. Si la conoces, estás perdida.

—Ya la conozco.

—¿Y?

—Me habló de dinosaurios durante diez minutos.

—Estás perdida.

Volví a casa andando por el camino de tierra, con la linterna del móvil porque no había farolas y el cielo estaba tan negro que podía haber sido el fondo del mar. Luna me esperaba en la puerta, moviendo el rabo con la pata vendada levantada como una bandera

de guerra. Nube ladró al vecino. Mostaza me ignoró desde la ventana.

Me metí en la cama con el móvil. Videollamada con Sara.

—He conocido a un pescador que es amigo del veterinario.

—¿Del veterinario antipático?

—Sí. Se llama Gael. Es encantador. Me ha contado que Bruno está divorciado y tiene una hija de cinco años que quiere ser veterinaria

de dinosaurios.

—Ya lo sabías. Me lo contaste ayer.

—Ya. Pero ahora tengo contexto.

—Martina.

—¿Qué?

—¿Te gusta el veterinario?

—No. Me parece atractivo. Que es diferente.

—No. No es diferente. Es el primer paso.

—Sara, el hombre me trató la perra con la misma emoción que un cajero de Mercadona escanea un cartón de leche.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Que eso a ti siempre te ha parecido interesante. Lo fácil te aburre. Necesitas un reto.

—No necesito un reto. Necesito paz, trabajo y dejar de llorar en los

baños de las agencias de publicidad.

—Eso también. Pero un veterinario guapo no estorba.

Colgué. Me giré en la cama. Mostaza estaba en mi almohada, como cada noche, ocupando exactamente el espacio que yo necesitaba.

—Muévete.

Mostaza parpadeó.

—No me gusta el veterinario.

Mostaza bostezó.

—Que no.

Me dormí con el gato en la almohada, la perra a los pies y la sensación incómoda de que Sara tenía razón.

Siempre tenía razón. Era exasperante.

5

Luna no necesitaba otra revisión. Lo sabía. Bruno me lo había dicho: esguince leve, una semana de reposo, antiinflamatorio y ya. No hacía falta volver a la clínica.

Pero Luna cojeaba un poquito al subir el escalón. Solo un poquito. Y como responsable temporal de la perra de mi tía, era mi obligación asegurarme de que estuviera bien. Obligación. No excusa.

—Solo voy a que le revise el vendaje —le dije a Mostaza mientras me ponía los pendientes.

Mostaza me miró desde la encimera con la expresión de un juez antes de dictar sentencia.

—No es por él. Es por la perra.

Mostaza se lamió una pata.

—Me da igual lo que pienses.

Conduje hasta Llanes con Luna en el asiento de atrás y una lista

mental de razones por las que esto no era patético:

1. La perra cojeaba (un poco). 2. El vendaje podía haberse aflojado (no se había aflojado). 3. Quería preguntar sobre la alimentación (no quería preguntar sobre la alimentación). 4. Estaba de camino al supermercado (el supermercado estaba en la dirección opuesta).

Vale. Era un poco patético. Pero llevaba dos semanas en un pueblo sin nadie de mi edad excepto Gael, Marcelino y las vacas, y si quería

tener una conversación con un ser humano que no fuera mi madre por teléfono, mis opciones eran limitadas.

Llegué a la clínica a las diez. La puerta estaba abierta. Entré.

—¿Hola?

Bruno salió de la consulta secándose las manos con una toalla.

—¿Luna?

—Sí. Quería que le revisaras el vendaje. Creo que le molesta un poco.

Me miró. Luego miró a Luna, que movía el rabo alegremente sin el menor signo de molestia, la muy traidora.

—Pasa.

Subí a Luna a la mesa. Bruno le quitó el vendaje, examinó la pata, la palpó. Luna se dejó hacer con una docilidad sospechosa, moviendo el rabo y lamiéndole la mano como si fuera su persona favorita.

—Está bien. La inflamación ha bajado. Puedo quitarle el vendaje en

dos días. Sigue con el antiinflamatorio.

—Vale. Bien.

Silencio. El tipo de silencio que pesa cuando no tienes nada más que decir pero no quieres irte. Bruno me miró con una expresión que podía significar muchas cosas o ninguna.

Y entonces, como enviada por una fuerza divina que quería salvarme de mí misma, Olivia entró por la puerta trasera.

—¡Papá! ¡La señora de Luna!

—Martina —dije.

—¡Martina! —Corrió hacia mí como si nos conociéramos de toda la vida—. ¿Has venido a ver al búho?

—¿Qué búho?

Olivia me cogió de la mano. Así, sin preámbulo. Como si agarrar la mano de una desconocida fuera lo más natural del mundo. Me arrastró hacia la puerta trasera de la clínica.

—¡Olivia! —Bruno nos siguió, pero no la detuvo. Algo en su voz

decía que sabía que era inútil.

Detrás de la consulta había una sala que no había visto: más pequeña, con luz natural, y una fila de jaulas grandes a lo largo de la pared. Dentro de las jaulas: un búho con un ala vendada que me miró con unos ojos enormes y furiosos, un cachorro mestizo que ladraba sin parar, y un conejo blanco que comía heno con la concentración de un monje zen.

—Este es Ulises —dijo Olivia señalando al búho—. Se chocó con un coche. Papá le curó el ala. Es un cárabo. ¿Sabes lo que es un cárabo?

—No.

—Es un búho que vive en los bosques. Sale de noche. Come ratones. Es un poco asqueroso pero mola.

—Este es Canela —señaló al cachorro—. Alguien lo dejó en una caja en la puerta de la clínica. Papá dice que es un sinvergüenza. El que

lo dejó, no Canela. Canela es buenísimo. Bueno, muerde un poco. Pero solo por cariño.

—Y este es Pompón —el conejo—. Pompón no hace nada. Solo come. Es mi favorito.

Me arrodillé junto a la jaula del búho. Ulises me miró con una intensidad que daba un poco de repelús. Tenía unos ojos dorados, redondos, que parecían ver a través de ti.

—Es precioso.

—Papá dice que no es una mascota y que no puedo ponerle nombre porque luego me encariño, pero ya le he puesto nombre así que ya me he encariñado, así que qué más da.

Miré a Bruno. Estaba en la puerta, apoyado en el marco, con los brazos cruzados y una expresión que era una mezcla de rendición y

algo que se parecía mucho a la ternura.

—Olivia, no es un zoo.

—Ya lo sé, papá. Pero Martina quería verlo.

—Yo no he dicho...

—Se le notaba en la cara. ¿A que sí, Martina?

—Sí —dije, porque a Olivia era imposible decirle que no—. Totalmente.

Bruno suspiró. Ese suspiro largo y profundo de los padres que saben que han perdido la batalla antes de empezarla.

Me quedé media hora. Olivia me contó la historia clínica completa de cada animal, con detalles que probablemente había memorizado de escuchar a su padre. Sabía que Ulises tenía una fractura en el cúbito del ala izquierda, que Canela tenía «parvo algo» que ya estaba

curado, y que Pompón había llegado con una infección en una oreja que «olía fatal, Martina, fatal de verdad».

Cuando me iba, Olivia me miró con esos ojos verdes que eran una copia exacta de los de su padre pero sin el muro.

—¿Puedo venir a ver al búho? —pregunté, y me di cuenta de que se lo preguntaba a Bruno, no a Olivia.

Bruno me miró. Silencio. Dos segundos que parecieron diez.

—Si no molestas.

Olivia dio un grito de alegría que asustó a Canela y arrancó un ulular indignado de Ulises.

—¡Bien! ¡Papá, no seas borde! ¡Martina puede venir cuando quiera!

Bruno no dijo nada. Pero cuando me fui, me pareció que la comisura de su boca se movió otra vez, ese amago de sonrisa que nunca terminaba de formarse.

Conduje de vuelta a Porrúa. Luna iba tumbada en el asiento de atrás, completamente sana, moviendo el rabo, sin el menor signo de

la supuesta cojera que me había traído hasta aquí.

—Eres una mentirosa —le dije.

Luna me lamió el brazo.

—Y yo soy idiota.

Pero sonreía. Otra vez. Y ya iban dos días seguidos.

Esa noche, en la videollamada, Sara dijo:

—Entonces vas a volver a la clínica.

—A ver al búho.

—Al búho.

—Sí.

—Martina.

—¿Qué?

—¿El búho tiene ojos verdes?

—Sara.

—¿Barba de tres días? ¿Manos grandes?

—Sara, para.

—¿Huele a jabón quirúrgico y a hierba mojada?

—Cómo narices sabes a qué huele.

—Porque llevas cinco minutos describiéndolo.

Colgué. Me tapé la cara con la almohada. Mostaza se sentó encima de mi cabeza, que era su forma de decirme que era hora de apagar la luz.

—Solo voy a ver al búho.

Mostaza ronroneó. Era un ronroneo de «te lo dije».

—Que solo es un búho, joder.

Me dormí pensando en ojos verdes. No los del búho.

6

Bruno

La mujer de Madrid.

Ruidosa. Caótica. Llena de colores. Pendientes que le llegaban a los hombros, pelo ondulado que se le metía en los ojos cada vez que se inclinaba a mirar algo, y una forma de hablar que llenaba cualquier habitación hasta que no quedaba sitio para el silencio.

Llevaba dos semanas apareciendo por la clínica. La primera vez fue por Luna, que tenía un esguince legítimo. La segunda fue por el vendaje, que no necesitaba revisión. A partir de la tercera dejó de inventar excusas y simplemente aparecía: «He venido a ver al búho.»

El búho ya estaba curado. Ulises había recuperado la movilidad del ala y lo había soltado en el bosque de Purón hacía tres días. Pero Martina seguía viniendo. Ahora era por Canela, el cachorro. O por

Pompón. O porque «pasaba por aquí y he pensado que a lo mejor necesitabas ayuda con algo».

No necesitaba ayuda con nada.

El problema era Olivia.

Mi hija, que tenía la capacidad de detectar a las personas buenas con la precisión de un radar militar, había decidido que Martina era su nueva mejor amiga. Y cuando Olivia decidía algo, el universo podía rendirse o ser arrasado, pero el resultado era el mismo.

—Papá, ¿viene Martina hoy?

Era martes por la mañana. Semana conmigo. Olivia estaba desayunando tostadas con Nocilla en la cocina de nuestra casa —pequeña, dos habitaciones, un jardín trasero donde Olivia tenía una

caseta que yo construí con más voluntad que talento— y me miraba con esos ojos que eran una combinación letal de su madre y de mí.

—No lo sé.

—¿Le puedo llamar?

—No tenemos su número.

—¿Y si voy a la clínica y la espero?

—No puedes esperar a alguien que no ha dicho que va a venir.

—¿Y si viene y yo no estoy?

La lógica de una niña de cinco años es irrefutable porque no

obedece ninguna ley conocida.

—Olivia, cómete la tostada.

Se la comió. Pero seguía mirándome.

—Papá.

—¿Qué?

—¿Por qué no le pides el número?

—Porque no necesito su número.

—¿Y si Luna se pone malita otra vez?

—Si Luna se pone malita, su tía llamará a la clínica. Es así como funciona.

—Pero si tú tuvieras su número, podrías llamarla para decirle que viniera. Y así yo podría enseñarle mi dinosaurio nuevo.

—¿Tienes un dinosaurio nuevo?

—No. Pero si viene Martina, me compras uno para enseñárselo.

La miré. Cinco años. Cinco años y ya negociaba mejor que cualquier

adulto que conociera. Inés decía que era cosa mía, que yo también era cabezota. Yo decía que era cosa de Inés, que ella era la estratega. La verdad es que Olivia era lo mejor de los dos.

—Vamos. Al colegio.

La llevé a Llanes, al colegio de la calle Posada Herrera. La dejé en la puerta con un beso en la frente y la mochila de dinosaurios. La profesora, Celia, me saludó con la sonrisa amable de alguien que lidia con veinte niños ocho horas al día y sigue cuerda.

—Bruno, Olivia no para de hablar de una tal Martina. ¿Es la nueva?

—No hay nueva. Es una... conocida.

—Ya. Pues tu conocida le ha enseñado a Olivia a hacer un búho de papel y ahora toda la clase quiere búhos de papel y yo no sé hacerlos.

Conduje hasta la clínica. Abrí. Encendí el ordenador, que tardaba tres minutos en arrancar porque era del Pleistoceno. Revisé las citas del día: la perra de Marcelino (vacunas), las ovejas de Tomás

(desparasitación), y una urgencia de un gato en Posada con vómitos.

A las diez, la puerta se abrió.

—Buenos días.

Martina. Pelo recogido en un moño caótico, pendientes de aro dorados, camiseta roja, vaqueros. Llevaba una bolsa de la panadería de Llanes.

—He traído bollos. ¿Quieres?

—No he pedido bollos.

—Ya lo sé. Pero la señora de la panadería me ha dicho que te gustan los frisuelos y he comprado frisuelos. Si no los quieres, me los como yo.

Dejó la bolsa en el mostrador. El olor a mantequilla y azúcar llenó la clínica.

—Gracias —dije, porque negarme a unos frisuelos habría sido más

raro que aceptarlos.

—¿Hoy tienes mucho?

—Lo normal.

—¿Necesitas ayuda?

No. No necesitaba ayuda. La clínica funcionaba. Mal, desordenada, con el teléfono que sonaba cuando yo tenía las manos dentro de un animal y nadie para contestar, con las citas apuntadas en una libreta que se me perdía cada tres días, y con una web que mi primo Álex me hizo hace cuatro años y que seguía diciendo que los horarios

eran de lunes a viernes cuando hacía un año que también abría los sábados. Pero funcionaba.

—No.

—Vale.

Se sentó en una de las sillas de la sala de espera, sacó su móvil y se puso a hacer algo. No dijo nada más. No insistió. Simplemente se quedó.

Y eso fue peor.

Porque Martina callada era más difícil de ignorar que Martina hablando. Cuando hablaba, podía concentrarme en la conversación, contestar con monosílabos, mantener la distancia. Cuando estaba

callada, simplemente estaba allí. Presente. Llenando el espacio con algo que no sabía nombrar.

Atendí a la perra de Marcelino. Martina jugó con ella mientras le ponía la vacuna. La perra no se enteró. Normalmente me costaba diez minutos de forcejeo y un bozal.

Salí a las ovejas de Tomás. Martina se ofreció a venir. Dije que no. Fue igualmente. La encontré hablando con Tomás sobre el queso de gamonéu mientras yo desparasitaba ovejas bajo la lluvia.

A la vuelta, Martina estaba en el mostrador de la clínica. Había ordenado las citas. En una libreta nueva. Con colores.

—No toques mis cosas.

—Bruno, tenías tres citas del mes pasado sin tachar. Y una señora llamó hace una hora preguntando por la vacuna de su gato. Le dije que viniera el jueves a las cuatro.

—Yo no tengo hueco el jueves a las cuatro.

—Ahora sí. He movido la revisión de las ovejas de Posada al viernes por la mañana. Tomás dice que le viene mejor.

La miré. Estaba ahí, detrás de mi mostrador, con la libreta de colores

y una sonrisa que no era arrogante sino simplemente... eficiente.

—¿Quién te ha dado permiso para hacer eso?

—Nadie. Pero alguien tenía que hacerlo.

Debería haberme enfadado. Debería haberle dicho que era mi clínica, mis citas, mi desorden. Que no necesitaba que una desconocida de Madrid viniera a reorganizarme la vida.

Pero la señora del gato llevaba una semana llamando y yo no le había devuelto la llamada.

—Gracias —dije.

Martina sonrió. No la sonrisa grande, escandalosa, que ponía cuando contaba algo gracioso. Una más pequeña. Más real.

—De nada.

Se fue a las dos. Recogió sus cosas, se puso la chaqueta, me dijo hasta luego.

Desde la ventana la vi caminar hacia el coche. El pelo se le escapaba del moño. Gesticulaba mientras hablaba por teléfono. Se rio de algo.

Se dio un golpe en la rodilla con el espejo del coche al abrir la puerta.

Y yo seguí mirándola hasta que arrancó y desapareció por la calle del Muelle.

Olivia me lo había dicho esa mañana, como si fuera lo más obvio del mundo: «Papá, le miras las manos cuando no te ve.»

No le miraba las manos.

Le miraba todo.

Cerré la clínica. Fui a recoger a Olivia al colegio. Me recibió corriendo, con un dibujo en la mano.

—¡Papá! He dibujado un búho. Para Martina. ¿Se lo puedes dar?

Cogí el dibujo. Un búho marrón con ojos enormes, alas torcidas y un

corazón rojo en el pecho.

—Se lo daré.

—¿Mañana?

—Si viene mañana.

—Va a venir, papá. Siempre viene.

Y ahí estaba el problema. Siempre venía. Y cada vez que venía, mi casa se sentía más vacía cuando se iba.

No podía permitirme eso. No otra vez.

Olivia se encariñaba rápido. Y la gente se iba. Inés se fue. Las cuidadoras se iban. Las turistas se iban. Todos se iban de los

pueblos pequeños porque los pueblos pequeños eran bonitos para visitar y asfixiantes para vivir.

Martina era de Madrid. Volvería a Madrid. Y cuando lo hiciera, no sería yo quien tuviera que explicarle a Olivia por qué otra persona que quería ya no estaba.

«Es temporal», me dije mientras le hacía la cena a mi hija. Macarrones con tomate, su plato favorito los martes. «Todo el mundo es temporal.»

Olivia me miró desde la mesa.

—Papá, ¿estás triste?

—No.

—¿Estás pensando en Martina?

—No.

—Mentiroso.

Cinco años. Juro que tiene cinco años.

7

La idea de Gael fue suya, pero la culpa de que yo dijera que sí fue del tercer culín de sidra.

—Ruta a los Lagos de Covadonga. Este sábado. Un grupo del pueblo. Tomás, su mujer Conchi, Marcelino si le convencemos, dos o tres más. Y Bruno, que le voy a obligar aunque tenga que atarlo al coche.

—No sé si estoy en forma para una ruta de montaña.

—Son seis kilómetros. Subida suave. Un niño de ocho años la hace.

—Un niño de ocho años no lleva dos semanas comiendo fabada de lata y frisuelos.

—Martina, vas a venir. No me hagas suplicar, que un pescador de Llanes no suplica.

Fui.

El sábado a las ocho de la mañana, el grupo se reunió en el aparcamiento de los Lagos. Gael en su furgoneta, con la radio

puesta a tope y una nevera de cervezas en el maletero «para después». Tomás y Conchi, su mujer, con bastones de trekking y ropa de montaña profesional. Marcelino, que venía «solo porque la mujer me ha echado de casa para limpiar» y llevaba una boina y unas zapatillas de deporte que tenían más años que la democracia. Y Bruno.

Bruno llevaba a Olivia a la semana con Inés, así que venía solo. Chaqueta encerada verde, pantalón de montaña, botas que parecían haber escalado los Picos de Europa unas doscientas veces. Mochila con agua y algo de comida. Me saludó con un gesto de cabeza que equivalía a «buenos días» en su idioma.

—Hola.

—Hola.

Conversación estelar.

Los Lagos de Covadonga estaban a hora y media en coche desde Llanes, subiendo por una carretera de curvas que hizo que Marcelino rezara dos avemarías y que Gael insultara a tres conductores. Cuando llegamos arriba, el mundo se abrió.

No tengo palabras para los Lagos. Bueno, sí tengo, pero las que tengo se quedan cortas. Imagina esto: una hondonada entre montañas de caliza gris y verde, con dos lagos de agua tan limpia

que parece un espejo que ha copiado el cielo. Alrededor, prados tan verdes que parecen falsos, vacas que pacen como si el tiempo no existiera y una bruma baja que se engancha a las cumbres y las envuelve como un pañuelo de seda.

—Joder —dije.

—Sí —dijo Gael—. Joder.

Empezamos la ruta. La subida era suave, había mentido Gael. La subida era una cuesta empinada durante dos kilómetros que me hizo reconsiderar todas mis decisiones vitales, incluyendo la de no haber ido al gimnasio nunca, y la de no haber empezado a correr cuando Sara me lo propuso hace tres años.

El grupo se fue estirando. Tomás y Conchi delante, a paso firme, como quien ha subido montañas toda la vida. Marcelino sorprendentemente ágil para un hombre de setenta años y zapatillas de los ochenta. Gael a mi lado, hablando sin parar, sin jadear, el desgraciado.

Y Bruno.

Bruno caminaba a mi ritmo. No por delante, no por detrás. A mi lado. Sin hablar, sin empujar, sin juzgar mi jadeo vergonzoso ni las

tres paradas que hice para «admirar el paisaje» (recuperar el aliento).

En la primera parada, me pasó una botella de agua.

—Gracias.

—De nada.

En la segunda, me señaló un prado a la izquierda donde pastaba un rebeco.

—¿Ves? En la roca.

—¿Eso es un rebeco?

—Rupicapra pyrenaica. Macho adulto. Tres o cuatro años.

—¿Cómo lo sabes?

—Los cuernos. A esa edad se curvan hacia atrás.

Lo dijo sin pedantería, como quien comparte algo que le interesa de verdad. Me di cuenta de que era la frase más larga que le había oído decir sin que mediara un animal herido.

En la tercera parada, me senté en una roca y él se sentó al lado. El

grupo iba ya bastante por delante. Gael se giró, nos vio, levantó el pulgar y siguió caminando. El muy sutil.

—Nunca habías subido a los Lagos —dijo Bruno. No era una pregunta.

—No. Vine a Asturias dos o tres veces de pequeña, pero al pueblo de Rosa. Nunca a la montaña.

—Merece la pena.

Miré alrededor. Las montañas. La niebla. El silencio, que aquí no era silencio sino el sonido del viento y del agua y de algo más profundo que no sabía nombrar.

—Sí. Merece la pena.

Nos quedamos así un momento. Hombro con hombro en una roca, mirando las montañas, sin decir nada. Y fue el primer silencio con

Bruno que no me resultó incómodo. Era... natural. Como si no hiciera falta llenar el aire de palabras.

Reanudamos la marcha. Y entonces, sin saber muy bien cómo, empezamos a hablar. De verdad.

—¿Por qué dimitiste? —preguntó.

Se lo conté. Todo. El proyecto de Iberia, Pablo robándomelo, la presentación donde me humillaron, el ataque de pánico en el baño.

Me escuchó sin interrumpir, sin esa cara de «pobrecita» que me ponía la gente. Simplemente escuchó.

—Hiciste bien —dijo cuando terminé.

—¿Tú crees?

—Si un sitio te hace daño, te vas. No hay más.

—Mi madre dice que fue impulsivo.

—Tu madre no estaba en ese baño.

Lo miré. Caminaba con la vista en el sendero, serio como siempre, pero con algo diferente en la mandíbula, como si apretara los dientes por mí.

—¿Y tú? —pregunté—. Gael me contó que viniste con tu mujer. Que ella se fue.

—Exmujer. Y sí. Vinimos juntos. Ella era de Madrid también. Quiso volver. Yo no.

—¿Por qué no?

Bruno se detuvo. Miró las montañas. Los lagos brillaban abajo como

dos monedas de plata.

—Porque esto es lo que necesito. El campo, los animales, el ritmo. Madrid me ahogaba. Inés necesitaba otra cosa. No éramos incompatibles como personas. Éramos incompatibles como vidas.

—¿Y Olivia?

—Custodia compartida. Una semana conmigo, una con Inés en Gijón. Funciona. No es perfecto, pero funciona.

Nos miramos. Había algo en sus ojos que no era tristeza exactamente: era aceptación. La aceptación de alguien que ha perdido algo y ha aprendido a vivir con el hueco.

—No te vas a quedar, ¿verdad? —dijo.

La pregunta me pilló a traición. No por la pregunta en sí, sino por lo que había detrás: una necesidad disfrazada de resignación. Como si

ya supiera la respuesta y quisiera escucharla para confirmar lo que temía.

—No lo sé.

—Entonces prefiero no acostumbrarme.

Se adelantó. Tres pasos, cuatro. Se unió a Gael, que le pasó una cerveza. No me miró.

Me quedé atrás con el corazón haciendo cosas que no le había dado permiso para hacer y una vista que me robaba el aliento por razones que ya no tenían nada que ver con la subida.

Joder, Bruno.

La bajada fue más fácil. Piernas temblorosas, rodillas protestando, pero cuesta abajo. Gael me contó historias de pescas épicas que probablemente eran un setenta por ciento mentira. Marcelino habló de la guerra, como siempre. Conchi me dio un trozo de empanada casera que sabía a gloria.

Bruno caminó delante todo el rato. No me habló. Pero en un tramo donde el camino se estrechaba y había piedras sueltas, se giró y me tendió la mano para ayudarme a bajar un escalón. La cogí. Duró dos

segundos. Su mano era grande, callosa, caliente. La solté. Él siguió andando.

Dos segundos. Dos segundos que me quemaron la palma durante el resto del día.

En el coche de vuelta, Gael conducía y yo iba en el asiento de atrás con Marcelino, que se quedó dormido a los cinco minutos. Bruno iba delante, en silencio, mirando la carretera.

Gael me miró por el retrovisor. Levantó una ceja. Yo negué con la cabeza. Él sonrió.

«Prefiero no acostumbrarme.»

Esa noche no dormí. Me quedé mirando el techo de la habitación de Rosa, con Mostaza ronroneando en mi almohada y Luna a los pies, pensando en montañas, en rebecos, en manos grandes y en la forma en que Bruno Medina decía «no te vas a quedar» como si ya le doliera.

Y pensando que si seguía así, la que iba a tener un problema era yo.

8

La romería de San Pedro era, según Marcelino, «la fiesta más importante de Porrúa y de España, posiblemente del mundo». Según Gael, era «una excusa para beber sidra y comer empanada en un prado». Según las dos versiones, era el evento social del año.

La prepararon durante tres días. El prado detrás de la iglesia se llenó de mesas largas, hogueras, una tarima para los gaiteros y un puesto de sidra que Marcelino controlaba con la precisión de un general de división.

—Tienes que ponerte guapa —me dijo Conchi, la mujer de Tomás, como si fuera una orden militar.

—¿Guapa para una romería?

—Guapa para la vida, hija. Que nunca se sabe.

Me puse un vestido. Uno de los que había traído de Madrid sin saber por qué: azul, de tirantes, que me llegaba a la rodilla. Pendientes largos. Pelo suelto. Botas porque el prado estaba húmedo y unos tacones habrían sido suicidio. Me miré al espejo. No estaba mal. Estaba... diferente. Las dos semanas y media en Asturias me habían

cambiado algo en la cara: menos ojeras, más color, algo que se parecía a descanso.

—¿Qué opinas? —le pregunté a Mostaza.

Mostaza se fue de la habitación.

—Genial.

Bajé al prado a las siete. El pueblo entero estaba ahí, lo cual significaba unas ciento cincuenta personas que conocían el nombre de cada una de las otras ciento cuarenta y nueve y sus historias

hasta la tercera generación. Los gaiteros tocaban. Olía a empanada, a carbón, a hierba mojada y a sidra.

Gael me encontró en la entrada.

—¡Hostia, Martina! Estás espectacular.

—Es un vestido.

—Pues es un vestido espectacular. Ven, que te presento a mi madre.

La madre de Gael era una señora menuda con ojos de pájaro que me evaluó de arriba abajo en tres segundos y dictaminó:

—Esta tiene carácter. Se le nota en los pendientes.

Gael me arrastró por el prado como un relaciones públicas. Conocí a la mitad del pueblo en media hora: la alcaldesa, que era una mujer de cuarenta años con un delantal y una eficiencia que daba miedo; el cura, que estaba más interesado en la empanada que en la

liturgia; tres ganaderos que discutían sobre leche; y doña Amparo, la madre de Bruno.

Amparo Medina era una señora de sesenta y cinco años con el pelo blanco recogido, los mismos ojos verdes que Bruno y Olivia, y una sonrisa que su hijo había olvidado copiar.

—Tú eres la de Madrid —dijo, cogiéndome las manos—. Rosa me ha hablado de ti. Y Olivia no para de nombrarte.

—¿Olivia está aquí?

—Con su padre. Allí.

Señaló. Bruno estaba en una esquina del prado, con un vaso de sidra, la chaqueta encerada y la expresión de alguien que ha venido por obligación y está contando los minutos para irse. Olivia, a su

lado, hablaba con una niña de su edad a una velocidad que hacía imposible entender una sola palabra.

Me vio.

Fue un momento breve. Sus ojos encontraron los míos a través del prado, del humo, de la gente. No cambió de expresión. No sonrió, no saludó. Pero me miró. Un segundo, dos. Luego desvió la vista.

—Ese chico necesita que le den una alegría —dijo Amparo con la diplomacia de una madre española.

—Señora, yo...

—Amparo. Y no me llames de usted, que no estoy tan vieja.

Gael me sacó a bailar. O lo intentó: Gael bailaba con el mismo ritmo que un pulpo en una lavadora. La gaita sonaba, la gente aplaudía, y

Gael me hacía girar con la gracia de un remolcador intentando un vals.

—Gael, me estás pisando.

—Es que la gaita me desorienta.

—La gaita no tiene la culpa.

—Calla y baila.

Me reí. Bailar con Gael era como pelear con un oso de peluche: imposible de ganar, imposible de enfadarse. La gente nos miraba y se reía. Marcelino nos gritó desde el puesto de sidra: «¡Gael, que la vas a desnucar!»

Y entonces, una fuerza de la naturaleza de noventa centímetros se interpuso entre los dos.

—¡Martina! ¡Baila conmigo!

Olivia. Con un vestido rosa, zapatillas con luces, el pelo recogido en una trenza que alguien —Amparo, probablemente— le había hecho con más cariño que habilidad. Me cogió de las manos y empezó a

dar saltos que no tenían nada que ver con la gaita pero que eran infinitamente mejores que los de Gael.

—¡Papá! ¡Ven!

—Olivia, estoy bien aquí.

—¡Papá!

—Olivia.

—¡PAPÁ!

Bruno cerró los ojos. Respiró. El aliento de un hombre que sabe que

ha perdido. Se acercó.

—Una canción —dijo.

—¡Tres!

—Una.

—Dos.

—Olivia.

—Dos o me pongo a llorar.

—Eso es chantaje.

—¿Qué es chantaje?

—Nada. Dos canciones.

Y ahí, en medio de un prado asturiano con olor a hoguera y sidra, bailamos los tres. No fue un baile de verdad: fue un desastre glorioso. Olivia saltaba, yo intentaba seguirla, Bruno se movía como

alguien que no ha bailado en años pero que sabe que su hija le está mirando y no quiere decepcionarla.

Olivia nos cogió a los dos de las manos. Una mano mía, una de él. Y nos hizo girar.

Se rio. Una risa enorme, desbordada, de niña de cinco años que tiene a sus dos personas favoritas cogidas de la mano y no entiende por qué el mundo no es así siempre.

Y Bruno sonrió.

No la media sonrisa que le había visto, la que se escondía en la comisura antes de formarse del todo. Una sonrisa real. Entera. Con los ojos, con la boca, con algo que se le abrió en el pecho y se le

escapó antes de que pudiera cerrarlo. Miraba a Olivia. Y por un segundo, un segundo solo, me miró a mí.

«Hostia», pensé. «Estoy en problemas.»

Después de dos canciones —tres, porque Olivia renegoció—, la niña se fue corriendo a jugar con su amiga y nos dejó solos. Solos entre doscientas personas, que es una soledad muy particular.

—¿Sidra? —dijo Bruno.

—Vale.

Fuimos al puesto de Marcelino. Me sirvió un culín y me lo bebí de un trago. Bruno hizo lo mismo. Nos quedamos ahí, con la espalda

contra la mesa, mirando la hoguera.

—Tu hija es increíble.

—Lo sé.

—¿Bailas mucho?

—Nunca.

—Se te da bien.

—Se me da fatal. Pero ella no se entera.

Casi sonreí. Casi sonrió.

La romería fue avanzando: más sidra, más empanada, la noche cayendo sobre el prado como una manta. Las estrellas salieron, las hogueras crecieron, los gaiteros dejaron paso a alguien con un

altavoz portátil y un pendrive de cumbia que nadie había pedido pero todos bailaron.

A las once, Olivia se quedó dormida en el regazo de Amparo. Bruno fue a recogerla.

—Me la llevo.

—Vete —dijo Amparo—. Yo me quedo un rato.

Bruno cargó a Olivia en brazos. La cabeza rubia sobre su hombro, las zapatillas con luces colgando. Me miró.

—¿Vuelves a Porrúa?

—Sí. Andando.

—Es un kilómetro por el camino. Es de noche.

—Tengo linterna.

—Te acompaño hasta el cruce.

No discutí. Caminamos por el camino de tierra, él con Olivia dormida en brazos, yo a su lado, con la noche cerrada y el ruido de la fiesta

apagándose detrás.

Silencio. Pero no cualquier silencio. El silencio de dos personas que caminan juntas por un camino oscuro y sienten algo que ninguna de las dos quiere nombrar.

—Bruno.

—¿Mm?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Olivia no paraba de reír. Hacía... Gael dice que hacía meses que no la veía reír así.

Bruno se detuvo. Olivia se removió en sus brazos y murmuró algo sobre dinosaurios. Él le acarició el pelo, un gesto automático, inconsciente, de pura costumbre de padre.

—Es por ti —dijo—. Se ríe así cuando estás tú.

Me miró. La luna le iluminaba media cara. Los ojos verdes. La barba. La línea dura de la mandíbula que se había suavizado un poco, solo

un poco, con la sidra y la noche.

Y durante un segundo, un segundo loco, los dos nos inclinamos. Un centímetro. Dos. El aliento de él rozándome la frente. La certeza de que iba a pasar.

—¡BRUNO!

La voz vino del final del camino. Tomás, corriendo con la linterna.

—¡Bruno! ¡La yegua de mi cuadra está pariendo y va mal! ¡Ven, corre!

Bruno cambió de cara. De hombre a veterinario en un parpadeo.

—Voy. —Se giró hacia mí—. ¿Puedes...?

—Vete.

Me pasó a Olivia. La niña se acomodó en mis brazos sin despertarse, caliente, blanda, con olor a champú de fresa y a hierba. Bruno me

miró un segundo. Luego salió corriendo detrás de Tomás, la chaqueta encerada desapareciendo en la oscuridad.

Me quedé en el camino. Con una niña dormida en brazos, la luna encima y los labios a medio camino de un beso que no llegó.

El corazón me latía como si hubiera subido a los Lagos otra vez.

—Hostia —susurré.

Olivia murmuró algo entre sueños. Sonaba a «dinosaurio».

Caminé hasta casa de Amparo, que estaba cerca. La desperté, le expliqué. «La yegua de Tomás», dije. «Que se ha puesto de parto.»

Amparo cogió a Olivia con la naturalidad de una abuela experta, la metió en la cama de la habitación de invitados y me dijo:

—Vete a dormir, guapa. Ya vendrá mi hijo cuando acabe.

Volví a Porrúa. La casa de Rosa estaba oscura, silenciosa. Luna me recibió con un lametón. Mostaza estaba en su sitio de siempre: mi almohada.

Me metí en la cama. El corazón todavía no se había calmado.

«Casi nos besamos.»

El casi pesaba como una montaña.

9

Mi madre tenía la habilidad de convertir cualquier momento de paz en una crisis existencial. Era un don. Debería patentarlo.

—Hija, ¿estás sentada?

—Mamá, son las diez de la mañana. Estoy desayunando.

—Pablo ha ascendido a director creativo.

Silencio.

—¿Y?

—¿Cómo que y? Director creativo, Martina. Tu puesto. El que tú querías.

No era mi puesto. Nunca fue mi puesto. Era el puesto que yo habría tenido si no me hubieran robado el proyecto, si Ramón no fuera un

jefe miserable, si Pablo no fuera un cobarde con corbata. Pero eso mi madre no lo veía. Mi madre veía LinkedIn.

—Mamá, me da igual lo que haga Pablo.

—Y Silvia está embarazada. La de contabilidad.

—Ya no está en contabilidad. Está en cuentas.

—Bueno, pues la de cuentas. Tres meses. Lo ha puesto en Instagram con una foto de la ecografía. Con filtro, eso sí, que la

ecografía tenía filtro de Valencia, que no sé qué necesidad hay de ponerle filtro a un feto.

Me levanté de la mesa. Fui a la ventana. Los Picos de Europa estaban ahí, como siempre, indiferentes a Pablo, a Silvia, a los fetos con filtro y a mi madre.

—Mamá, no me importa.

—Claro que te importa. Ves, hija, si no hubieras sido tan impulsiva...

—¿Tan impulsiva?

—Si hubieras aguantado un poco más, si hubieras hablado con Ramón...

—Mamá, Ramón me humilló delante de un cliente y Pablo me robó un proyecto de seis meses. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que les diera las gracias?

—Quería que pensaras. Que tuvieras un plan. Tú siempre has sido muy de actuar primero y pensar después.

—Pues mira, a lo mejor actuar primero es la única forma de vivir que

tiene sentido.

—A tu edad yo ya tenía...

—Dos niños y una hipoteca. Lo sé. Me lo dices cada semana.

Silencio. El silencio de mi madre era distinto al de Bruno: el de Bruno era tranquilo; el de mi madre era el silencio antes de la tormenta.

—Solo me preocupo por ti.

—Lo sé, mamá. Pero preocuparte por mí y decirme que todo lo hago mal son cosas distintas.

Otro silencio. Más largo.

—Te quiero, hija.

—Yo también. Pero deja de mirar el Instagram de Pablo.

Colgué. Me senté en el escalón de la puerta con Luna a mi lado y la taza de café entre las manos. El café se había quedado frío. La

mañana estaba gris, ese gris asturiano que no es triste sino espeso, como si el cielo estuviera pensando.

Y ahí, en el escalón, con el café frío y el cielo gris, me golpeó.

Pablo había ascendido. Silvia estaba embarazada. Mi ex novio y la mujer por la que me dejó tenían un puesto de dirección y un bebé en camino y una vida que funcionaba. Y yo estaba en un pueblo de doscientos habitantes, sin trabajo, sin pareja, sin plan, cuidando la perra de mi tía y yendo a la clínica de un veterinario que me había dicho «prefiero no acostumbrarme» como quien cierra una puerta con llave.

El síndrome del impostor no llegó: atropelló.

«Todos avanzan menos tú. Pablo avanza. Silvia avanza. Sara tiene su trabajo, Lucía tiene su freelance, todo el mundo tiene algo y tú estás aquí sentada en un escalón con un gato que te odia y una perra con

esguince. Porque huiste. No te fuiste: huiste. Y huir no es lo mismo que empezar de nuevo.»

Se me empañaron los ojos. Me los sequé con la manga. Luna me puso la cabeza en el muslo.

—Estoy bien —le dije.

No le mentía a Luna. Le mentía a la vocecita que me decía que no era suficiente.

Bajé al bar de Marcelino a mediodía. No porque tuviera hambre sino porque necesitaba a otra persona. Cualquier persona. Marcelino me puso una sidra y unas croquetas sin preguntar.

—Tienes cara de hablar con tu madre.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tu madre me recuerda a la mía, y la mía también me hacía querer tirarme por el Naranjo de Bulnes. —Se apoyó en la barra—. ¿Qué ha dicho?

—Que mi ex ha ascendido. Que su novia está embarazada. Que yo debería haber aguantado.

Marcelino asintió con la sabiduría de setenta años y una barra de

bar.

—¿Sabes lo que te digo? Que los que aguantan son los que acaban con la espalda rota. Los que se van son los que tienen las piernas para seguir caminando.

—Eso es muy bonito, Marcelino.

—Lo leí en un calendario.

Me reí. Y el nudo del pecho se aflojó un poco.

Gael apareció a las dos, con olor a mar y las botas mojadas.

—Tienes cara de hablar con tu madre.

—¿Es que se me nota tanto?

—Martina, cuando hablas con tu madre pones la misma cara que pongo yo cuando el motor de la barca no arranca: frustración contenida con ganas de dar patadas.

Se sentó a mi lado. Le conté lo de Pablo, lo de Silvia, lo que dijo mi

madre.

—Tu ex es un capullo.

—No es un capullo. Es... mediocre. Y eso es peor. Un capullo al menos tiene personalidad.

Gael se rio.

—Y tu madre tiene razón en una cosa: está preocupada. Pero se equivoca en el método. Las madres son así: quieren protegerte y te destrozan el ánimo en el proceso.

—¿La tuya también?

—La mía me llamaba cada noche cuando empecé con la barca: «Gael, que el mar está muy peligroso. Gael, que el primo de no sé quién se ahogó en el setenta y tres. Gael, que te vas a morir.» Y

aquí sigo. Con la barca, sin ahogarme y llamándola cada noche para decirle que estoy vivo.

Nos quedamos en silencio un rato. Marcelino nos rellenó los vasos sin preguntar. Fuera empezó a llover, ese orbayu fino que empapa sin hacer ruido.

Y entonces, a las cuatro de la tarde, sonó mi teléfono.

Bruno.

No tenía su número. Nunca se lo había pedido. Pero ahí estaba: «Bruno Medina» en la pantalla. Mi corazón hizo algo ridículo.

—¿Sí?

—Martina. Soy Bruno. —Como si no lo supiera—. La yegua de Tomás tuvo un potro anoche. Si Olivia se entera de que no te invité a verlo, no me lo perdona.

Pausa.

—¿Quieres venir?

Esa noche estaba en la cuadra de Tomás, a las once —porque así funcionaban las cosas en Asturias—, con botas de agua, un

chubasquero de Rosa y el pelo empapado de orbayu.

Bruno estaba allí. Sucio, agotado, con cercos bajo los ojos y paja en el jersey. Y en sus brazos, un potrillo.

Era pequeño. Castaño oscuro, con las patas temblorosas y los ojos enormes. Se apoyaba en Bruno como si fuera lo más seguro del mundo, y Bruno lo sostenía con la misma naturalidad con la que sostenía a Olivia: firme, suave, sin esfuerzo aparente.

—¿Quieres cogerlo?

—¿Puedo?

—Con cuidado.

Me lo pasó. El potrillo era cálido, vivo, con el corazón latiéndole contra mis manos como un motor diminuto. Pesaba más de lo que

esperaba. Olía a leche y a paja. Me miró con unos ojos oscuros que no entendían el mundo pero confiaban en él.

—Hola —susurré.

El potrillo me lamió la barbilla.

—Se te da bien —dijo Bruno.

Lo miré. Estaba apoyado en la pared de la cuadra, con los brazos cruzados, mirándome con una expresión que no era la habitual. No era distancia, no era reserva. Era algo más cálido. Algo que se parecía a... reconocimiento. Como si viera algo en la forma en que yo sostenía al potrillo que confirmaba algo que ya sospechaba.

—¿El qué?

—Esto.

No especificó. No hacía falta.

Nos quedamos en la cuadra hasta medianoche. Tomás entró y salió con café. La yegua se tumbó a descansar. El potrillo se quedó dormido en la paja.

Y ahí, en una cuadra que olía a animal y a noche, con un hombre que hablaba poco y un mundo que no era el mío pero que empezaba

a sentirse como si pudiera serlo, algo cambió.

No sé qué. No sé cuándo exactamente. Solo sé que cuando Bruno me acompañó al coche y me dijo «buenas noches» con esa voz grave que tenía, yo no pensé en Pablo, ni en Silvia, ni en el ascenso, ni en mi madre, ni en el síndrome del impostor.

Pensé en un potrillo que pesaba como una promesa.

Y en unas manos que olían a jabón quirúrgico y a hierba mojada.

Y en que «prefiero no acostumbrarme» era la frase más triste que había oído nunca.

10

Empezó sin que nos diéramos cuenta. Como todo lo importante.

Un lunes por la mañana, fui a la clínica y el teléfono estaba sonando. Bruno estaba dentro, con las manos en un pastor alemán que necesitaba puntos, y el teléfono llevaba sonando seis tonos.

Descolgué.

—Clínica Veterinaria Costa Verde, buenos días.

—Buenos días. Quería pedir cita para mi gato. Lleva una semana vomitando.

—Un momento, por favor.

Busqué la libreta de citas. La encontré debajo de una factura, tres

envases de vendas y un plátano sospechosamente viejo.

—¿Le viene bien el jueves a las diez?

—Perfecto. Muchas gracias.

Colgué. Apunté la cita. Tiré el plátano.

Bruno salió de la consulta media hora después con las manos recién lavadas y el pastor alemán trotando a su lado como si nada hubiera pasado.

—¿Ha llamado alguien?

—Sí. Cita para un gato el jueves a las diez.

Me miró.

—¿Has cogido el teléfono?

—Sonaba. Tú tenías las manos ocupadas. ¿Qué querías que hiciera, dejarlo sonar?

No dijo nada. Miró la libreta. Miró la cita apuntada. Miró el sitio

donde había estado el plátano.

—Gracias.

—De nada.

Al día siguiente volví. No me invitó, no me lo pidió, no hacía falta. Simplemente fui. A las nueve estaba en la clínica, con un café del bar de Llanes y un croissant para cada uno.

—Buenos días.

—Buenos días.

Ese día cogí tres llamadas, organicé las facturas pendientes (había trece sin enviar, algunas de hacía dos meses) y limpié las jaulas de la

sala de recuperación. Canela, el cachorro, me lamió la cara entera.

Al tercer día, una señora de Posada que traía a su gato dijo al salir:

—Por fin alguien que contesta el teléfono en esta clínica.

Bruno, desde la consulta:

—Tengo las manos ocupadas con los animales.

Yo, desde el mostrador:

—Y yo las tengo libres.

Nos miramos. La señora se fue. Había algo en el aire, una especie de electricidad estática que no tenía que ver con la calefacción ni con el pelo de gato.

—No te estoy pidiendo que hagas esto —dijo Bruno.

—Ya lo sé. Pero alguien tiene que hacerlo.

—No tienes por qué.

—Bruno. Tienes trece facturas sin enviar. Tu web dice que cierras los sábados y abres los sábados. Tu libreta de citas tiene anotaciones de

tres meses atrás sin tachar. Y ayer un señor llamó para preguntar por la vacuna de su perro y el contestador estaba lleno.

—No tengo contestador.

—Exacto.

Se cruzó de brazos. Apretó la mandíbula. Ese gesto que hacía cuando algo le molestaba pero sabía que no podía discutirlo.

—No tengo dinero para pagarte.

—No te estoy cobrando.

—No puedo aceptar que trabajes gratis.

—No es trabajo. Es... ayuda. Temporal. Hasta que te organices.

—No necesito organizarme.

—Bruno, tienes un plátano podrido debajo de las facturas.

Silencio. Dos segundos. Luego, algo que no me esperaba: una

exhalación que podía haber sido una risa contenida.

—Tenía —dijo—. Lo tiraste.

—Exacto.

Me dejó quedarme. No con entusiasmo, no con gratitud efusiva. Con resignación práctica, que era la forma que tenía Bruno Medina de decir que sí.

Y así, sin plan, sin contrato, sin acuerdo verbal, empecé a trabajar en la Clínica Veterinaria Costa Verde.

Lo primero que hice fue la agenda. Compré una libreta nueva en la papelería de Llanes (grande, con espiral, con divisiones por día) y trasladé todas las citas de la libreta vieja, tachando las que ya habían pasado y confirmando por teléfono las que quedaban. Dos horas de llamadas. Siete clientes que no sabían que tenían cita, tres

que creían que la tenían pero no, y una señora que llevaba un mes esperando que Bruno le devolviera la llamada sobre su loro.

—¿Tienes loro? —le pregunté a Bruno cuando salió de la consulta.

—No trato loros.

—Pues esta señora cree que sí.

—Dile que vaya a Oviedo.

—Le he dicho que le llamas mañana.

—Martina.

—Ya hablarás con ella. A lo mejor el loro está bien.

Lo segundo fue la web. La abrí en mi portátil y casi me sangran los ojos. Diseño de 2019, fotos pixeladas, horarios incorrectos, y una sección de «nuestro equipo» que mostraba a Bruno con una foto del

carné de la Guardia Civil que parecía sacada de un documental sobre crímenes sin resolver.

—Bruno, tu foto de la web parece un cartel de Se Busca.

—La hizo mi primo Álex.

—Tu primo Álex debería dedicarse a otra cosa.

Empecé a rehacer la web. Bueno, a planificarla. Seis años en una agencia de marketing servían para algo, y ese algo era saber que

una web tenía que ser clara, rápida y con fotos que no espantaran al cliente.

—Necesito fotos tuyas. Con animales. Sonriendo.

—No sonrío para fotos.

—Bruno, necesito una foto donde no parezcas un asesino en serie.

—No parezco un asesino en serie.

—Perdona. Un asesino en serie serio.

Algo se movió en su cara. La comisura izquierda. Esa grieta que se abría cuando bajaba la guardia.

—Una foto —dijo—. Una.

Le hice la foto mientras acariciaba a Canela. La luz de la ventana le daba en la cara. No sonreía exactamente, pero sus ojos se habían suavizado mirando al cachorro, y eso era más que suficiente. La foto era buena. Más que buena. Era la foto de un hombre que quería lo

que hacía, en un sitio donde quería estar, con un animal que confiaba en él.

Lo tercero fue el Instagram.

—No.

—Bruno.

—No necesito Instagram.

—Tienes cuarenta y siete seguidores.

—Son cuarenta y siete personas a las que no quiero hablar.

—Instagram no es hablar. Es mostrar. Fotos de animales, de la clínica, del paisaje. La gente se enamora de los veterinarios rurales. Eres contenido viral sin saberlo.

—No quiero ser viral.

—Pues vas a serlo. Porque mañana voy a subir la foto de Canela y va a tener más likes que todo tu historial junto.

Me miró con la expresión de alguien que está considerando

seriamente cambiar la cerradura de la clínica.

—Haz lo que quieras —dijo, y se metió en la consulta.

Subí la foto. A las seis de la tarde tenía doscientos doce likes. A medianoche, quinientos. Un comentario decía: «¿Dónde está esta clínica? Quiero llevar a mi perro para que lo trate ese veterinario.»

Otro: «Ese cachorro es lo más bonito que he visto hoy.» Y otro, inevitable: «¿El veterinario está soltero?»

Le enseñé los números a Bruno al día siguiente.

—Quinientos likes.

—¿Y eso qué es?

—Que quinientas personas han visto tu clínica.

—¿Y van a traer a sus animales?

—Algunas sí.

—¿Las de Madrid?

—Las de Madrid no. Pero las de Llanes, Posada, Ribadesella, sí.

Me miró. Luego miró el teléfono. Luego la agenda nueva, que ya tenía tres citas más que la semana anterior.

—Está bien —dijo.

Para Bruno, «está bien» era el equivalente a un discurso de

agradecimiento con aplausos.

Los días empezaron a tener un ritmo. Café a las nueve, abrir la clínica, atender llamadas, recibir clientes, limpiar, organizar. Bruno en la consulta, yo en el mostrador. A veces nuestros mundos se cruzaban: yo le pasaba una carpeta, él me preguntaba si había llamado alguien, nuestros dedos se rozaban al intercambiar un bolígrafo. Cosas pequeñas que no significaban nada y significaban todo.

—¿Siempre has sido así? —me preguntó un jueves, mientras limpiaba los instrumentos después de una cirugía menor.

—¿Así cómo?

—Así. De organizar todo. De entrar en un sitio y hacerlo funcionar.

—Es lo que hacía en la agencia. Pero allí era para vender cereales. Aquí es para salvar perros. Me gusta más esto.

Me miró un segundo más de lo necesario. Luego volvió a sus instrumentos.

Y yo volví a mi mostrador con el corazón haciendo algo que se parecía demasiado a felicidad.

11

La llamada llegó a las ocho de la mañana. Bruno, con la voz acelerada que ponía cuando un animal estaba en peligro:

—Martina, tengo una urgencia. Una vaca con mastitis en Posada. Voy para allá. Pero es semana mía y Olivia no tiene cole hasta las nueve y media. ¿Puedes...?

—Voy.

—No tienes que...

—Bruno. Voy.

Llegué a su casa en quince minutos. Era la primera vez que entraba: una casa pequeña, de una planta, al final de una calle tranquila de Llanes. Fachada blanca, jardín trasero con un columpio y una caseta de madera que parecía construida por alguien con más entusiasmo que habilidad. Dentro: cocina abierta con salón, dos habitaciones, un baño. Limpio pero vivido. La nevera tenía dibujos de Olivia pegados con imanes de dinosaurio. La estantería tenía más libros de

veterinaria que de cualquier otra cosa. Y en una esquina, una foto: Bruno, Inés y Olivia bebé. Los tres sonriendo.

Bruno abrió la puerta ya con el maletín en la mano.

—Olivia está desayunando. La llevas al colegio a las nueve y media. Posada Herrera, número siete. La profesora es Celia. Si necesita algo...

—Bruno.

—¿Qué?

—Vete. Yo me encargo.

Me miró. Un segundo. Dos. Algo en sus ojos que no era gratitud sino algo más complicado: la expresión de alguien que no está acostumbrado a soltar el control pero sabe que tiene que hacerlo.

—Gracias.

Se fue. El coche arrancó y desapareció por la calle. Cerré la puerta y me giré.

Olivia estaba en la mesa de la cocina, con un bol de cereales, el

pijama de dinosaurios y el pelo como un nido de pájaros.

—¡Martina! —Sonrisa nuclear—. ¡Papá me ha dicho que vienes tú!

—Así es. ¿Has desayunado?

—Estoy en ello. ¿Quieres cereales? Son de dinosaurios. Tienen forma de dinosaurios. No saben a dinosaurios, saben a chocolate. Pero molan.

Me senté a su lado. Me sirvió cereales en un bol que decía «La mejor hija del mundo» con letras desiguales —pintado a mano, probablemente por ella misma en algún taller del colegio—. Desayunamos juntas. Olivia me contó su sueño de la noche anterior (un dinosaurio que hablaba francés, que tenía sentido en su universo), el nombre de cada dinosaurio de plástico que había en la estantería del salón (diecisiete, los conté después) y por qué el

braquiosaurio era mejor que el diplodocus «aunque todo el mundo diga que son iguales, que NO lo son».

Vestirla fue una experiencia.

—Este vestido no.

—¿Por qué no?

—Porque es rosa.

—¿Qué tiene de malo el rosa?

—Que es de princesas. Y yo no soy princesa. Soy paleontóloga.

—¿Las paleontólogas no pueden llevar rosa?

Lo pensó. Muy en serio. Con la concentración de alguien resolviendo un teorema matemático.

—Vale. Pero con las botas de agua.

—Olivia, no llueve.

—Pero puede llover. Asturias siempre puede llover. Lo dice papá.

No pude discutir con esa lógica. Vestido rosa con botas de agua

verdes. Pelo recogido en dos coletas que me quedaron desiguales porque hacer coletas a una niña de cinco años que no para de moverse es más difícil que cualquier presentación de marketing.

La llevé al colegio. Olivia me cogió de la mano mientras caminábamos por la calle, con la naturalidad de quien ha decidido

que perteneces a su vida y no piensa negociarlo.

—Martina, ¿tú tienes novio?

—No.

—¿Por qué?

—Porque el que tenía era tonto.

—¿Tonto tonto o tonto de los que hacen cosas tontas?

—Tonto de los que hacen cosas tontas y luego no piden perdón.

Olivia asintió con la gravedad de una jueza del Tribunal Supremo.

—Esos son los peores.

—Sí.

—Mi papá no es tonto.

Silencio. Mis pasos sonaban en la acera. Los suyos, más rápidos,

más ligeros, a mi lado.

—Tu papá es muy listo —dije.

—Ya lo sé. Y le gustas.

—¿Eso te lo ha dicho él?

—No. Pero te mira las manos cuando no le ves.

Me quedé sin palabras. Literalmente. La boca abierta, el cerebro en cortocircuito, y una niña de cinco años mirándome desde abajo con

la certeza absoluta de quien ha dicho una verdad evidente y no entiende por qué a los adultos les cuesta tanto.

—Olivia, tu papá y yo somos... amigos.

—Los amigos no se miran las manos.

—Algunos sí.

—No. Mis amigos se miran los cromos. Y los dinosaurios. Pero no las manos.

No tenía respuesta para eso. No la hay. Cuando una niña de cinco años desmonta tu argumentación con la precisión de un cirujano, lo mejor que puedes hacer es cambiar de tema.

—¿Ese es tu colegio?

—Sí. ¿Vienes a recogerme?

—No lo sé. Depende de cuándo vuelva tu papá.

—Pues dile que tarde mucho.

La dejé en la puerta. Celia, la profesora, me saludó con una mirada cómplice que decía que sabía exactamente lo que estaba pasando,

aunque yo no supiera exactamente qué estaba pasando.

—Martina, ¿verdad? Olivia no para de hablar de ti.

—Eso me han dicho.

—Es una niña especial. Se encariña rápido.

—Lo sé.

Olivia me dio un abrazo en las piernas. Fuerte, apretado, con toda la fuerza de sus cinco años.

—¡Hasta luego, Martina!

—Hasta luego, bichillo.

Se fue corriendo a clase. Me quedé en la puerta un momento más de lo necesario.

«Se encariña rápido.»

Y yo también, al parecer.

Fui a la clínica. Abrí, contesté llamadas, recibí a dos clientes. Bruno

volvió a mediodía, con barro en las botas y olor a campo.

—¿Cómo ha ido? —pregunté.

—La vaca está bien. ¿Y Olivia?

—En el colegio. Vestido rosa con botas de agua.

—¿Le has puesto el vestido rosa?

—Ella me ha puesto el vestido rosa. Yo solo he negociado las botas.

Algo que se parecía a una sonrisa.

—¿Ha desayunado?

—Cereales de dinosaurio. Me ha enseñado la diferencia entre un braquiosaurio y un diplodocus. Y me ha dicho que no soy de princesas.

—Tiene razón.

Lo dijo sin pensar. Lo sé porque después de decirlo cerró la boca como si quisiera tragarse las palabras. Me miró un segundo —ese

segundo que pesaba como una hora— y se metió en la consulta.

—Bruno —le llamé desde el mostrador.

—¿Qué?

—Cuando quieras repetir, avísame.

Silencio. Luego, desde dentro de la consulta, la voz:

—Gracias, Martina.

Esa tarde fui a recoger a Olivia. Bruno tenía consultas hasta las seis. Le llevé al parque, le compré un helado de fresa (con la condición de no contarle a su padre que había comido helado antes de cenar) y la escuché durante una hora hablar de su mejor amiga del colegio, de un perro que vio en la calle, de por qué las estrellas brillan y de cuántos dinosaurios cabrían en un avión.

Cuando Bruno vino a recogerla, Olivia estaba dormida en mis brazos en un banco del paseo marítimo. El sol de la tarde le daba en el pelo rubio y en las pestañas.

Bruno me miró. Luego miró a Olivia. Luego me miró otra vez.

No dijo nada. Cogió a su hija con ese movimiento practicado de padre que levanta niños dormidos sin despertarlos, la acunó contra

su hombro y me miró una última vez.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Se fue.

Y yo me quedé en el banco con los brazos vacíos y el corazón lleno, pensando que aquella niña de cinco años tenía razón en todo.

Los amigos no se miran las manos.

12

Bruno

Martina con Olivia en la playa.

Las vi desde el coche cuando fui a recogerlas. Gulpiyuri, la playa interior, esa franja absurda de arena encajada entre prados verdes donde el mar llega por debajo de la roca y forma una piscina natural que parece un error geográfico. Olivia dormida en el regazo de Martina, arena en el pelo de las dos, el sol de la tarde cayendo en ángulo y dorándoles la piel.

El golpe en el pecho fue físico. Como cuando palpas un corazón animal que late demasiado rápido y sabes que algo no está bien. Pero al revés: demasiado bien. Peligrosamente bien.

Paré el coche. No salí. Me quedé mirando un momento.

Martina le acariciaba el pelo a Olivia sin darse cuenta, como si fuera un gesto automático, como si llevara años haciéndolo. Tenía los ojos

cerrados, la cara hacia el sol, los hombros relajados de una forma que nunca le había visto en la clínica.

Y Olivia. Mi hija, que tarda semanas en aceptar a una cuidadora nueva y meses en dejar de preguntar por la anterior. Mi hija, que la primera noche que Inés se fue lloró hasta las tres de la mañana preguntando por qué mamá no venía. Esa misma hija dormía en el regazo de Martina como si fuera el lugar más seguro del mundo.

Eso me aterrorizaba.

No porque Martina fuera mala persona. Al contrario: era buena. Demasiado buena. Era caótica, ruidosa, desordenada, impulsiva, y era exactamente el tipo de persona que Olivia necesitaba y yo no podía permitirme darle. Porque Martina era temporal. Era de Madrid. Tenía una vida allí, una carrera, unas amigas, una madre. Y Porrúa no era su sitio. Era su parada.

Salí del coche. Caminé hacia la playa. Martina abrió los ojos.

—Hola —dijo, con esa voz baja de quien no quiere despertar a un niño.

—Hola.

—Se ha quedado frita hace diez minutos. Hemos hecho castillos de arena, comido helado, visto cangrejos y discutido sobre si el

megalodon era más grande que una ballena azul.

—¿Y quién ganó?

—Ella. Siempre gana ella.

Me agaché. Cogí a Olivia. Se removió, murmuró «Martina» entre sueños y se enganchó a mi cuello. Arena en mi jersey. Me daba igual.

—Gracias —dije.

—De nada.

Nos miramos. El sol le daba a Martina en los ojos y los convertía en miel. Tenía una peca nueva en la nariz. Arena en el pelo. Llevaba una camiseta que decía «I need coffee» con un dibujo de un gato, y unos vaqueros cortos, y sandalias. Era lo contrario de todo lo que yo buscaba en una mujer —si es que buscaba algo, que no buscaba—

y, sin embargo, cada vez que la miraba, algo se desplazaba en mi pecho como una placa tectónica.

Volví a casa. Bañé a Olivia, le di de cenar (macarrones, porque los martes eran macarrones y cambiar la rutina era un acto de alto riesgo), la acosté.

—Papá.

—¿Mm?

—Hoy ha sido el mejor día.

—Me alegro.

—Martina me ha dejado comer helado de fresa.

—¿Antes de cenar?

—No. —Pausa—. Sí.

—Olivia.

—¡Pero era pequeño! Y ella ha dicho que no te lo contara, pero no puedo mentirte porque eres mi papá y te quiero y las mentiras están

mal excepto cuando son para proteger a alguien y esto no protege a nadie, solo protege el helado.

La miré. Mi hija. Cinco años de lógica imparable.

—Duérmete.

—¿Estás enfadado?

—No.

—¿Martina va a volver mañana?

—No lo sé.

—Pues dile que venga. La echo de menos cuando no viene.

Se dio la vuelta, se abrazó a Rex el dinosaurio de plástico y se durmió en treinta segundos. Los niños tienen esa capacidad: apagan el mundo como un interruptor. Los adultos nos quedamos a oscuras buscando dónde está el interruptor.

Me senté en la cocina con una cerveza y la casa en silencio. Miré la foto de la nevera: Olivia, Inés y yo en la playa de San Antonio, hace tres veranos. Antes del divorcio. Antes de que Inés dijera «Bruno, no

puedo más con este pueblo». Antes de que mi vida se partiera en dos y aprendiera a funcionar con la mitad.

Cogí el teléfono. Marqué.

—¿Bruno?

—Inés.

—¿Va todo bien? ¿Olivia?

—Olivia está bien. Durmiendo. Quería... preguntarte algo.

Pausa.

—Dime.

—¿Cómo sé si estoy listo?

Silencio. Inés procesando. La conocía lo suficiente para saber que estaba eligiendo las palabras.

—¿Listo para qué?

—Para... No sé. Para algo.

—Bruno, llevas dos años preguntándote si estás listo. La respuesta

es que nunca lo estarás. Pero si no lo intentas, Olivia va a crecer pensando que su padre no sabe ser feliz.

La frase me golpeó donde más duele: en la verdad.

—Desde cuándo eres tan sabia.

—Desde que me fui de ese pueblo y tuve perspectiva.

—Vaya.

—Bruno. No conozco a la persona de la que no me estás hablando. Pero si Olivia la quiere y tú la miras como me miras a mí cuando

miras algo que te importa de verdad... entonces deja de pensar.

—¿Y qué hago?

—Sentir. Que para eso te quitan el título de veterinario frío del norte.

Me reí. No mucho, pero lo bastante. Inés se rio también.

—Buenas noches, Bruno.

—Buenas noches.

Colgué. Bebí la cerveza. Miré la pared.

Martina con Olivia en la playa. El pelo revuelto, la arena, el sol, las sandalias. «Martina» murmurado entre sueños por mi hija.

Lo que sentí en ese momento no fue miedo exactamente. Fue algo peor: esperanza. Y la esperanza, para alguien que lleva dos años construyendo un muro, es lo más peligroso que existe.

Porque no me asustaba enamorarme. Me asustaba que ella se fuera. Me asustaba que Olivia preguntara «¿dónde está Martina?» con esos

ojos que ya habían preguntado «¿dónde está mamá?» y no tener respuesta.

Con Inés fue diferente. Con Inés fue seguro, conocido, planificado. Nos quisimos como se quiere cuando los dos quieren lo mismo. Y cuando dejamos de querer lo mismo, nos despedimos como adultos. Sin drama. Sin portazos. Con una hija en medio que merecía que sus padres fueran civilizados.

Esto no era seguro. Ni conocido. Ni planificado. Esto era Martina: una mujer de Madrid que quemaba lentejas, llevaba pendientes enormes, hablaba con el gato de su tía y había reorganizado mi clínica en tres días. Una mujer que se estaba muriendo de miedo — lo veía en sus ojos, la misma inseguridad que escondía detrás del

humor— y que aun así se levantaba cada mañana y se presentaba en mi puerta con un café y una sonrisa.

«Es temporal», me repetí.

Pero la palabra «temporal» sonaba cada vez más a mentira.

Cerré la casa. Apagué la luz. Me metí en la cama.

«No puedo enamorarme de alguien que va a irse. Ya lo hice una vez.»

Cerré los ojos.

Pero lo último que vi fue la peca nueva en la nariz de Martina y la forma en que Olivia había dicho su nombre entre sueños.

Y supe, con la certeza fría de un diagnóstico, que ya era demasiado tarde para el muro.

13

El perro de Marcelino se llamaba Turco, tenía doce años, era un mastín asturiano del tamaño de un ternero pequeño y el alma más dulce del concejo de Llanes. Y a las diez de la noche de un jueves, un coche lo atropelló en la carretera de Posada.

La llamada de Bruno sonó mientras yo estaba en la cama viendo una serie con Mostaza en el regazo.

—Martina. Turco, el perro de Marcelino. Atropello. Estoy en la clínica. Necesito manos.

—Voy.

No pregunté detalles. No hizo falta. Me puse lo primero que encontré —chándal, zapatillas, sudadera—, metí a Luna en casa, ignoré el maullido indignado de Mostaza y conduje hasta Llanes en quince minutos, que es un récord personal considerando que eran

carreteras oscuras de montaña y yo todavía me perdía a veces de día.

La clínica estaba iluminada. La puerta abierta. Entré.

Bruno estaba en la mesa de quirófano, con guantes, bata verde, la frente brillante de sudor. Turco estaba tumbado, inconsciente,

enorme, con una herida abierta en el costado izquierdo que sangraba a un ritmo que hacía que el estómago se me encogiera.

Marcelino estaba en la esquina. Pálido, mudo, con las manos temblando. Setenta años de hombre duro y su perro en una mesa de operaciones.

—Marcelino, sal un momento —dije.

—No puedo dejarlo.

—No lo vas a dejar. Vas a esperarlo ahí fuera. Yo estoy aquí. Bruno está aquí. Turco va a estar bien.

Lo dije sin saber si era verdad. Pero Marcelino me miró, asintió y salió. Se sentó en la silla de la sala de espera con la boina entre las manos y los ojos fijos en la puerta.

Me volví hacia Bruno.

—¿Qué necesitas?

—Pásame las compresas de allí. El cajón de arriba. Y prepara suero. Segundo estante, bote grande.

Me lavé las manos. Me puse guantes. Y durante las siguientes dos

horas, fui las manos extra de Bruno Medina.

No voy a decir que fue fácil. Había sangre. Mucha. Turco tenía una costilla rota que había perforado parcialmente el pulmón, una herida abierta de quince centímetros en el costado y un traumatismo craneal leve. Bruno trabajaba con una concentración que era casi hipnótica: manos firmes, movimientos exactos, voz baja dando instrucciones.

—Compresa.

Se la pasaba.

—Sujeta aquí.

Sujetaba.

—Más presión.

Más presión.

—Bien. Ahora suero. Despacio.

En ningún momento me miró a los ojos. En ningún momento dudó. En ningún momento parecía que el mundo existiera fuera de esa

mesa, de ese perro, de esas manos que cosían, limpiaban, reparaban.

Era impresionante.

No «impresionante» de forma abstracta. Impresionante de una forma concreta, visceral, que te golpea en el pecho: este hombre sabe lo que hace, le importa lo que hace, y por eso es bueno. No por talento. Por amor. Amor al oficio, al animal, al deber de mantener vivo algo que confía en ti.

A medianoche, la sutura estaba cerrada, el pulmón estabilizado, el gotero funcionando. Turco respiraba. Dormido, débil, pero respiraba.

Bruno se quitó los guantes. Se apoyó en la mesa. Respiró.

—Va a vivir —dijo. Y lo dijo para él, no para mí. Como si necesitara oírlo en voz alta para creérselo.

Abrí la puerta. Marcelino se levantó de la silla como un resorte.

—Va a vivir, Marcelino.

El hombre de setenta años que contaba historias de la guerra y servía sidra sin pestañear se derrumbó. Se tapó la cara con la boina

y lloró sin ruido. Lo abracé. No sé por qué. Solo sé que era lo que había que hacer.

—Gracias, hija —dijo—. Gracias.

Marcelino se quedó con Turco (Bruno le puso una manta y un café y le dijo que podía dormir en la sala de espera). La clínica se quedó en silencio.

Bruno y yo nos quedamos solos en la consulta. Era la una de la madrugada. La luz fluorescente zumbaba. La mesa de acero tenía

manchas de sangre. Los dos estábamos agotados, sucios, con los ojos quemados por la adrenalina.

Bruno se apoyó en la encimera. Cerró los ojos.

—Gracias —dijo.

—De nada.

—No. —Abrió los ojos. Me miró—. Gracias por estar aquí. No solo esta noche.

La forma en que lo dijo. La voz, el peso, la pausa entre «aquí» y «no solo esta noche». Como si cada palabra le costara un esfuerzo enorme y al mismo tiempo no pudiera contenerlas más.

—Bruno...

—No sé hacer esto, Martina. No sé cómo... —Se pasó la mano por el pelo. El gesto de alguien que está acostumbrado a tener control y lo está perdiendo—. No sé cómo se hace esto.

—¿El qué?

Me miró. A los ojos. Sin muro, sin distancia, sin el «prefiero no

acostumbrarme» que llevaba semanas usando como escudo.

Y me besó.

Fue suave. Lento. Con sabor a café frío y a agotamiento y a algo que llevaba semanas conteniéndose. Sus manos en mi cara, los pulgares en mis mejillas, la frente contra la mía. Un beso que no

pedía nada: solo decía «esto es lo que siento y no puedo seguir fingiendo que no».

Le devolví el beso. Más fuerte. Más honesto. Mis manos en su jersey manchado de sangre, su aliento en mi boca, el latido de su corazón contra mis palmas a través de la tela.

Se apartó. No mucho. Un centímetro. Su nariz rozando la mía. Sus ojos verdes a un palmo de los míos.

—Martina.

—¿Qué?

—No sé hacer esto a medias.

—Yo tampoco.

Silencio. Dos respiraciones. Tres.

—Bien —dijo.

Y me volvió a besar.

Este beso fue distinto. No suave, no contenido. Fue un beso de alguien que ha abierto una puerta que llevaba dos años cerrada y no puede volver a cerrarla. Sus manos en mi cintura, mi espalda contra

la encimera, el zumbido del fluorescente y el olor a desinfectante y a sangre y a él.

Nos separamos cuando respirar se volvió necesario. Los dos jadeando como si hubiéramos corrido un maratón.

—Esto no estaba en el plan —dije. Y en cuanto lo dije, supe que iba a quedarme con esa frase para siempre.

—¿Tenías un plan?

—Nunca.

Algo que podría haber sido una sonrisa. O un principio de una.

—Entonces no hay problema.

—No hay problema.

Se pasó la mano por la cara. Miró el reloj. La una y media de la madrugada, una clínica veterinaria manchada de sangre, un perro

dormido en la sala de espera y su dueño roncando en una silla de plástico.

—Debería... Turco necesita supervisión cada hora.

—Lo sé.

—Debería quedarme.

—Lo sé.

Nos miramos. La distancia entre nosotros era de medio metro y parecía un océano.

—Buenas noches, Martina.

—Buenas noches, Bruno.

Salí de la clínica. El aire de la noche me golpeó la cara como un cubo de agua fría. Caminé hasta el coche. Me senté al volante.

Y me quedé ahí, en el aparcamiento, con las manos en el volante y

los labios ardiendo, durante cinco minutos enteros.

Luego cogí el móvil. Escribí a Sara:

«Me ha besado.»

Tres segundos. Tres puntos suspensivos. La respuesta:

«POR FIN. Cuéntamelo TODO. YA.»

Eran las dos de la mañana. Le conté todo.

A las tres me dormí en la cama de Rosa con Mostaza ronroneando en mi almohada y el sabor de café frío y de algo irreversible en los labios.

14

Los días después del beso fueron raros.

No raros malos. Raros como cuando cambias de gafas y el mundo tiene los mismos colores pero los ves más nítidos. Todo igual pero todo diferente.

Bruno no huyó. Eso ya era una victoria. Pero tampoco corrió hacia mí con una declaración de amor ni me besó otra vez nada más

verme al día siguiente. Bruno hizo lo que Bruno hacía mejor: actuar como si nada hubiera cambiado mientras todo había cambiado.

En la clínica, la rutina seguía: yo en el mostrador, él en la consulta. Café, llamadas, clientes, animales. Pero ahora había algo más. Un voltaje en el aire que no estaba antes.

Cuando me pasaba una carpeta, sus dedos rozaban los míos un segundo más de lo necesario.

Cuando yo le hablaba desde el mostrador, él contestaba sin mirarme, pero su mandíbula se tensaba de una forma que ya sabía interpretar.

Cuando estábamos solos en la sala de espera al final del día, el silencio pesaba distinto. No incómodo. Cargado. Como un cielo antes de la tormenta.

Con Olivia delante, normalidad absoluta. Un acuerdo tácito que no habíamos verbalizado pero que los dos entendíamos: la niña

primero. Lo que sea que estuviera pasando entre nosotros no podía confundirla ni ilusionarla hasta que supiéramos qué era.

—Martina, ¿te quedas a cenar? —preguntó Olivia un miércoles.

Miré a Bruno. Él me miró a mí. Un segundo.

—Hoy no, bichillo. Tengo que cuidar de Luna y Nube.

—¿Mañana?

—Ya veremos.

Olivia aceptó el «ya veremos» con la sospecha innata de una niña que sabe que los adultos usan esa frase para no decir que no.

Esa noche, en la videollamada, Sara y Lucía estaban en la misma pantalla, lo cual significaba que habían quedado expresamente para interrogarme.

—Cuéntalo todo —dijo Sara.

—Ya te lo conté.

—Otra vez. Con más detalles. Lucía no estaba.

—Estaba durmiendo —aclaró Lucía—. Que a las dos de la mañana

las personas normales dormimos.

—Vale. Me besó. En la clínica. Después de operar al perro de Marcelino. Fue... intenso.

—¿Intenso cómo? —Sara.

—Intenso de... que me cogió la cara con las dos manos y me besó como si hubiera estado aguantándose desde la primera vez que me vio.

—Madre mía —Lucía.

—Y luego me dijo que no sabe hacer las cosas a medias. Y yo le dije que yo tampoco.

—¡POR FIN! —Sara golpeó la mesa—. Sabía que iba a pasar. Lo sabía. Desde el día que me dijiste «es simpático como una ortiga». Siempre te gustan los ortigas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Lucía con su tono de terapeuta cósmica

—. ¿Estáis juntos?

—No lo sé. No hemos hablado de eso.

—¿Cómo que no habéis hablado? —Sara.

—Sara, el hombre dice tres frases al día. Darle una definición a esto requiere que primero hablemos, y hablar es algo que Bruno hace con los animales, no con las personas.

—¿Y tú? Tú que hablas por los codos, ¿no le has dicho nada?

—¿Qué le digo? ¿«Hola, Bruno, ¿somos novios o eso fue un beso de agotamiento postquirúrgico»?

—Sí. Exactamente eso.

—Sara.

—Martina. —Sara se puso seria. La Sara de enfermera, la que habla claro cuando importa—. Ese hombre tiene una hija. Si esto es algo,

tiene que ser algo de verdad. Y si no es algo, mejor saberlo ahora.

—Lo sé.

—¿Te asusta?

—Mucho.

—¿El qué exactamente?

Me lo pensé. El techo de la habitación de Rosa me miraba con sus vigas de madera y su mancha de humedad que parecía un conejo.

—Me asusta que sea real. Que sea bueno. Que su hija me quiera. Que él me quiera. Y que luego yo la joda, como la jodo siempre.

Silencio.

—Martina —dijo Lucía, y por una vez no mencionó a Mercurio—. No la jodes siempre. Pablo la jodió. Tu jefe la jodió. Tú eres la que tuvo

el valor de irse. Eso no es joderla. Eso es ser valiente.

—¿Desde cuándo eres tan profunda?

—Es Neptuno en la casa doce. Me pone filósofica.

—Lucía.

—¿Qué? Es verdad.

Sara se acercó a la cámara.

—Martina, escúchame. Cuando algo bueno no da miedo, es que no importa lo suficiente.

La frase se me quedó dentro como una semilla. Colgué. Apagué la luz. Me tumbé con Mostaza ronroneando en la almohada y Luna suspirando a los pies de la cama.

Bruno me había besado. Y yo le había devuelto el beso. Y el mundo seguía girando y los Picos de Europa seguían ahí y Marcelino seguía

contando historias de la guerra y Olivia seguía hablando de dinosaurios.

Todo igual. Todo diferente.

Al día siguiente, en la clínica, Bruno me miró cuando llegué.

—¿Café?

—Con leche.

Fue a la cafetera. Me lo preparó. Me lo dejó en el mostrador. Nuestros dedos se rozaron.

—Bruno.

—¿Mm?

—Esto que está pasando...

—Lo sé.

—¿Y?

Me miró. Los ojos verdes, la barba, la línea de la mandíbula. Y algo nuevo: una vulnerabilidad que no había visto antes, asomando

debajo del muro como hierba entre las grietas de una acera.

—No sé qué es. Pero no quiero que pare.

—Yo tampoco.

—Bien.

—Bien.

Se dio la vuelta. Se metió en la consulta. Y yo me quedé en el mostrador con un café con leche que me sabía a promesa y una sonrisa que no me cabía en la cara.

No era una definición. No era un título. Pero era un «no quiero que pare» dicho por un hombre que medía cada palabra como si le costara dinero.

Y eso, viniendo de Bruno Medina, era más que suficiente.

15

Semana de Olivia con Inés. Casa de Bruno vacía. Y una invitación a

cenar que tardó tres intentos en formular.

Intento uno, en la clínica, lunes:

—Martina, si quieres... si no tienes planes... podríamos...

—¿Podríamos qué?

—Nada. Da igual.

Intento dos, martes, por mensaje:

«¿Cenas el viernes?»

«¿Dónde?»

«En mi casa.»

«¿Cocinas tú?»

«Sí.»

«¿Fabada?»

«No.»

«Acepto.»

Intento tres no hizo falta. Pero yo practiqué la respuesta catorce veces delante del espejo, que es un dato que me llevaré a la tumba y que no pienso contarle a Sara jamás.

El viernes llegó con esa lentitud torturadora de los días que esperas. Me vestí tres veces. La primera, un vestido negro que parecía que iba a una boda. La segunda, unos vaqueros con camiseta que parecía que iba al supermercado. La tercera, el punto medio: vaqueros buenos, blusa de seda verde que Sara me regaló por mi cumpleaños, pelo suelto, pendientes discretos (para mí, que seguían siendo más grandes que los de cualquier persona normal).

—¿Qué tal? —le pregunté a Mostaza.

Mostaza se marchó al salón.

—Perfecto. Gracias por el apoyo.

Llegué a las nueve. Bruno abrió la puerta y durante un segundo nos miramos como dos adolescentes en su primera cita, que es ridículo

cuando tienes treinta y un años y treinta y cinco respectivamente y un divorcio cada uno en el historial.

—Hola.

—Hola.

Llevaba camisa. Camisa. Bruno Medina, que vivía en jerseys de lana y camisas de cuadros, llevaba una camisa azul oscuro con las mangas remangadas hasta los codos. Vaqueros. Descalzo. Y olía diferente: no a campo y jabón quirúrgico, sino a algo más cálido. Algo que me hizo querer acercarme y no parar.

La casa estaba distinta sin Olivia: más silenciosa, más grande, más adulta. Había puesto velas en la mesa de la cocina. Dos velas. Sobre

un mantel que probablemente había buscado en el fondo de un armario porque tenía marcas de planchado y olor a lavanda.

—¿Has puesto velas?

—¿Es demasiado?

—No. Es perfecto.

Cocinó. Lubina al horno con patatas y pimientos del piquillo. Vino blanco de Cangas del Narcea. Ensalada. Queso de cabrales para después.

—¿Dónde has aprendido a cocinar así?

—Mi madre. Y Youtube.

—¿Youtube?

—Youtube y mi madre. En ese orden.

Me reí. Bruno cocinaba con la misma concentración que operaba: movimientos exactos, nada de más, todo en su sitio. Pero se

relajaba. En su cocina, con un vaso de vino y algo dorándose en el horno, era otra persona. No otra: la misma, pero sin el muro.

Cenamos. Hablamos. De verdad hablamos, como en los Lagos pero sin montañas de por medio y con vino en lugar de agua.

Le conté lo del ataque de pánico. Todo. No la versión resumida que le había dado en la montaña, sino la versión completa: el temblor en las manos, la falta de aire, la certeza de que me estaba muriendo, los veinte minutos encerrada en el baño de la agencia con el grifo abierto para que nadie me oyera. Le conté que no fue la primera vez. Que llevaba años teniendo episodios más pequeños que

disfrazaba de nervios, de estrés, de «soy así, soy intensa». Le conté que nunca fui a un psicólogo porque me daba vergüenza.

Bruno me escuchó sin interrumpir. Sin esa cara de lástima que ponía la gente. Sin el «tienes que ir a terapia» que era verdad pero que no ayudaba oírlo como reproche. Simplemente escuchó.

—¿Y ahora? —dijo cuando terminé.

—Ahora llevo un mes sin uno. Es el máximo desde los veinticinco.

—¿Qué cambió?

Miré por la ventana. La noche asturiana, el sonido del mar a lo lejos, las estrellas.

—No lo sé. Puede que sea el sitio. Puede que sea no estar en la agencia. Puede que sea...

—¿Qué?

—Puede que sea no intentar ser alguien que no soy.

Me miró. Esa mirada larga, sin parpadear, que antes me intimidaba y ahora me hacía sentir vista. No observada: vista. Como si mirara

detrás de la fachada y le gustara lo que encontraba.

—Me contó por qué se divorció de Inés. No la versión corta: la versión con sentimientos. Que la quería. Que se quería todavía, de alguna forma. Que el divorcio no fue por falta de amor sino por querer vidas diferentes. Ella necesitaba Madrid, él necesitaba Llanes, y ninguno de los dos estaba mal por necesitar lo que necesitaba.

—A veces querer a alguien no basta —dijo.

—¿Y ahora?

—Ahora quiero que baste.

Lo dijo mirándome. A mí. Sin desviar los ojos, sin esconderse detrás de un vaso de vino, sin la ironía seca que usaba como armadura. Directo. Desnudo.

No sé quién se movió primero. Creo que fui yo. O puede que fuera él. O puede que fuera algo más grande que los dos, una gravedad

que llevaba semanas tirando de nosotros y que por fin dejamos de resistir.

Me besó. O le besé. Daba igual. Su boca en la mía, sus manos en mi cintura, mis dedos en su pelo. El sabor a vino y a sal y a algo que llevaba toda mi vida buscando sin saber qué era.

—Martina.

—¿Mm?

—Si quieres irte...

—No quiero irme.

—¿Estás segura?

Le cogí la cara con las manos. Los pulgares en sus mejillas. La barba de tres días rozándome las palmas.

—Bruno. Llevo treinta y un años sin estar segura de nada. Pero ahora mismo, aquí, contigo, estoy más segura que nunca de que no quiero estar en otro sitio.

Algo se abrió en su cara. La sonrisa. No la media sonrisa, no el amago. La sonrisa entera, la que había visto una vez en la romería y

que llevaba semanas esperando volver a ver.

Me besó otra vez. Más fuerte. Me levantó del taburete de la cocina como si no pesara nada —que peso sesenta y tres kilos, así que algo pesaba— y me sentó en la encimera. Sus manos en mis muslos, las mías en sus hombros, la blusa de seda verde arrugándose entre sus dedos.

—La cama —dije.

—¿Estás...?

—Bruno, si me preguntas una vez más si estoy segura, te juro que...

No terminé la frase. No hacía falta. Me cogió de la mano y me llevó al dormitorio.

Su habitación era como él: sencilla, limpia, con una cama grande de sábanas blancas y una ventana que daba al jardín. La única decoración era una foto de Olivia en la mesilla y un libro de James Herriot abierto boca abajo.

Lo que pasó después fue... Fue todo lo que necesitaba y no sabía que necesitaba.

Fue lento. Bruno hacía todo lento: desabrochaba cada botón como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si mi cuerpo fuera un

animal herido que necesitaba cuidado y paciencia. Sus manos en mi piel, callosas, firmes, cálidas. Mi espalda en las sábanas, su peso sobre mí, la certeza de que estaba exactamente donde quería estar.

Fue tierno. No de una ternura empalagosa sino de esa otra, la que nace de alguien que lleva dos años sin tocar a nadie y redescubre el tacto como quien abre los ojos después de un sueño largo. Sus labios en mi cuello, en la clavícula, bajando. Mis dedos en su espalda, las cicatrices de años de trabajo en el campo, la piel caliente.

Y fue urgente. Porque debajo de la ternura y la lentitud había hambre. La mía. La suya. El hambre de dos personas que llevaban semanas conteniéndose y ya no podían. Sus caderas contra las mías, mi nombre en su boca como algo sagrado, sus ojos verdes que no se cerraron ni una vez porque quería verme, verme de verdad, y yo quería que me viera.

—Bruno...

—Estoy aquí.

Estaba. Ahí. Conmigo. Dentro de mí. Y el mundo entero se redujo a esa habitación, esa cama, esas manos, esa boca.

Cuando terminamos —juntos, mirándome a los ojos, con la respiración de los dos mezclándose como el sonido de las olas que

entraba por la ventana abierta— me abrazó. Sin decir nada. Solo me abrazó, con la cara en mi pelo y los brazos tan apretados que podía sentir cada latido de su corazón contra mi espalda.

Nos quedamos así un rato. La ventana abierta. El mar. La brisa. Las sábanas revueltas.

—Eso no estaba en el plan —dije.

—¿Tenías un plan?

—Nunca.

—Entonces todo va según lo previsto.

Me reí. Él no exactamente, pero sentí su pecho moverse contra mi espalda, ese casi-risa que era lo más cerca que Bruno Medina

llegaba a la carcajada.

—Bruno.

—¿Mm?

—La fabada de tu madre está buena. Pero esto está mejor.

Silencio.

—Ni se te ocurra contarle eso a mi madre.

—Hecho.

Me dormí en su cama. Con su brazo en mi cintura y el sonido del mar y una sensación que no había tenido en mucho tiempo.

Paz.

16

Relación sin etiqueta. Era como vivir en un estado cuántico: existía y no existía al mismo tiempo dependiendo de quién mirara.

En la clínica, éramos profesionales. Bueno, casi. Bruno atendía animales, yo organizaba la vida alrededor de los animales. Pero ahora, cuando nos cruzábamos en el pasillo estrecho que conectaba la consulta con el almacén, el aire se volvía denso y uno de los dos dejaba de respirar durante un segundo. A veces rozábamos manos al pasar un historial. A veces nuestros ojos se encontraban por encima de la cabeza de un cliente y decían cosas que las bocas no podían decir delante de una señora de Posada con un caniche.

Fuera de la clínica, cuando Olivia no estaba, éramos otra cosa. Una cosa que no tenía nombre pero que incluía cenas en su casa, besos contra la puerta de la cocina, madrugadas enredados en las sábanas

y conversaciones a oscuras que eran más íntimas que cualquier otra cosa.

—¿Te gusta esto? —me preguntó una noche, tumbados en su cama, con la ventana abierta y la brisa fría del Cantábrico metiéndose entre las sábanas.

—¿Esto qué? ¿Asturias? ¿La clínica? ¿La cama?

—Todo.

—Sí.

—¿Es suficiente?

Le miré. En la penumbra, sus ojos eran más oscuros, casi grises.

—¿Suficiente para qué?

No respondió. Se dio la vuelta y me abrazó por la espalda. Pero yo sabía lo que preguntaba. ¿Es suficiente para quedarte?

Cuando Olivia estaba, todo cambiaba. No fingíamos, exactamente. Pero manteníamos una distancia prudente: nada de besos, nada de contacto que pudiera interpretarse. Martina era «la amiga de papá

que ayuda en la clínica». Bruno era «el veterinario de Luna». Categorías limpias, comprensibles para una niña de cinco años.

El problema era que Olivia tenía cinco años y no era tonta.

—Papá, ¿por qué le sonríes a Martina?

Estábamos los tres cenando en la cocina de Bruno. Miércoles. Pasta con tomate. Olivia en su silla alta que ya le quedaba pequeña, con

salsa en la nariz y Rex el dinosaurio sentado a su lado como un invitado más.

Bruno, que estaba sirviéndome agua, se detuvo.

—Porque me ha contado un chiste.

—No es verdad. Le sonríes como le sonreías a mamá.

El silencio que cayó en esa cocina tenía peso. Lo sentí en el estómago, en el pecho, en las manos que me agarraron al borde de la silla.

Bruno me miró. Yo le miré. Olivia nos miraba a los dos con la inocencia demoledora de quien ha dicho una verdad y no entiende por qué los adultos se han quedado mudos.

—Vamos a cenar —dijo Bruno.

Cambio de tema. Desvío. Pero Olivia no era de las que olvidaban. La pregunta quedó flotando en el aire como un globo atado a una silla

que nadie quiere pinchar.

Después de acostar a Olivia, Bruno me acompañó a la puerta.

—Lo siento —dijo.

—¿Por qué?

—Lo que ha dicho.

—Ha dicho la verdad.

Silencio. Bruno apoyado en el marco de la puerta, yo en el escalón, la noche de Llanes a nuestras espaldas.

—Sí —dijo—. La ha dicho.

Me besó. Rápido, suave, en los labios. Un beso de buenas noches que me supo a comienzo.

Conduje a Porrúa con la radio puesta y una sonrisa idiota que no podía borrar.

En la clínica, los cambios eran visibles. Tres semanas después de que empezara a organizarla, la Clínica Veterinaria Costa Verde ya no parecía la misma. La web estaba actualizada con fotos decentes, horarios correctos y un formulario de contacto que funcionaba. El

Instagram tenía mil doscientos seguidores y un engagement que habría hecho llorar de emoción a mi antiguo jefe. La agenda estaba llena: clientes nuevos de Llanes, Posada, Ribadesella, incluso uno de Cangas de Onís.

—Bruno, tienes cuatro citas nuevas esta semana.

—Eso son demasiadas citas.

—Eso es dinero.

—No necesito dinero.

—Todo el mundo necesita dinero.

—Necesito tiempo. Y animales tranquilos. No clientes de Instagram.

—Los clientes de Instagram tienen animales que necesitan veterinario.

Gruñó. Pero aceptó las citas.

La nueva web tenía una sección de «Nuestro equipo». La foto de Bruno con Canela (la buena, la de la ventana). Y debajo, por insistencia de Gael y mía, una descripción:

«Bruno Medina. Veterinario. Especializado en grandes y pequeños

animales. Licenciado por la Universidad de León. Siete años de experiencia en la clínica de Llanes.»

—Has olvidado «simpático como una ortiga» —dijo Gael cuando la vio.

—Gael, esa web es para clientes.

—Ya. Pero deberías poner una reseña: «El mejor veterinario de Asturias. El peor conversador.»

Bruno, desde la consulta:

—Os oigo.

Gael, sin bajar la voz:

—¡Pues sal y defiéndete, cobarde!

Las tardes de las semanas de Olivia eran mi parte favorita. Iba a recogerla al colegio —Bruno me dejaba, con esa resignación suya

que significaba confianza— y la traía a la clínica o al parque o a la playa, dependiendo del tiempo.

Olivia hablaba. Siempre. Sin pausa. Sobre dinosaurios, sobre su amiga Claudia del colegio, sobre por qué las nubes tenían formas de animales, sobre si los peces dormían, sobre qué cenar.

—Martina, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—¿Mi papá te gusta?

Me detuve. Estábamos caminando por el paseo marítimo de Llanes, ella cogida de mi mano, el viento revolviéndole las coletas.

—Tu papá es muy buen amigo mío.

—Ya. Pero ¿te gusta? Porque a Claudia le gusta Álvaro del colegio y se pone roja cuando le habla. Y tú te pones roja cuando papá te

habla.

—No me pongo roja.

—Sí.

—Olivia...

—No pasa nada si te gusta. A mí también me gusta. Es mi papá

favorito.

—Es tu único papá.

—Por eso es mi favorito.

Me reí. Le apreté la mano. Ella me la apretó de vuelta.

—¿Martina?

—¿Mm?

—¿Te puedo contar un secreto?

—Claro.

Se puso de puntillas. Acercó la boca a mi oreja.

—Me gustaría que fueras mi amiga para siempre.

El nudo en la garganta llegó sin avisar. Lo tragué. Parpadeé. La brisa

del Cantábrico me secó los ojos antes de que cayera nada.

—A mí también, bichillo.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Siguió caminando, saltando sobre las líneas del suelo como si cada grieta fuera un río de lava. Y yo seguí a su lado, con la mano en la suya y una promesa que pesaba más que ninguna otra que hubiera hecho en mi vida.

Porque los adultos rompemos promesas todo el tiempo. Pero romper una promesa a Olivia Medina era algo que no estaba dispuesta a hacer.

Ni ahora. Ni nunca.

17

Rosa volvió de Portugal con un bronceado improbable, tres botellas de vinho verde y opiniones para llenar un auditorio.

—A ver, a ver. Enséñame al veterinario.

—Rosa, no te voy a enseñar al veterinario.

—¿Por qué no? Tu tía me ha hablado de ti.

—Mi tía eres tú.

—Tu madre. Tu madre me ha hablado de ti. Que has conocido a un veterinario, que tiene una hija, que estás todo el día en la clínica. Carmen me ha dado todos los detalles.

—Mi madre no tiene detalles. Tiene suposiciones.

—Pues supone muy bien, porque tu cara dice lo mismo que sus suposiciones.

Rosa. Sesenta años, pelo blanco cortado a lo garçon, manos de huerta, ojos que veían a través de la gente como rayos X

emocionales. Viuda desde hacía ocho años, jubilada de maestra, dueña de una casa de piedra con dos perros, un gato y una huerta que producía más que el Mercadona de Llanes.

La había echado de menos más de lo que esperaba. La casa era suya, los animales eran suyos, y algo en su presencia convertía el espacio en hogar de una forma que yo sola no conseguía.

—Vamos, cuéntame —dijo, sentándose en la cocina con una taza de tila y la actitud de una jueza que va a dictar sentencia.

Le conté. Todo. Desde el esguince de Luna hasta el beso en la clínica, pasando por Olivia, los Lagos, la romería, las cenas, la noche

de la camiseta de seda verde. Bueno, no le conté eso último con detalle. Hay cosas que una tía no necesita saber.

Rosa me escuchó sin interrumpir, que es un talento que la gente de pueblo tiene y la gente de Madrid ha olvidado.

—¿Y le quieres? —dijo cuando terminé.

—No lo sé. Es pronto.

—Martina, llevas un mes yendo a su clínica todos los días, cuidando a su hija, durmiendo en su cama y reorganizándole el negocio. Si eso no es querer, es una imitación muy buena.

—Es... complicado.

—¿Por qué?

—Porque yo soy de Madrid. Y él es de aquí. Y su exmujer se fue precisamente porque no podía vivir en un pueblo.

Rosa se levantó. Fue a la encimera. Cogió una foto enmarcada que tenía junto a la ventana: ella y su marido, Fermín, el día de su boda.

Ella con un vestido blanco sencillo, él con traje y una sonrisa que iluminaba la foto en blanco y negro.

—Fermín era de un pueblo de Zamora. Yo era de Gijón. La primera vez que vine a Porrúa, le dije: «Fermín, esto está en el culo del mundo.» ¿Sabes qué me contestó?

—No.

—«Sí, pero mira qué culo.» —Rosa sonrió. La sonrisa de alguien que recuerda con amor, no con dolor—. Me vine por él. No me arrepentí ni un solo día. Pero eso es mi historia. Tú tienes la tuya.

—¿Y si la mía no sale bien?

—¿Y si sale mejor de lo que imaginas?

Puso la foto en su sitio. Me dio un beso en la frente.

—No te voy a decir qué hacer, Martina. Pero te voy a decir lo que veo: una mujer que lleva un mes sonriendo como no la he visto sonreír nunca. Y un hombre que, según me dice el pueblo entero, ha

empezado a sonreír también. Si eso no es razón suficiente para quedarse, no sé qué lo es.

Al día siguiente, Bruno vino a Porrúa con Olivia. Era sábado, semana suya, y Olivia había insistido en «ir a ver a Rosa y a los perros».

Rosa los recibió como recibía a todo el mundo: con comida.

—Sentaos. He hecho tortos de maíz con queso.

Bruno, que era un hombre de pocas palabras y muchos modales, se quitó las botas en la puerta, saludó con un apretón de manos y dijo:

—Gracias por la invitación.

—No te he invitado. Has venido porque la niña te ha arrastrado. Pero me alegro. Así te veo la cara.

Le miró de arriba abajo con la misma sutileza de un ganadero evaluando una res en la feria.

—Bien. Guapo. Serio. Manos de trabajar. Tu madre es Amparo, ¿verdad? Buena mujer. Los ojos son suyos.

Bruno no supo qué contestar. Olivia corrió hacia Luna y Nube, que la

recibieron con la euforia de quienes llevan esperándola todo el día.

Cenamos los cuatro en la cocina de piedra. Tortos de maíz con queso de cabrales, empanada de atún, tarta de manzana. Rosa cocinaba como hablaba: con generosidad excesiva y sin pedir permiso.

Olivia le enseñó los dinosaurios a Rosa. Rosa le enseñó a Olivia cómo plantar lechugas. Bruno fregaba. Yo secaba.

—¿Siempre friega él? —preguntó Rosa desde la mesa, mirándome con la taza de tila.

—Cocina y friega. Es un hombre integral.

—De esos ya no quedan.

—Rosa —dijo Bruno desde el fregadero, y era la primera vez que le oía usar un tono que no fuera profesional o escueto. Era un tono que contenía humor—. Estoy aquí.

—Ya lo sé. Por eso lo digo.

Olivia se subió al regazo de Rosa y le preguntó si los dinosaurios comían lechugas. Rosa le dijo que los herbívoros probablemente sí.

Olivia decidió que iba a plantar lechugas «para los dinosaurios del futuro, porque seguro que vuelven».

Y ahí, en la cocina de Rosa, con los platos fregados y la tarta a medio comer y una niña hablando de dinosaurios futuristas y un hombre que secaba los vasos con la misma concentración con la que operaba perros, algo hizo clic.

No un clic dramático. No una epifanía cinematográfica. Un clic pequeño, suave, como el sonido de una cerradura cuando gira.

Como cuando una pieza encuentra su sitio y te das cuenta de que siempre perteneció ahí.

Parecía una familia.

Y eso me aterrorizaba y me enamoraba a partes iguales.

Bruno se fue a las once. Olivia dormida en sus brazos, como siempre. En la puerta, me miró.

—Tu tía es...

—¿Mucho?

—Perfecta.

—Se lo diré.

—No se lo digas. Se le subirá a la cabeza.

Casi sonrió. Casi.

—Buenas noches, Martina.

—Buenas noches.

Se fue. El coche bajó por la cuesta de tierra con las luces

encendidas. Lo vi desaparecer.

Rosa apareció a mi espalda.

—Ese hombre te mira como Fermín me miraba a mí.

—Rosa...

—Agárralo antes de que se escape.

Se metió en casa. Yo me quedé en el escalón, mirando la noche, con el corazón haciendo cosas que no le había dado permiso para hacer.

Y pensé: a lo mejor Rosa tiene razón. A lo mejor el culo del mundo tiene buenas vistas.

18

Bruno

La primera noche que Martina durmió en mi casa fue un viernes de lluvia.

No estaba planeado. Nada con ella estaba planeado. Había cenado en casa —croquetas de la abuela, porque las de mi madre eran imbatibles y yo las hacía casi igual—, había bebido vino, había llovido, y cuando dijo «debería irme», le dije «quédate», y se quedó.

Y ahora era sábado por la mañana y ella dormía a mi lado.

Pelo revuelto sobre la almohada. Un hombro fuera de la sábana. Pecas en el hombro que no había visto antes: seis, pequeñas, constelación sin nombre. Respiración suave, rítmica, con un ruido diminuto en la exhalación que no era exactamente un ronquido pero que ella negaría furiosamente si se lo dijera.

La miré como no miraba nada desde hacía mucho tiempo. Sin prisa. Sin la ansiedad de la consulta o la distracción de Olivia o el escudo

de la profesionalidad. Solo mirándola. Aprendiendo las líneas de su cara dormida como aprendía la anatomía de los animales: con atención, con respeto, con la certeza de que cada detalle importaba.

Me levanté sin hacer ruido. Fui a la cocina. Preparé café. El ritual de cada mañana —moler los granos, calentar el agua, la prensa francesa que me regaló Gael— tenía un peso diferente cuando había dos tazas en la encimera.

Pensé en Inés.

No con dolor. Con gratitud. Con esa especie de melancolía limpia que da el tiempo cuando ha pasado suficiente. Inés me enseñó que el amor no basta si las vidas no encajan. Que puedes querer a alguien con todo lo que tienes y aun así perderlo, no por falta de amor sino por exceso de diferencias.

«¿Cómo sé si estoy listo?»

«Nunca lo estarás.»

Martina apareció en la puerta de la cocina. Mi camiseta vieja —gris, del colegio de veterinarios— le quedaba enorme. Le llegaba a medio

muslo. Pelo de haber dormido, ojos entrecerrados, una marca de la almohada en la mejilla.

—Café —dijo. No como pregunta. Como necesidad vital.

Le di la taza. La cogió con las dos manos. Bebió. Cerró los ojos.

—Dios.

—Es café.

—Es el mejor café del mundo.

—Es una prensa francesa.

—Es el mejor café del mundo hecho con una prensa francesa por un hombre que huele a jabón a las siete de la mañana.

Me apoyé en la encimera. La miré. Ella me miró.

Y ahí, en mi cocina, a las siete de la mañana de un sábado de lluvia, con una mujer que llevaba mi camiseta y bebía mi café y llenaba mi casa con algo que hacía dos años que faltaba, tomé una decisión.

No una decisión grande, dramática. Una decisión pequeña. La decisión de no pensar. De dejar de analizar, de calcular riesgos, de

protegerme detrás de la lógica de un veterinario que clasifica el mundo en síntomas y diagnósticos.

La decisión de sentir.

—Martina.

—¿Mm?

—Ven aquí.

Dejó la taza en la encimera. Se acercó. La cogí de la cintura. Mis manos en la tela de la camiseta, la curva de su cadera bajo mis dedos. Me miró desde abajo —quince centímetros de diferencia que desaparecían cuando la besaba— con esos ojos marrones que eran lo contrario de todo lo que conocía: caos donde yo buscaba orden, ruido donde yo buscaba silencio, color donde yo vivía en escala de grises.

La besé. Lento. Con el sabor del café en su boca y la lluvia golpeando la ventana. Ella respondió como respondía a todo: entera, sin reservas, con las manos en mi cara y los dedos en mi pelo y un sonido en la garganta que me hizo perder el equilibrio de una forma que no tenía que ver con la gravedad.

La levanté. Sus piernas alrededor de mi cintura, mi camiseta subiéndose, su risa contra mi boca —«Bruno, que pesas más que tu

mula»—, y la llevé de vuelta a la habitación.

Lo que pasó entonces fue diferente a la primera vez.

La primera vez fue descubrimiento. Cuidadoso, tierno, con la lentitud de dos personas que se conocen por primera vez con las manos.

Esta vez fue conocimiento. Sabía dónde tocarla para que cerrara los ojos. Sabía que si le besaba el cuello justo debajo de la oreja hacía un ruido que era lo más honesto que había oído nunca. Sabía que sus manos en mi espalda buscaban los omóplatos, que le gustaba cuando bajaba despacio, que su nombre en mi boca —su nombre real, no «Martina» sino el sonido completo, todas las sílabas, dicho contra su piel— la hacía temblar.

Y ella me conocía. Sabía que mis silencios no eran distancia sino concentración. Que si le agarraba las caderas con fuerza era porque no podía contenerme, no porque quisiera controlarla. Que cuando

cerraba los ojos no era porque dejara de mirarla sino porque sentía demasiado y necesitaba procesarlo.

Después, tumbados, con la lluvia y la respiración y nada más.

—Bruno.

—¿Mm?

—¿En qué piensas?

En Inés. En Olivia. En la forma en que el miedo se parece tanto a la esperanza que a veces no puedo distinguirlos.

—En nada.

—Mentiroso.

Me giré. La miré. Pelo revuelto, mejillas encendidas, la sábana bajada hasta la cintura.

—Pienso en que hacía mucho que no me sentía así.

—¿Así cómo?

—Así. —No tenía más palabras. Los veterinarios no estudiamos el

vocabulario emocional en la carrera—. Bien. Me siento bien.

Martina sonrió. La sonrisa pequeña, la real.

—Yo también me siento bien.

—Bien.

—Bien.

Nos quedamos así. Mirándome. Ella sonriendo. Yo intentando no analizar por qué sonreía y simplemente disfrutándolo.

Pero la pregunta seguía ahí. Debajo de las sábanas, debajo de la piel, debajo de todo.

¿Cuánto tiempo?

Martina era de Madrid. Esto era un pueblo. Inés era de Madrid. Inés se fue. La ecuación era sencilla, el resultado previsible. Lo sabía con

la misma certeza fría con la que diagnosticaba una infección: los síntomas estaban ahí, el pronóstico era claro.

¿Cuándo se aburriría? ¿Cuándo echaría de menos la ciudad, el ruido, la carrera, las luces? ¿Cuándo miraría por la ventana y vería lluvia en lugar de paisaje? ¿Cuándo le pesaría el silencio?

—Estás pensando otra vez —dijo Martina.

—No.

—Bruno. Llevas treinta segundos mirando el techo con la mandíbula apretada. Eso es pensar.

—Es... —Respiré. El techo de mi habitación tenía una mancha de humedad que había que arreglar—. Me pregunto cuánto dura esto.

Silencio.

—¿Esto?

—Tú. Aquí. Así.

Martina se incorporó. Me miró con seriedad. Sin humor, sin ironía, sin el escudo que usaba como yo usaba el mío.

—No sé cuánto dura. Nadie lo sabe. Pero estoy aquí. Ahora. Y no

tengo intención de irme.

—No tenías intención de venir y viniste.

—Exacto. La vida hace lo que quiere. Yo solo intento no caerme.

La miré. La mancha del techo. La lluvia. Sus ojos.

«No puedo enamorarme de alguien que va a irse. Ya lo hice una vez.»

Pero ya era demasiado tarde para eso. Lo sabía. Lo sabía desde el día de la playa, desde Olivia dormida en su regazo, desde el potrillo en sus brazos, desde la primera vez que entró en mi clínica con botas de mariquitas y pelo revuelto.

Ya estaba enamorado.

Y eso era lo más aterrador que me había pasado desde que dejé a Inés en la puerta de esta misma casa hace dos años con una maleta

y la promesa de que seríamos buenos padres aunque ya no fuéramos buena pareja.

Pero el miedo no es razón para no vivir. Lo sabía. Lo había dicho a cientos de dueños de animales enfermos: «El riesgo existe, pero la alternativa es no hacer nada, y no hacer nada es peor.»

Abracé a Martina. Fuerte. Con la cara en su pelo y los brazos cerrados como si pudiera retenerla con la presión de mis brazos.

—Quédate a desayunar —dije.

—¿Eso es todo?

—Quédate a desayunar. Y a comer. Y a cenar. Y a mañana.

—¿Y a mañana?

—Y a mañana.

Se rio. El sonido más bonito que había oído en esta casa en dos años.

«No puedo enamorarme de alguien que va a irse.»

Demasiado tarde, Bruno. Demasiado tarde.

19

La llamada llegó un martes a las cuatro de la tarde. Estaba en la clínica, reorganizando el inventario de medicamentos —Bruno tenía antiparasitarios caducados de hacía un año, lo cual decía mucho de su sistema de organización—, cuando sonó mi móvil.

Ana Beltrán. Mi antigua jefa en la agencia. No el jefe tóxico —ese era Ramón—, sino la buena. La que me enseñó a hacer presentaciones, la que me defendió cuando Pablo empezó a pisar mi

territorio, la que me dijo «Martina, tú vales más que esta agencia» el día antes de que yo dimitiera.

—¿Ana?

—Martina. ¿Estás sentada?

—Estoy contando comprimidos de amoxicilina para perros. ¿Cuenta?

—Monto mi propia agencia.

Silencio. Los comprimidos cayeron en la mesa con un ruido seco.

—¿En serio?

—En serio. He encontrado inversores, tengo oficina en Chamberí, y tres clientes que se vienen conmigo de la antigua agencia. Ramón se va a morir cuando se entere.

—Eso es... increíble, Ana.

—Y te quiero de socia.

El mundo se detuvo. O a lo mejor fui yo la que se detuvo y el mundo siguió girando. El caso es que hubo un momento de silencio absoluto en el que los comprimidos de amoxicilina, la clínica veterinaria, las

montañas y el mar de Asturias se quedaron congelados como una fotografía.

—¿Socia?

—Socia. No empleada, no directora. Socia. Cuarenta por ciento. Tú llevas estrategia digital y captación de clientes. Yo llevo cuentas y relaciones institucionales. Oficina en Chamberí, presupuesto real, clientes garantizados. Martina, es lo que siempre quisimos hacer.

Tenía razón. Era lo que siempre habíamos soñado, en aquellas cenas después del trabajo cuando Ramón nos había vuelto locas y

fantaseábamos con montar algo propio. «Algún día», decíamos. Y algún día había llegado.

—¿Cuál es el plazo?

—Necesito tu respuesta en tres semanas. Firmamos en junio. Empezamos en septiembre.

—Tres semanas.

—Sé que estás en Asturias. Sé que necesitas pensarlo. Pero Martina: esto es real. Y te necesito.

Colgué. Me senté en la silla del mostrador. Los comprimidos de amoxicilina me miraban desde la mesa como un jurado silencioso.

Tres semanas. Una oferta de trabajo —no, de vida— que llevaba años soñando. Socia de una agencia de marketing en Madrid. Con

Ana, que era la mejor persona con la que había trabajado nunca. Con clientes, con presupuesto, con un futuro.

Y un hombre en la habitación de al lado que me había dicho «quédate a mañana» hace dos semanas y que no sabía que «mañana» tenía fecha de caducidad.

Bruno salió de la consulta.

—¿Todo bien?

—Sí. —Sonreí. La sonrisa más falsa de mi repertorio—. Todo bien. ¿Quieres café?

No se lo dije.

Esa noche tampoco. Ni al día siguiente, ni al otro. Los días pasaron como coches en una autopista: rápidos, borrosos, con la sensación de que si pestañeaba me lo perdía todo.

Seguí en la clínica. Seguí con Bruno. Seguí con Olivia. Seguí haciendo como si la llamada de Ana no existiera, como si las tres semanas no estuvieran contando, como si la decisión más

importante de mi vida no estuviera esperando al otro lado del teléfono.

Pero estaba ahí. Como una piedra en el zapato. Como un zumbido en el oído. Como la mancha de humedad del techo de Bruno que él no arreglaba porque si no la miraba podía fingir que no existía.

Sara lo notó.

—Estás rara.

—No estoy rara.

—Martina, llevas tres días contestando mis mensajes con emoticonos

en lugar de parrafadas. Eso es el equivalente a un grito de socorro.

—Es que estoy liada.

—¿Con qué?

—Con... cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas de la clínica.

—¿De la clínica donde no cobras?

—Sara.

—Martina.

Silencio. Sara tenía la paciencia de una enfermera de urgencias: infinita pero con plazo.

—Ana me ha llamado.

—¿Ana Beltrán? ¿Tu antigua jefa?

—Monta su propia agencia. Me quiere de socia. Cuarenta por ciento.

Oficina en Chamberí. Clientes reales.

Silencio largo. Más largo que los de Bruno.

—Hostia —dijo Sara.

—Sí.

—¿Y Bruno?

—¿Qué pasa con Bruno?

—Martina. No me jodas. ¿Qué pasa con Bruno?

—No lo sé. No se lo he dicho.

—¿Cuándo fue la llamada?

—Hace cinco días.

—Cinco... Martina. Llevas cinco días con esto encima y no me lo has

contado.

—Porque no sé qué decir.

—Pues empieza por lo obvio: ¿quieres aceptar?

Y ahí estaba la pregunta que llevaba cinco días evitando.

¿Quería?

Sí. Claro que quería. Era mi sueño profesional. La agencia propia, la independencia, la oportunidad de demostrar que todo lo que hice en

seis años de esclavitud corporativa valía para algo. Que yo valía para algo.

Pero.

Pero había un «pero» de metro ochenta y tres, ojos verdes y una hija de cinco años que me había hecho prometer que sería su amiga para siempre.

—No lo sé —dije—. No sé qué quiero.

Sara, por una vez, no dijo nada más. Solo:

—Resuélvelo pronto, Martina. Porque cuanto más tardes, más duele.

Colgué. Miré por la ventana de la habitación de Rosa. Las montañas. El verde. El cielo gris que ya no me parecía triste sino familiar.

Tres semanas.

Dieciocho días.

Diecisiete.

Y cada uno que pasaba, la piedra en el zapato crecía un poco más.

20

Semana de Olivia con Inés. Casa de Bruno. Su cama. Su cuerpo. Mi secreto como una barrera invisible entre los dos.

Hicimos el amor como si algo estuviera a punto de romperse. No lo estaba. O sí. No lo sabía.

Bruno me besó como besaba todo: con paciencia, con precisión, con esa intensidad silenciosa que era más elocuente que mil palabras. Sus manos en mis caderas, su boca en mi cuello, mi espalda arqueada contra las sábanas. Cada vez que cerraba los ojos veía dos cosas: su cara y la oficina de Chamberí. Y odiaba que las dos cosas pudieran existir en la misma frase.

Fue intenso. Fue necesitado. Fue como beber agua después de cruzar un desierto que solo yo sabía que existía. Me aferré a él con una desesperación que él notó —Bruno notaba todo, el desgraciado, tenía manos de veterinario y la sensibilidad de un sismógrafo— y

después, cuando estábamos tumbados con las piernas entrelazadas y la respiración recuperándose, dijo:

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Martina.

—De verdad. Nada.

Me miró. La oscuridad de la habitación. La lluvia contra la ventana. Sus ojos grises en la penumbra.

—Me estás mintiendo.

—No te estoy mintiendo.

—Tiemblas.

—Tengo frío.

Me abrazó más fuerte. No insistió. Bruno nunca insistía. Era su mejor virtud y su peor defecto: te daba espacio hasta que te ahogas en él.

A la mañana siguiente, Olivia volvió. Inés la trajo a las diez, con la mochila de dinosaurios y una coleta hecha por alguien que sí sabía

hacer coletas.

—¡Martina! —Olivia saltó de los brazos de Inés a los míos como un proyectil rubio—. ¿Te quedas a desayunar?

—Sí, cariño.

Inés me miró. Era la primera vez que nos veíamos cara a cara. Alta, delgada, pelo castaño claro, ojos inteligentes. Guapa de una forma

que me hizo sentir inadecuada durante exactamente tres segundos antes de que ella sonriera.

—Tú eres Martina —dijo. No como pregunta.

—Sí.

—Olivia no para de hablar de ti.

—Lo... siento.

—No lo sientas. —Se acercó. Bajó la voz—. Le hace bien. A los dos.

Se fue. Bruno la despidió en la puerta con la cordialidad de dos personas que se respetan porque han decidido que el rencor es un lujo que no pueden permitirse cuando hay una niña en medio.

Desayunamos los tres. Olivia habló de su semana en Gijón, del acuario, de un pulpo que «tenía ocho brazos y ni uno le servía para

abrir un bote, papá, o sea, qué inútil». Bruno hizo tortilla. Yo preparé zumo.

Y mientras Olivia se iba a jugar y Bruno fregaba y yo secaba los platos, mi teléfono vibró en la mesa. Lo miré de reojo.

Ana:

«¿Has pensado? Necesito saberlo pronto. Los inversores quieren nombre de socia.»

Giré el teléfono boca abajo.

—¿Quién era? —preguntó Bruno sin dejar de fregar.

—Publicidad.

Otra mentira. Otra piedra en el zapato. Otra noche sin dormir pensando en oficinas de Chamberí y en coletas rubias y en ojos verdes que me miraban como si yo fuera lo mejor que les había pasado en dos años.

La semana avanzó. Diez días para el plazo de Ana. Fui a la clínica cada mañana. Organicé citas. Contesté llamadas. Subí fotos al Instagram. El Instagram tenía ya dos mil seguidores. Un periodista

local de Llanes había escrito un artículo sobre «el veterinario rural que conquista las redes» y Bruno casi se muere de vergüenza.

—No quiero salir en el periódico.

—Ya has salido. Y tienes tres clientes nuevos gracias al artículo.

—Tres clientes que van a querer hacerse selfies con las cabras.

—Bruno, es marketing.

—Es horror.

Pero los clientes vinieron. Y Bruno los atendió. Y la clínica funcionaba mejor que nunca. Y yo seguía ahí, en el mostrador, haciendo funcionar algo que no era mío pero que sentía como mío.

Esa noche, después de acostar a Olivia, Bruno y yo nos sentamos en el sofá con una cerveza. La tele apagada. El silencio de una casa

donde una niña duerme.

—Martina.

—¿Mm?

—¿Estás bien?

—Sí.

—No me mientas.

Le miré. Tenía la cerveza en la mano, los pies descalzos en la mesa de centro, la camisa remangada. Me miraba con esa mezcla de paciencia y preocupación que era exclusivamente suya.

—Es que... echo de menos trabajar.

No era mentira. No era toda la verdad. Pero era una parte.

—Estás trabajando. Aquí.

—Sabes lo que quiero decir. Trabajar de verdad. Con contrato, con

sueldo, con un proyecto mío.

Silencio. Bruno procesando.

—Lo entiendo —dijo. Y lo dijo con ese tono que usaba cuando diagnosticaba algo que no tenía cura pero que podía tratarse: sin esperanza excesiva, sin drama. Solo aceptación.

—No es que no me guste esto. Es que... necesito algo más.

—Lo sé.

—No quiero que pienses que...

—No pienso nada, Martina. Solo te escucho.

Se terminó la cerveza. Se levantó. Me besó en la frente —algo que hacía pocas veces y que significaba más que cualquier beso en la boca— y se fue a la cama.

Me quedé en el sofá. Con la cerveza a medio beber y el teléfono en

la mano y un mensaje de Ana sin contestar.

Diez días.

Nueve.

Ocho.

Y cada noche que me acostaba junto a Bruno, la distancia entre lo que sentía y lo que debía decir crecía como una grieta en un muro que ya no sabía si quería mantener en pie o dejar caer.

21

Necesitaba hablar con alguien que no fuera mi cabeza, porque mi cabeza estaba haciendo un trabajo horrible.

Llamé a Sara el miércoles a las tres de la tarde, hora de su descanso en La Paz.

—Es el trabajo perfecto —dije.

—Lo sé.

—Socia de una agencia. Mi propia agencia. Con Ana, que es la mejor persona con la que he trabajado. Chamberí. Clientes reales. Cuarenta por ciento.

—Lo sé.

—¿Y Bruno?

—Martina, eso tienes que decírmelo tú.

—Bruno tiene su vida aquí. Su clínica, su hija, su pueblo. No puedo

pedirle que se mueva. No sería justo.

—¿Y pedirte a ti que te quedes?

Silencio.

—No me lo ha pedido.

—¿Le has dado la oportunidad?

—Sara, no se lo he contado.

—¿Cuánto llevas?

—Dos semanas.

—Dos... Martina. Dos semanas callándote algo así. ¿Se puede saber qué esperas?

—No lo sé. Que desaparezca. Que Ana llame diciendo que ha encontrado a otra. Que alguien me diga qué hacer.

—Nadie te va a decir qué hacer. Esa es la parte de mierda de ser

adulta.

Colgué con Sara y llamé a Lucía. Error. O acierto, según se mire.

—Tu carta astral dice que debes seguir tu corazón.

—Lucía, mi corazón está partido en dos.

—Exacto. Los dos trozos te están diciendo algo. Uno dice Madrid y otro dice Asturias. Tienes que escuchar cuál late más fuerte.

—Eso no tiene ningún sentido médico.

—El amor no tiene sentido médico. El amor tiene sentido cósmico.

—Lucía.

—Martina, voy a decirte algo sin horóscopo ni tarot ni nada. Solo como tu amiga.

—Vale.

—No he visto a nadie más feliz de lo que te he visto estas semanas. Nunca. Ni con Pablo, ni en la agencia, ni en Madrid. Estás diferente. No sé si es Asturias o el veterinario o la niña o todo junto. Pero

estás... entera. Por primera vez desde que te conozco, pareces entera.

El nudo en la garganta.

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé. Pero ten cuidado con lo que destruyes buscando lo que crees que necesitas.

Lucía podía ser irritante, mística y absurda. Pero de vez en cuando, entre la carta astral y Neptuno en la casa doce, soltaba una verdad que te dejaba sin aire.

Mi madre llamó esa tarde. Por supuesto.

—Hija, ¿estás bien? Llevas una semana sin llamar.

—Estoy bien, mamá. Liada.

—¿Liada con qué? Si estás en un pueblo sin trabajo.

—Mamá, tengo una oferta de trabajo.

Silencio. Silencio largo. Silencio de Carmen Vega procesando

información y preparando la artillería.

—¿Qué oferta?

Le conté lo de Ana. La agencia, Chamberí, socia, cuarenta por ciento.

—¡Pero eso es maravilloso! —Mi madre se transformó. De escéptica crónica a animadora profesional en tres segundos—. ¿Socia de una

agencia? ¡Eso sí es un plan! Vuelve a Madrid, hija. Aquí tienes tu piso, tus amigas, tu vida.

—Mamá...

—¿Cuándo empiezas? ¿Necesitas que te guarde el piso? Porque la vecina del tercero estaba preguntando si alquilabas.

—Mamá, no he aceptado.

—¿Cómo que no has aceptado? Martina, ¿se puede saber qué esperas? ¿Que te lluevan las ofertas en un pueblo de doscientos habitantes?

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no?

—Porque... hay cosas.

—¿Cosas? ¿Qué cosas? —Pausa—. ¿El veterinario?

No dije nada. Mi madre tenía un detector de mentiras más preciso que un polígrafo.

—Martina, no me digas que estás pensando en quedarte en un

pueblo por un hombre.

—No es solo un hombre.

—¿Tiene hija?

—Sí.

—¿Divorciado?

—Sí.

—Hija, eso es complicarse la vida.

—Mamá, todo es complicarse la vida. Tú te complicaste la vida con papá y no te arrepientes.

—Me arrepiento cada segundo.

—Eso no es verdad.

Silencio. Porque no era verdad y las dos lo sabíamos. Mi madre quiso a mi padre con locura, y cuando él se fue, lloró seis meses y luego

se levantó y me crió a mí sola. No se arrepentía. Se enfadaba, que era diferente.

—Solo me preocupo por ti —dijo, y esta vez su voz sonó distinta. Más blanda. Más de madre y menos de jueza.

—Lo sé, mamá.

—No quiero que renuncies a tu futuro por algo que puede no durar.

—¿Y si dura?

—¿Y si no?

La pregunta de siempre. La que no tenía respuesta. La que mi madre usaba como escudo y yo usaba como excusa.

—Mamá, ¿puedo preguntarte algo?

—Dime.

—¿Qué habrías hecho tú? Si a los treinta y un años te hubieran ofrecido el trabajo perfecto en una ciudad y el hombre perfecto en

un pueblo.

Silencio. Largo. El más largo que recuerdo de mi madre.

—Habría buscado la forma de tener los dos.

Colgamos. Me senté en el escalón de la casa de Rosa con Luna a mi lado y Mostaza en la ventana. El sol se estaba poniendo detrás de los Picos de Europa, tiñéndolo todo de naranja y oro y algo que se parecía mucho a la esperanza.

«Habría buscado la forma de tener los dos.»

La pregunta no era Bruno o Madrid. La pregunta nunca había sido eso.

La pregunta era si yo era lo bastante valiente para buscar un tercer camino.

Seis días para el plazo.

Y por primera vez en dos semanas, una idea empezó a formarse en mi cabeza. Pequeña, frágil, improbable. Pero viva.

22

Sara y Lucía vinieron el fin de semana. No porque yo se lo pidiera —bueno, sí, pero de forma indirecta, que es como pido las cosas cuando estoy desesperada—. Sara dijo: «No voy a dejar que tomes la decisión más importante de tu vida sin que te mire a la cara.» Lucía dijo: «Mi carta astral dice que este fin de semana es clave.» Las dos subieron a un Blablacar el viernes por la noche y aparecieron en Porrúa el sábado a las diez de la mañana con una bolsa de viaje y una determinación que daba miedo.

—Bien —dijo Sara, entrando en la casa de Rosa como un general evaluando el campo de batalla—. ¿Dónde está el veterinario?

—En la clínica.

—¿Y la niña?

—Con él. Es su semana.

—Perfecto. Vamos.

Las llevé a Llanes. La clínica estaba abierta. Bruno salió a recibirnos con la bata puesta y un cachorro en los brazos (había una camada

recién llegada que necesitaba vacunación).

—Bruno, estas son Sara y Lucía. Mis amigas.

Bruno las miró. Sara lo evaluó con la eficiencia de una enfermera que mide constantes vitales con un vistazo. Lucía lo evaluó con algo que probablemente tenía que ver con su ascendente en Capricornio.

—Encantado —dijo Bruno, y le tendió la mano libre (la que no sujetaba al cachorro).

Sara se la estrechó.

—Madre mía —me dijo al oído, sin la menor discreción—. Es guapísimo. Y cocina. Si no lo quieres, me lo quedo yo. Marcos lo entiende.

—Sara.

Olivia salió disparada de la sala de recuperación.

—¡AMIGAS DE MARTINA!

Se plantó delante de las dos con la energía de un cohete espacial y la sonrisa de alguien que acaba de descubrir que el mundo tiene

más gente divertida de la que pensaba.

—Yo soy Olivia. Tengo cinco años. ¿Queréis ver mis dinosaurios?

Lucía se agachó a su altura.

—Me encantan los dinosaurios.

—¿En serio? ¿Cuál es tu favorito?

—El... —Lucía me miró buscando ayuda—. ¿Triceratops?

—¡ESO! ¡El triceratops es el mejor! Bueno, el segundo mejor. El primero es el espinosaurio. Pero el triceratops mola porque tiene cuernos y los cuernos siempre molan.

Lucía me miró con los ojos brillantes:

—Es un ángel con coletas.

Pasamos el día juntos. Los cinco: Bruno, yo, Sara, Lucía, Olivia. Sidra en el bar de Llanes —Marcelino estaba en Porrúa pero el bar del puerto era decente—. Acantilados de la costa. Playa de Torimbia,

que era una cala entre montañas que dejó a Sara con la boca abierta.

—Martina, esto es el paraíso.

—Es Asturias.

—Es el paraíso con lluvia.

Olivia arrastró a Lucía a buscar conchas. Bruno y Sara se quedaron hablando de algo que no alcancé a oír pero que, conociendo a Sara, era un interrogatorio con anestesia.

Yo me senté en la arena, mirando el mar, y por un momento dejé de pensar en plazos, ofertas, decisiones. Solo miré el agua. El horizonte. El verde.

Gael apareció a mediodía, porque Gael aparecía siempre que había

gente nueva.

—¿Tienes hermano? —le preguntó Sara.

—No, pero tengo un primo.

—¿Es como tú?

—Peor.

—Me vale.

La cena fue en la casa de Rosa. Bruno cocinó fabada —la de verdad, no de lata, con compango y todo—. Sara comió tres platos. Lucía comió uno y dijo que la fabada tenía «energía de raíz, muy de tierra». Gael vino con sidra natural de un lagar de Nava que hizo llorar a Sara de emoción: «Esto es lo mejor que he bebido en mi vida y tengo un novio que destila ginebra en casa.»

Olivia se durmió en el sofá de Rosa a las diez, abrazada a Rex. Bruno la tapó con una manta. Gael contó historias de pesca que eran un setenta por ciento mentira y un cien por cien

entretenimiento. Rosa sacó orujo casero que quemaba la garganta y calentaba el alma.

A medianoche, Sara me arrastró a la cocina.

—Martina.

—¿Qué?

—Se te ve feliz de verdad. ¿Cuándo fue la última vez que te vi así?

Pensé. Busqué en la memoria un momento comparable. Madrid, la agencia, Pablo, las cenas de los viernes, las noches de verano en la terraza de Malasaña. Nada. Nada se comparaba a esto.

—No me acuerdo.

—Exacto.

—Sara, eso no resuelve nada.

—Resuelve todo. La pregunta no es si eres feliz aquí. La pregunta es

si puedes ser así de feliz en otro sitio.

—¿Y la oferta de Ana?

Sara se sentó en el taburete de la cocina. Me cogió las manos.

—Mira, yo no te voy a decir qué hacer. No es mi trabajo. Pero voy a decirte lo que veo: esa niña te quiere. Ese hombre te quiere aunque no lo diga, porque los hombres que cocinan fabada para las amigas de su novia a las que acaba de conocer QUIEREN. Y tú los quieres a

ellos. Eso es un hecho. La oferta de Ana es otro hecho. Dos hechos que no tienen por qué ser incompatibles.

—¿Cómo?

—Eso ya es cosa tuya. Pero tienes cerebro, Martina. Úsalo.

Lucía asomó la cabeza por la puerta.

—¿Estáis llorando?

—No —dijimos las dos.

—Porque si estáis llorando, quiero participar.

Se sentó con nosotras. Las tres en la cocina de Rosa a medianoche, con orujo y la conversación más importante de mi vida.

—Lucía —dije—. ¿Qué dice la carta astral?

—¿En serio quieres saberlo?

—No. Pero dilo igualmente.

—Júpiter entra en tu casa cuatro esta semana. Casa cuatro es hogar.

Júpiter es expansión. Tu hogar se va a expandir.

—¿Eso qué significa?

—Ni idea. Pero suena bien.

Nos reímos. Las tres. Con orujo, con lágrimas, con el cansancio dulce de un día perfecto.

Al día siguiente, Sara y Lucía se fueron. En la puerta, Sara me abrazó.

—Decide pronto. Y lo que decidas, yo estoy.

Lucía me abrazó después.

—Escucha al trozo que late más fuerte.

Las vi irse en el Blablacar. Levanté la mano. Ellas levantaron las suyas. Tres mujeres que se querían como solo se quieren las amigas

que han sobrevivido juntas a rupturas, mudanzas, noches de llanto y botellas de vino en suelos de cocina.

Y yo me quedé en la puerta de la casa de Rosa, con cinco días de plazo, un corazón partido en dos y la certeza, por primera vez, de que la respuesta no estaba en elegir un trozo.

La respuesta estaba en no partir.

23

Fue un miércoles. A las seis de la tarde. En la clínica.

Yo estaba al teléfono con Ana, repasando detalles de la propuesta. Presupuestos, clientes, plazos. Tenía la libreta abierta, números

apuntados, la calculadora del móvil encendida. Hablaba bajo, pero no lo bastante.

—Ana, dame una semana más. Estoy trabajando en algo. Una propuesta alternativa.

—¿Alternativa?

—Sí. Dame siete días. Si no te convence, acepto la propuesta original.

—Martina, los inversores quieren nombres.

—Lo sé. Siete días. Confía en mí.

Colgué. Levanté la vista.

Bruno estaba en la puerta de la consulta.

Me miraba. No con enfado. Con algo peor: con reconocimiento. La cara de un hombre que ha visto esta escena antes, que sabe

exactamente lo que significa, que ya vivió el momento en que alguien planifica su salida desde su propia casa.

—¿Te vas? —dijo.

—Bruno...

—¿Te vas?

—Es una oferta de trabajo.

—¿Cuánto tiempo lo sabías?

La pregunta cayó como un bloque de piedra. No elevó la voz. Bruno nunca elevaba la voz. Pero cada palabra pesaba como si la hubiera medido en una balanza de precisión.

—Tres semanas.

Silencio. El silencio de Bruno, pero diferente. No el silencio tranquilo de quien piensa antes de hablar. El silencio compacto de quien ha

recibido un golpe y necesita un momento para sentirlo.

—Tres semanas.

—Bruno, déjame explicarte.

—Tres semanas sabiendo que tenías una oferta en Madrid. Tres semanas en mi clínica, en mi casa, con mi hija. Tres semanas mintiéndome.

—No te he mentido.

—¿No? ¿Qué es no contarme algo así? ¿Sinceridad a medias?

—Es miedo. Tenía miedo de decírtelo.

—¿Miedo de qué?

—De tu cara. Exactamente de esa cara.

Se apartó de la puerta. Caminó hasta el mostrador. No me tocó, no se acercó. Se quedó al otro lado del mostrador como si fuera una frontera.

—Es el mismo guion —dijo. Y su voz era la peor que le había oído: controlada, plana, sin emoción. La voz de alguien que se está

cerrando en tiempo real—. Otra mujer que elige la ciudad. Otra que planifica su salida mientras yo sigo aquí, creyendo que...

—No es lo mismo.

—¿No?

—Inés se fue porque no podía vivir aquí. Yo no me quiero ir. Me están ofreciendo algo y necesito pensarlo.

—Tres semanas no es pensar. Tres semanas es decidir sin contarme.

Tenía razón. Lo sabía. Las tres semanas de silencio no eran

reflexión: eran cobardía. Mi cobardía.

—Lo siento —dije—. Debería habértelo dicho el primer día.

—Sí. Deberías.

Se dio la vuelta. Caminó hacia la consulta. Se detuvo.

—¿Cuándo te vas?

—No he dicho que me vaya.

—¿Cuándo?

—Bruno, no he aceptado.

Por primera vez, me miró con algo que se parecía a la esperanza. Duró un segundo. Luego se cerró.

—Pero lo vas a hacer.

—No lo sé.

—Es el trabajo que siempre soñaste. ¿Por qué no lo harías?

No tenía respuesta. O la tenía, pero decirla en voz alta significaba

admitir algo que todavía no me atrevía a admitir.

«Porque te quiero. Porque quiero a tu hija. Porque esta clínica y este pueblo y esta vida me han hecho sentir más viva en dos meses que Madrid en seis años. Porque eres lo mejor que me ha pasado y me

aterroriza que también sea lo que me haga renunciar a todo lo demás.»

No dije nada de eso. Me quedé callada. Y mi silencio fue la peor respuesta posible.

Bruno asintió. Una vez. Como quien confirma un diagnóstico.

—Entiendo.

Se metió en la consulta. Cerró la puerta.

Me quedé en el mostrador. La libreta abierta. Los números de Ana. La calculadora. Y el sonido de una puerta cerrándose que sonó exactamente igual que un corazón rompiéndose.

No lloré. No en la clínica. Recogí mis cosas, cerré la libreta, apagué el ordenador. Salí. Caminé hasta el coche. Conduje hasta Porrúa.

Y entonces, en el escalón de la casa de Rosa, con Luna lamiéndome las manos y Nube ladrándole al aire y Mostaza mirándome desde la ventana con su eterna indiferencia, lloré.

Lloré como no había llorado desde la noche del ataque de pánico en el baño de la agencia. Lloré por Bruno y por mí y por Olivia y por la injusticia cósmica de que las cosas buenas no vengan con

instrucciones y los adultos tengamos que tomar decisiones sin saber cuál es la correcta.

Rosa salió. Se sentó a mi lado. No dijo nada. Solo se sentó y dejó que llorara.

Cuando paré, me pasó un pañuelo de tela —porque Rosa usaba pañuelos de tela, como la gente de antes— y dijo:

—¿Ya?

—Ya.

—Bien. Ahora piensa.

—No puedo pensar.

—Pues piensa igualmente. Llorar es necesario. Pero pensar es lo que viene después.

Tenía razón. Rosa siempre tenía razón. Los sesenta años de sabiduría no solicitada de mi tía eran, en realidad, sesenta años de sabiduría necesaria.

Me soné la nariz. Miré las montañas. El sol se había ido y el cielo

estaba gris oscuro, con estrellas empezando a asomar.

—Rosa, ¿tú crees que se puede tener todo?

—No. Pero se puede tener lo que importa. Y para saber lo que importa, primero tienes que saber lo que eres capaz de perder.

Me fui a la cama esa noche sin cenar, con Mostaza en la almohada y Luna en los pies y el teléfono silenciado. Bruno no me llamó. No me escribió. Su silencio era su respuesta: la puerta estaba cerrada.

Pero yo no iba a dejarla cerrada.

Porque tenía un plan. O el inicio de uno. Y por primera vez en mi vida, el plan no era huir ni rendirme.

El plan era buscar la forma de tenerlo todo.

O al menos, de no perder lo que importaba.

24

Bruno

La historia se repetía. Otra mujer que elegía la ciudad.

Cerré la consulta a las ocho. Recogí a Olivia en casa de mi madre. La cena fue silenciosa, lo cual es imposible con una niña de cinco años,

pero Olivia debió de notar algo porque habló menos de lo normal y no mencionó a Martina ni una vez.

—Papá, ¿estás triste?

—No.

—¿Estás cansado?

—Un poco.

—¿Quieres que te cuente un chiste?

—Vale.

—¿Por qué el dinosaurio no podía jugar al escondite?

—No lo sé.

—¡Porque siempre lo veían! ¡Porque era enorme!

Sonreí. Porque mi hija me contaba chistes de dinosaurios para animarme y eso era lo más hermoso y lo más triste del mundo.

La acosté. Le leí un cuento. Se durmió abrazada a Rex. La miré desde la puerta: pelo rubio derramado en la almohada, la boca entreabierta, la respiración lenta de quien no tiene preocupaciones

más grandes que si el espinosaurio era realmente el dinosaurio más grande.

Y pensé en Martina.

Tres semanas. Tres semanas sabiendo que tenía una oferta en Madrid y no me lo había dicho. Tres semanas de besos, de noches, de miradas que yo creía honestas y que ahora me parecían a medias. Tres semanas de Olivia diciendo «Martina» como si fuera una palabra mágica.

La rabia no llegó. La rabia habría sido más fácil. Lo que llegó fue algo peor: la decepción fría del que ha vivido esto antes y debería haberlo visto venir.

«Prefiero no acostumbrarme.»

Lo dije el primer día. En los Lagos. Sabía. Sabía que pasaría esto. Sabía que Madrid la reclamaría, que la vida de verdad —la carrera, las amigas, la ciudad— tenía más peso que un pueblo de doscientos habitantes y un veterinario con una hija.

Pero me acostumbré igualmente. Me acostumbré a su risa en la clínica. A su desorden organizado. A sus pendientes enormes y sus camisetas con frases. A sus ojos cuando miraba a Olivia. A la forma

en que decía mi nombre, como si las cuatro sílabas contuvieran algo más que un nombre.

Me acostumbré y ahora dolía.

No con el dolor limpio del divorcio de Inés. Con Inés hubo una conversación, un acuerdo, una despedida civilizada. Esto era diferente. Esto era silencio y mentiras de omisión y la certeza de que

había confiado en alguien que no confiaba en mí lo suficiente para contarme la verdad.

Gael vino el jueves con cerveza. Porque Gael siempre venía con cerveza cuando algo iba mal, como un servicio de emergencias con lúpulo.

—¿Qué ha pasado?

—Tiene una oferta de trabajo en Madrid. Socia de una agencia. No

me lo contó.

—¿Cuánto tiempo?

—Tres semanas.

Gael silbó. Se sentó en el sofá. Abrió dos cervezas.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Se va?

—No lo sé. Dice que no ha aceptado.

—Pero la cara que tienes dice que ya la has dado por perdida.

—Gael.

—No, escúchame. Inés se fue porque quería otra cosa. Era legítimo. No fue culpa tuya, no fue culpa suya. Pero Martina no es Inés.

—Gael, es exactamente lo mismo. Otra mujer de Madrid que descubre que un pueblo no es suficiente.

—No. Es diferente. Inés nunca encajó aquí. Desde el primer día. Le

gustaba de vacaciones. No de vida. Martina lleva dos meses y ha reorganizado tu clínica, se ha hecho amiga del pueblo entero, cuida a tu hija y tu perra te mueve el rabo más a ella que a ti. Eso no es una turista. Eso es alguien que se ha enamorado de un sitio. Y de un tío, que eres tú, aunque me cueste entender por qué.

—Muy gracioso.

—No me estoy riendo. —Gael dejó la cerveza. Me miró con seriedad, lo cual era tan raro que me asustó—. Bruno, no la dejes ir.

—No puedo obligar a nadie a quedarse.

—No te digo que la obligues. Te digo que luches. Inés no te pidió que lucharas. ¿Martina te lo ha pedido?

Silencio.

No. Martina no me había pedido nada. Porque yo cerré la puerta antes de que pudiera.

—¿Qué quieres que haga, Gael?

—Que hables con ella. Que le digas lo que sientes. Que le des un motivo para quedarse que no sea «prefiero no acostumbrarme», que

es la frase más cobarde que te he oído decir y te he oído decir cosas muy tontas.

—No es cobardía. Es protección.

—¿De quién? ¿De Olivia?

—Sí.

—¿O de ti mismo?

Golpe bajo. Certero. Gael tenía la puntería de un francotirador emocional.

—Las dos cosas —admití.

—Pues deja de protegerte. El muro que has construido no protege a nadie. Solo encierra. Y Olivia no necesita un padre encerrado. Necesita un padre que sea feliz.

Se fue a las once. Me dejó con tres cervezas vacías y una verdad que no quería oír pero que se negaba a callar.

Inés me lo dijo por teléfono: «Si no lo intentas, Olivia va a crecer

pensando que su padre no sabe ser feliz.»

Gael me lo dijo en el sofá: «No la dejes ir.»

Y yo, solo en una casa que olía a Martina —su perfume en la almohada, un pendiente que se le había caído detrás de la mesilla, una taza con pintalabios en el fregadero—, supe que tenían razón.

Pero saberlo y hacerlo eran cosas distintas. Y la distancia entre las dos era exactamente la anchura de mi orgullo herido.

Tres semanas de mentiras.

«No te ha mentido», dijo una voz que se parecía mucho a Gael. «Te ha tenido miedo.»

Y yo, que llevaba dos años usando el miedo como excusa para no

vivir, no tenía derecho a juzgarla por eso.

Cerré los ojos. La casa en silencio. Olivia dormida. El mar a lo lejos.

Mañana. Mañana hablaría con ella.

O no.

O sí.

Maldita sea.

25

El lunes fue el peor día.

Bruno no me llamó el fin de semana. Yo no fui a la clínica. Dos días enteros de silencio que se sintieron como dos meses. Me quedé en

la casa de Rosa, con Luna, Nube, Mostaza y una angustia que me estrujaba el pecho cada vez que miraba el teléfono y no había nada.

Rosa me observó con la paciencia de una mujer que ha vivido lo suficiente para saber que las crisis se resuelven solas si les das tiempo, pero se resuelven mejor si alguien te hace comer.

—Come.

—No tengo hambre.

—Come igualmente. No se piensa bien con el estómago vacío.

Me hizo un plato de pote asturiano —berza, patata, compango— que tenía el poder sanador de un abrazo concentrado en forma de cuchara.

—¿Sabes qué me dijo Fermín la primera vez que nos peleamos? —preguntó Rosa mientras fregaba.

—No.

—Me dijo: «Rosa, me he equivocado, pero no voy a pedirte perdón por tener miedo. Voy a pedirte perdón por dejarte fuera.» Cuarenta años juntos y nunca se me olvidó esa frase.

Me miré las manos. Las uñas necesitaban corte. Los dedos todavía

olían a la crema de melocotón que usaba desde Madrid. Manos de mujer de ciudad, decía Gael.

—Rosa, me he equivocado.

—Sí.

—Debería habérselo dicho desde el principio.

—Sí.

—¿Y ahora qué hago?

Rosa se sentó enfrente. Me miró con esos ojos que veían a través de las capas de excusas y miedos y defensas.

—Ahora decides qué quieres. No lo que debes, no lo que esperan. Lo que quieres tú.

Olivia apareció esa tarde. Inés la trajo a casa de Rosa a despedirse «porque papá está raro», dijo Inés en la puerta, con la delicadeza de

quien sabe más de lo que dice.

Olivia entró corriendo.

—¡Martina!

Se lanzó a mis brazos. Olía a champú de fresa y a colegio y a infancia.

—Martina, ¿te vas?

La pregunta me golpeó como un tren. Directa, sin filtro, con esa honestidad demoledora que solo tienen los niños.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Papá no. Pero papá está triste y cuando papá está triste es porque alguien se va. Mamá se fue y papá estuvo triste mucho tiempo. Y

ahora está triste otra vez. Así que alguien se va. Y como yo no me voy y los perros no se van, te vas tú.

Cinco años. Cinco años y una lógica que desmontaba cualquier mentira que un adulto pudiera inventar.

—No lo sé, cariño. —Fue lo más honesto que pude decir.

—No te vayas. —Su voz se quebró. No mucho. Lo justo para que se me partiera el alma—. Mi papá cocina muy bien y yo puedo

enseñarte los dinosaurios todos los días. Y Luna está aquí. Y Mostaza, aunque Mostaza es malo. Pero los demás somos buenos.

La abracé. Fuerte. Con los ojos cerrados y la mandíbula apretada para no llorar delante de ella.

—Olivia, escúchame. Pase lo que pase, yo soy tu amiga. ¿Te acuerdas? Lo prometí.

—Prometiste que para siempre.

—Y lo mantengo. Para siempre. Aunque esté aquí o en cualquier otro sitio. ¿Vale?

Asintió. Pero no me soltó. Y yo no la solté a ella.

Esa noche, después de que Inés viniera a recoger a Olivia, me senté en la cocina de Rosa con la libreta y el portátil.

Y empecé a trabajar.

No en la decisión. En la solución.

Porque mi madre tenía razón: la respuesta no era elegir. La

respuesta era buscar la forma de tener los dos.

Llamé a Ana.

—Ana, tengo una pregunta.

—Dime.

—¿Podría hacer parte del trabajo desde fuera de Madrid?

Silencio.

—¿Desde fuera?

—Estrategia digital, captación de clientes, gestión de redes, planificación de campañas. Todo eso se puede hacer online. Lo hago desde Asturias.

—Martina, la agencia es presencial. Los clientes quieren vernos.

—¿Todos los días? ¿O una semana al mes?

Silencio más largo. Ana procesando. Ana, que era la mujer más inteligente que había conocido en el mundo del marketing,

pensando.

—¿Una semana al mes en Madrid? ¿El resto remoto?

—Sí. Y viajo para presentaciones clave. Pero el día a día, la estrategia, la captación: desde aquí.

—Martina, no sé si los inversores...

—Déjame preparar una propuesta. Algo concreto. Con números. Con cartera de clientes.

—¿Qué cartera de clientes?

—La que voy a construir esta semana.

Ana se rio. Esa risa corta que significaba «estás loca pero me

gusta».

—Tienes una semana. Convénceme.

Colgué. Abrí la libreta. Y empecé a escribir.

No era un plan de huida. No era un plan de rendición.

Era un plan de vida.

Y por primera vez en mucho tiempo, era mío.

26

Trabajé como si me fuera la vida. Porque me iba.

No la vida literal —eso sería dramático—, pero sí la vida que quería. La vida donde podía tener una carrera y un pueblo y un hombre que cocinaba fabada y una niña que me hablaba de dinosaurios. Todo. O nada. Dependía de un plan de negocio y de mi capacidad de convencer a dos personas: Ana y Bruno.

Primer paso: la propuesta.

Me pasé dos días encerrada en la habitación de Rosa con el portátil, tres libretas, café intravenoso y Mostaza juzgándome desde la esquina de la cama. Escribí un plan de negocio. No el de la facultad, no el teórico, no el de «si todo va bien». Un plan real, con números, con proyecciones, con una cartera de clientes que no existía pero que iba a existir.

La idea era sencilla: marketing digital especializado en turismo rural y producto artesanal. Todo lo que Asturias producía y nadie sabía vender. Sidrerías, queserías, hoteles rurales, casas de aldea, productores de miel, ganaderos con leche ecológica. Un mercado

enorme que estaba ahí, esperando a alguien que lo conectara con el mundo digital.

Segundo paso: los clientes.

Llamé a Gael.

—¿Tu sidrería tiene web?

—Tengo un cartel en la puerta.

—¿Quieres tener clientes de Madrid, Barcelona, Bilbao?

—Quiero tener clientes de donde sea. ¿Qué propones?

Le expliqué. Campaña digital: fotos profesionales, redes sociales, web, tienda online. La sidra natural de Gael vendida directamente al consumidor, con envío a toda España.

—¿Y cuánto cuesta eso?

—Nada hasta que funcione. Luego, un porcentaje de las ventas online.

—Martina, eso es demasiado bueno.

—No es bueno, es un plan de negocio. Tú eres mi primer cliente. Mi

escaparate. Si funciona contigo, funciona con todos.

Gael dijo que sí en tres segundos.

Llamé a la quesería de Porrúa. Don Emilio, un señor de sesenta años que hacía el mejor queso de gamonéu del concejo. Le expliqué lo mismo: presencia digital, tienda online, marketing directo.

—¿Yo? ¿En internet?

—Don Emilio, su queso gana premios. Pero solo lo conocen en Llanes. ¿No le gustaría que lo conocieran en toda España?

—Hombre, no estaría mal.

—Pues déjeme hacer mi trabajo.

Dijo que sí.

Llamé a un hotel rural de Cangas de Onís que Conchi me había recomendado. Les vendí lo mismo: estrategia digital para turismo rural. Reservas directas, sin intermediarios, sin comisiones de Booking. El dueño, un tipo joven que heredó la casa de sus abuelos

y la convirtió en hotel, dijo: «Llevo un año intentando hacer esto solo. ¿Cuándo empezamos?»

Tres clientes en dos días. Tres clientes asturianos que necesitaban exactamente lo que yo sabía hacer.

Envié la propuesta a Ana.

Tercer paso: el plan completo.

La propuesta era un documento de veinte páginas con gráficos, proyecciones y una estructura que habría hecho llorar de emoción a mi profesor de marketing de la universidad.

Modelo híbrido: - Martina: socia remota. Base en Asturias. Estrategia digital, captación de clientes rurales, gestión de campañas. - Ana: socia presencial. Base en Madrid. Relaciones institucionales, cuentas nacionales, inversores. - Una semana al mes en Madrid para presentaciones clave y reuniones de equipo. - El resto: trabajo remoto desde Llanes.

Cartera de clientes: - División Madrid (Ana): clientes nacionales, corporativos. - División Rural (Martina): turismo, producto artesanal,

gastronomía. Un mercado que nadie estaba tocando y que crecía un quince por ciento anual.

Proyecciones: - Primer año: quince clientes rurales a coste bajo, alto margen. - Segundo año: treinta clientes, expansión a Cantabria y Galicia. - Tercer año: franquicia del modelo a otras regiones rurales de España.

Rosa lo revisó. Bueno, Rosa miró los gráficos y dijo: «No entiendo nada, pero parece serio.»

Gael lo revisó. Gael dijo: «Si convences a Ana con esto, te invito a sidra de por vida.»

Lucía lo revisó. Lucía dijo: «Júpiter en tu casa cuatro. Te lo dije.»

Sara lo revisó. Sara dijo: «Es brillante. Envíalo ya antes de que te arrepientas.»

Lo envié.

Cuarto paso: esperar.

Esperar fue lo peor. Dos días sin respuesta de Ana. Dos días caminando por los acantilados, cocinando mal, hablando con

Mostaza, evitando mirar el teléfono cada tres minutos (lo miraba cada dos).

Y dos días sin Bruno. No fui a la clínica. No lo llamé. No porque no quisiera, sino porque necesitaba llegar con algo más que un «lo siento». Necesitaba llegar con un plan.

Le pregunté a Gael:

—¿Hay alguien que alquile un local en Llanes?

Gael me miró.

—¿Para qué?

—Para montar algo.

—¿Qué?

—Todavía no lo sé.

Gael sonrió. Esa sonrisa enorme, de faro, que iluminaba todo a su paso.

—Hay un local en la calle del Muelle. Antiguo estanco. Lleva cerrado un año. El dueño es primo de mi madre, o sea que es primo mío, o

sea que te lo alquila barato.

—¿Cuánto?

—Trescientos al mes.

—Hecho.

—¿Sin verlo?

—Sin verlo.

Gael se rio.

—Joder, Martina. Eres la mujer más impulsiva que conozco.

—Lo sé. Es mi superpoder.

Esa noche, en la cama de Rosa, con Mostaza ronroneando y Luna suspirando y el teléfono en silencio, hice lo que siempre hacía cuando el mundo se volvía demasiado grande: una lista.

Lista de cosas que quiero: 1. Un trabajo que me llene. 2. Un sitio que sea mío. 3. No tener ataques de pánico. 4. Vivir sin la sensación

de que todo lo bueno se va a acabar. 5. Bruno. 6. Olivia. 7. Los Picos de Europa al despertarme. 8. Que Mostaza deje de juzgarme.

Ocho cosas. Solo una era imposible.

Taché la ocho.

Siete cosas. Y un plan para conseguirlas todas.

Solo faltaba la respuesta de Ana.

Y el valor de ir a buscar a Bruno.

27

Fui a su casa sin avisar. Porque avisar significaba darle la oportunidad de decir que no, y yo no podía permitirme un no hasta que me escuchara.

Era viernes por la noche. Semana de Olivia con Inés. Casa de Bruno. Luz encendida en la cocina. Respiré.

Llamé a la puerta.

Abrió. Camiseta gris, pantalón de chándal, pelo revuelto. Ojos que me miraron con algo que no era enfado ni indiferencia: era

cansancio. El cansancio de alguien que ha pasado una semana peleando consigo mismo.

—No quiero hablar —dijo.

—Yo tampoco.

Nos miramos. Un segundo. Dos. La distancia entre su cuerpo y el mío era un paso, treinta centímetros, nada.

Lo besé.

No suave, no con permiso. Lo besé con todo: con el miedo, con el arrepentimiento, con la semana de silencio y las noches sin dormir y la certeza de que si perdía a este hombre por cobardía me arrepentiría el resto de mi vida. Le cogí la cara con las dos manos, me puse de puntillas, y lo besé hasta que dejé de respirar.

Bruno no respondió durante un segundo. Un segundo eterno en el que pensé que me apartaría, que cerraría la puerta, que diría «vete» con esa voz plana que era su peor arma.

No lo hizo.

Me agarró de la cintura. Me levantó del suelo. Me empujó contra la pared del pasillo con la puerta cerrándose detrás y su boca

devorando la mía con una desesperación que era el espejo exacto de la mía.

—No soy Inés —dije contra sus labios.

—Lo sé.

—No me voy porque tú no seas suficiente. Me ofrecen un trabajo que llevo años soñando.

—Lo sé.

—Y yo no puedo pedirte que renuncies a eso —dijo él, la frente contra la mía, respirando como si hubiera corrido una maratón.

—No te he pedido que lo hagas.

Silencio. Sus manos en mi cintura. Las mías en su cuello. El pasillo oscuro. La respiración de los dos.

—¿Entonces qué hacemos? —preguntó.

—Déjame pensarlo. Dame tres días.

Me miró. Los ojos verdes en la penumbra. La mandíbula apretada. Y algo más: algo que ya no era miedo ni desconfianza. Era rendición.

La rendición de un hombre que ha decidido dejar de luchar contra lo que siente.

—Tres días.

—Tres días. Y si mi plan funciona, no me voy a ningún sitio. Si no funciona...

—¿Si no funciona?

—No lo sé. Pero pase lo que pase, no eres tú. ¿Me oyes? No eres tú.

Me besó. Esta vez suave. En la frente, en los párpados, en la punta de la nariz. Besos que eran una pregunta y una promesa a partes iguales.

Lo que vino después no fue suave.

Fue urgente. Desesperado. Con sabor a despedida, aunque yo le hubiera dicho que no era una despedida. Sus manos quitándome la chaqueta, las mías quitándole la camiseta. La cama —su cama, nuestras sábanas— como un territorio conocido que ya no daba por sentado. Cada beso era un «quédate». Cada caricia era un «no te

vayas». Cada gemido era una conversación que las palabras no podían tener.

Hicimos el amor como quien se agarra a algo que teme perder. Con los ojos abiertos. Con las manos apretadas. Con su nombre en mi

boca y mi nombre en la suya y el sonido del mar entrando por la ventana como testigo.

Después, en la oscuridad, tumbados, con las piernas entrelazadas y el sudor enfriándose.

—Bruno.

—Mm.

—¿Puedo decirte algo?

—Mm.

—Lo siento. Debería haberte contado lo de Ana desde el primer día. No lo hice porque tenía miedo de perderte. Lo cual es irónico, porque no contártelo casi me hace perderte igualmente.

Silencio. Su mano en mi pelo, pasando los dedos entre los mechones, un gesto repetitivo que era su versión de la ternura.

—Lo sé —dijo—. Y yo debería haber escuchado antes de cerrar la puerta. Gael me lo dijo. Mi madre me lo dijo. Incluso Inés me lo dijo.

—¿Inés?

—Me llamó. Dijo: «Bruno, si esa mujer quiere irse, déjala. Pero si no

quiere irse, déjala quedarse.» Inés siempre tiene razón cuando ya no estamos juntos.

Me reí. Una risa pequeña, húmeda, contra su pecho.

—Tres días —repetí.

—Tres días.

—El plazo más largo y más corto de mi vida.

—Lo sé.

Nos dormimos. Juntos. En la cama que olía a nosotros. Y por primera vez en una semana, dormí sin angustia, sin teléfono en la mano, sin lista de pros y contras en la cabeza.

Porque el plan estaba hecho. Los clientes estaban. La propuesta estaba enviada. Solo faltaba la respuesta de Ana.

Y si Ana decía que no, encontraría otra forma.

Porque Martina Vega, treinta y un años, ex directora de cuentas, quemadora de lentejas, amiga de dinosaurios y enamorada de un

veterinario antipático, no había venido a Asturias a huir.

Había venido a quedarse.

Solo necesitaba tres días para demostrarlo.

28

Tres días. Tenía tres días para construir una vida.

Día uno: el plan de negocio definitivo.

Me levanté a las seis. Café, portátil, la mesa de la cocina de Rosa convertida en centro de operaciones. Llamé a Ana.

—Ana, ¿has leído la propuesta?

—La he leído.

—¿Y?

Silencio. Ana Beltrán, cuarenta y tres años, la mujer que me enseñó todo lo que sé de marketing, pensando.

—Es interesante.

—¿Interesante bien o interesante mal?

—Interesante de «no se me había ocurrido». Un brazo rural. Marketing para turismo y producto artesanal. Nadie está haciendo

eso en serio.

—Exacto. Porque todo el mundo mira a Madrid y Barcelona. Pero el mercado rural crece un quince por ciento anual. Turismo interior, producto local, economía circular. Y nadie lo está atendiendo digitalmente.

—Los inversores quieren presencia en Madrid.

—Y la tendrán. Tú. Yo estaré una semana al mes para presentaciones y reuniones clave. El resto: remoto. Más productivo,

menos coste de oficina, y un brazo de captación que nadie más tiene.

—¿Y los tres clientes que mencionas?

—Son reales. La sidrería de Gael, la quesería de don Emilio, el hotel de Cangas. Los tres han dicho que sí. Son mi prueba de concepto.

Ana respiró. Yo cerré los ojos.

—Martina, esto es arriesgado.

—Lo sé.

—Pero es bueno.

—Lo sé.

—Necesito dos cosas: una presentación formal que pueda enseñar a los inversores, y un compromiso de que la semana presencial en

Madrid es innegociable.

—Hecho. ¿Cuándo la necesitas?

—Cuarenta y ocho horas.

Colgué. Cuarenta y ocho horas. Podía hacerlo.

Día uno y medio: la presentación.

Rosa me ayudó. Bueno, Rosa me trajo comida, me obligó a salir a pasear con Luna una hora «porque si te mueres de un infarto, no puedes presentar nada», y me dijo frases de ánimo que parecían sacadas de un libro de autoayuda escrito por una abuela asturiana.

—Tú puedes, Martina. Eres hija de Carmen y sobrina mía. Y las mujeres de esta familia no se rinden.

—Tía, mamá dice que soy un desastre.

—Tu madre dice eso porque se preocupa. Pero se casó con un hombre que no valía un duro y lo crió sola cuando se fue. Si eso no es valor, no sé qué es.

Escribí la presentación. Treinta diapositivas. Gráficos, proyecciones, casos de estudio, modelo de negocio, estructura de costes, timeline.

Todo lo que aprendí en seis años de agencia volcado en un documento que podía cambiar mi vida.

A las dos de la mañana estaba terminada.

Día dos: los clientes.

Llamé a Gael. Le pedí fotos de la sidrería, del proceso de producción, del lagar. Gael me las mandó en una hora.

Llamé a don Emilio. Le pedí fotos del queso, de las cuevas de maduración, de los prados donde pastaban las vacas. Don Emilio no sabía hacer fotos con el móvil, pero su nieta sí, y en dos horas tenía veinte imágenes que eran puro oro visual.

Llamé al hotel de Cangas. El dueño me mandó un dossier completo: fotos, tarifas, reseñas, historia del edificio. Perfecto.

Monté tres mini-campañas de ejemplo. Tres presentaciones de una página que mostraban qué podía hacer por cada cliente: antes (sin

presencia digital, ventas locales) y después (web, redes, tienda online, alcance nacional).

Eran buenos. No buenos «para un pueblo». Buenos de verdad. Buenos de «esto podría ser una presentación para un cliente de cincuenta mil euros en la agencia».

Día dos por la tarde: la llamada final.

Llamé a Ana. Le envié la presentación por email mientras hablábamos.

—Ábrela.

Silencio. El sonido de Ana pasando diapositivas. Dos minutos. Tres. Cinco.

—Martina.

—¿Sí?

—Los tres clientes. ¿Han firmado?

—No formalmente. Pero los tres han confirmado por escrito que

están interesados. Solo falta el contrato.

—¿Y la semana en Madrid?

—Cada mes. Sin excepción. Más viajes puntuales si hay presentaciones importantes.

—¿Y el local en Asturias?

—Alquilado. Calle del Muelle, Llanes. Trescientos al mes. Empiezo a acondicionar esta semana.

Silencio. El silencio de Ana cuando tomaba decisiones. El mismo silencio que tenía antes de decir «apruebo la campaña» o «necesitas rehacerlo».

—Martina, voy a ser honesta contigo.

—Siempre lo eres.

—Cuando me dijiste que querías hacerlo desde fuera de Madrid, pensé que era una locura. Que estabas intentando tener todo sin sacrificar nada. Y eso normalmente no funciona.

Respiré. Esperé el «pero».

—Pero esta presentación no es una locura. Es un plan de negocio

sólido con un mercado real y una ventaja competitiva que nadie tiene. Y tú eres la persona perfecta para ejecutarlo, porque estás ahí. Vives ahí. Conoces el terreno, los clientes, la cultura. No es una socia a distancia: es una socia sobre el terreno en un mercado sin explotar.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un sí, Martina. Socia a distancia. Una semana al mes en Madrid. El resto desde Llanes. Brazo rural de la agencia.

Grité. No un grito pequeño. Un grito que asustó a Mostaza, hizo ladrar a Luna y Nube y que Rosa viniera corriendo desde la huerta

con una azada en la mano pensando que me había caído por las escaleras.

—¡HA DICHO QUE SÍ!

Rosa me miró. Bajó la azada. Sonrió.

—¿Ves? Las mujeres de esta familia no se rinden.

Me abrazó. Olía a tierra y a lavanda y a hogar.

Quedaba un paso. El más importante. El más difícil.

Bruno.

Tercer día. El tercer día.

Pero eso era mañana.

Y esta noche, solo esta noche, me permití ser feliz sin condiciones.

29

Trabajé toda la mañana en los detalles. Los contratos con los tres clientes —preliminares, pero firmados—. El contrato de alquiler del

local en Llanes. Una llamada con el primo de Gael para confirmar condiciones. Otra llamada con Ana para cerrar el acuerdo de socias.

A las cuatro de la tarde, todo estaba listo.

Me duché. Me vestí. No demasiado arreglada, no demasiado informal: la blusa verde de Sara, vaqueros, pendientes. Pelo suelto. Perfume.

Salí de casa de Rosa.

—¿A dónde vas? —preguntó Rosa desde la huerta.

—A buscar a Bruno.

—¿Con esa cara?

—¿Qué cara?

—La de una mujer que va a hacer lo correcto. Anda, ve. Y si te dice

que no, le digo yo cuatro cosas.

—Rosa, no le vas a decir nada.

—Soy su vecina, tengo derecho a opinar.

—No eres su vecina, vives a quince kilómetros.

—En el pueblo, quince kilómetros es ser vecino.

Conduje hasta Llanes. La clínica estaba cerrada: era sábado por la tarde. Fui a su casa. El coche no estaba.

Llamé a Gael.

—¿Dónde está Bruno?

—En la clínica. Ha ido a revisar a un perro que operó ayer.

—La clínica está cerrada.

—Entra por detrás. La puerta del almacén no tiene llave.

Fui. El almacén estaba abierto. Crucé la sala de recuperación —vacía, salvo un perro dormido en una jaula con un gotero— y entré

en la clínica.

Bruno estaba en la consulta, sentado en el taburete, revisando un historial. Levantó la vista.

Nos miramos.

Tres días. Tres días de plazo. Y aquí estaba yo, en la puerta de su consulta, con un plan en la cabeza y el corazón en la boca.

—Hola —dije.

—Hola.

—¿Cómo está el perro?

—Bien. Estable. Se va a casa mañana.

—Bien.

Silencio. El zumbido del fluorescente. El goteo del suero del perro. Y el latido de mi corazón, que probablemente se oía desde la calle.

—Bruno, tengo que contarte algo.

Se levantó. Se apoyó en la mesa. Cruzó los brazos. La postura de

alguien que se prepara para recibir un golpe.

—He hablado con Ana. Le he propuesto un modelo híbrido: socia a distancia, una semana al mes en Madrid, el resto desde aquí. Me ha dicho que sí.

Silencio. Sus brazos se aflojaron un milímetro.

—He alquilado un local en Llanes. El antiguo estanco de la calle del Muelle. Voy a montar una oficina. Desde ahí llevaré la estrategia digital y la captación de clientes rurales.

Silencio. Otro milímetro.

—Tengo tres clientes firmados: la sidrería de Gael, la quesería de don Emilio y el hotel de Cangas. Voy a trabajar con turismo rural y producto artesanal. Todo Asturias. Después Cantabria. Después Galicia.

Los brazos cayeron. A los lados. Las manos abiertas.

—Me quedo —dije—. No por ti. Por mí. Porque este es el sitio donde quiero estar y el trabajo que quiero hacer y la vida que quiero vivir.

He encontrado la forma de tenerlo todo sin renunciar a nada. Y si quieres, también me quedo por ti.

Bruno me miraba. La mandíbula ya no estaba apretada. Los ojos ya no estaban cerrados. Estaba ahí, abierto, sin muro, sin escudo, sin el «prefiero no acostumbrarme» como armadura.

—¿Te quedas?

—Me quedo.

—¿Aquí?

—Aquí.

—¿En Llanes?

—En Asturias. En tu pueblo. En tu vida, si me dejas. —Respiré—. Bruno, no sé qué nos pasa ni hacia dónde va esto. Pero sé que llevo dos meses siendo más feliz que en treinta y un años de vida. Y sé que no quiero irme. No por cobardía, no por escapar de Madrid. Porque quiero estar aquí. Porque esto es mío ahora.

—Martina...

—Espera, déjame terminar. —Le cogí las manos. Grandes, callosas, cálidas—. He pasado la vida haciendo planes. Planes de marketing,

planes de carrera, planes de vida. Y ninguno salió como esperaba. Pero esto, tú, Olivia, Asturias... nada de esto estaba en el plan. Y es lo mejor que me ha pasado.

Silencio.

Bruno me miró. Un segundo. Dos. Tres.

Y entonces sonrió.

No la media sonrisa. No la grieta en el muro. La sonrisa entera, completa, la que le transformaba la cara y le abría los ojos y le hacía parecer diez años más joven. La sonrisa que había visto en la romería, la que guardaba para Olivia, la que yo llevaba semanas queriendo provocar.

—Eso no estaba en el plan —dijo.

—¿Tenías un plan?

—Nunca.

Me besó.

En medio de la clínica, con el fluorescente zumbando y el perro roncando en la jaula y el olor a desinfectante que ya era tan familiar como el perfume de mi madre. Me besó como si acabara de recibir

un diagnóstico inesperado: con alivio, con incredulidad, con la alegría contenida de alguien que no se atreve a creer que la noticia es buena.

—¿Estás segura? —dijo contra mis labios.

—Bruno.

—¿Qué?

—Si me preguntas una vez más si estoy segura...

—Vale. Vale. No pregunto.

Me abrazó. Fuerte. Con la cara en mi pelo y los brazos cerrándose a mi alrededor como si pudiera protegerme de todo lo que el mundo quisiera lanzarnos.

—Martina.

—¿Mm?

—Tengo que contarte algo.

—¿Qué?

Se apartó. Fue a su chaqueta, que estaba colgada en la percha de la

puerta. Buscó en el bolsillo. Sacó algo.

Un collar. Una cadena de plata fina con un colgante de azabache negro, pulido, del tamaño de una avellana.

—Era de mi abuela —dijo—. Amparo me lo dio cuando nació Olivia. Me dijo que se lo diera a alguien que hiciera que el pueblo se sintiera como hogar.

Me lo tendió.

—¿Me estás dando el collar de tu abuela?

—No te estoy pidiendo nada. No te estoy proponiendo nada. Solo te lo doy. Y si quieres, te lo quedas.

Cogí el collar. El azabache era suave, cálido, con una veta gris que brillaba a la luz.

—Bruno Medina.

—¿Mm?

—Eres el hombre más difícil, más terco, más cerrado y más

maravilloso que he conocido en mi vida.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Sí lo era.

Me reí. Él no exactamente, pero algo se movió en su pecho, algo que sonaba a risa contenida, a alivio, a algo que llevaba dos años guardando y por fin se atrevía a soltar.

Me puse el collar. El azabache contra mi piel. Frío al principio, cálido enseguida.

—¿Cómo queda?

—Perfecto.

—No me has mirado.

—No necesito.

Y eso, viniendo de Bruno Medina, era la declaración de amor más grande que podía hacer.

30

Bruno

Tres días. Me pidió tres días.

El primer día no hice nada. No por paciencia sino por parálisis. Atendí la clínica, recogí a Olivia, cociné pasta, vi dibujos animados.

Todo en automático, como un reloj al que le han dado cuerda y sigue girando aunque nadie lo mire.

El segundo día, mi madre me llamó.

—Hijo, ¿estás bien?

—Sí.

—Mentira. Gael me ha contado lo de Martina.

—Gael debería cerrar la boca.

—Gael te quiere. Y yo también. Bruno, ¿qué piensas hacer?

—Esperar. Me ha pedido tres días.

—¿Y después?

—No lo sé.

Silencio. Mi madre, Amparo Medina, que llevaba sesenta y cinco años siendo la persona más sabia que conocía y nunca se lo había

reconocido.

—¿Te acuerdas del collar de la abuela?

—Sí.

—¿Lo tienes?

—En el cajón de la mesilla.

—Sácalo.

Lo saqué. Plata y azabache. Mi madre me lo dio cuando nació Olivia. Era de mi abuela. «Para alguien que haga que el pueblo sea hogar», dijo. Pensé que era para Inés. Cuando Inés se fue, lo guardé en el cajón y no volví a mirarlo.

—¿Por qué me lo dices ahora, mamá?

—Porque las abuelas saben cosas que los nietos tardan en entender.

El tercer día, Martina vino a la clínica. Me contó todo. El plan, el modelo híbrido, los clientes, el local. Cada palabra era un ladrillo que

construía algo donde antes solo había miedo. Y cuando dijo «me quedo», no fue una frase: fue un suelo bajo mis pies.

Le di el collar. Porque mi abuela tenía razón.

Esa noche, después de cerrar la clínica, fui a recoger a Olivia a casa de mi madre. La niña me recibió corriendo.

—¡Papá! ¿Estás mejor?

—Estoy mejor.

—¿Martina se queda?

—Martina se queda.

El grito de Olivia se oyó en todo el barrio. Amparo me guiñó un ojo desde la puerta.

Llevé a Olivia a casa. La bañé, le di de cenar, la acosté. Fui al armario. Busqué algo que llevaba años sin ponerme: una camisa buena. No la del primer viernes, que ya había usado. Otra. Azul oscuro, lisa, que Inés me regaló hace tres años y que nunca estrené porque no tuve ocasión.

Me la puse. Me miré al espejo. El hombre que me miraba era el mismo de siempre —pelo castaño, barba, ojos cansados— pero tenía

algo diferente. Algo que se parecía a anticipación.

Martina llegó a las diez. Olivia dormida. La casa en silencio.

Abrí la puerta. Llevaba la blusa verde. El collar de azabache contra la piel. Los ojos brillantes.

—Hola.

—Hola.

—¿Olivia?

—Dormida. Ha gritado de alegría cuando le he dicho que te quedas. Creo que el vecino ha llamado a la policía.

Se rio. Ese sonido que llenaba las habitaciones y que hacía que mi casa pareciera más grande, más luminosa, más habitable.

La invité a pasar. No para cenar, no para hablar. Para estar.

Nos sentamos en el sofá. Puse música. No sé por qué. No solía poner música. Pero había un disco viejo de Amaral que Inés dejó y que nunca tiré, y sonaba bien en el silencio de la noche.

Martina apoyó la cabeza en mi hombro. Le pasé el brazo por los hombros. Olía a ese perfume que usaba —algo dulce, como

melocotón— y a lluvia, porque había empezado a llover mientras conducía.

—Bruno.

—Mm.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Seguro?

—Martina.

—¿Qué?

—Sí.

Nos miramos. La luz de la lámpara. La lluvia en la ventana. Amaral de fondo. Y algo en su mirada que era nuevo: no urgencia, no miedo, no desesperación. Paz. La misma paz que yo sentía, como dos relojes que por fin están sincronizados.

La besé. Despacio. Con todo el tiempo del mundo, porque ahora teníamos tiempo. No era una noche robada entre secretos y plazos.

Era una noche elegida, consciente, con la certeza de que habría más noches después.

La llevé a la habitación. La tumbé en la cama. Y por primera vez, no hubo prisa.

Le quité la blusa botón a botón. El collar de azabache sobre su piel, oscuro contra el color claro de su cuello. Le besé la clavícula. El hueco de la garganta. La peca del hombro que había contado la primera mañana.

—Bruno...

—Estoy aquí.

—Lo sé.

Hicimos el amor como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Porque lo teníamos. Despacio, sin el hambre de las noches anteriores, sin la sombra de la despedida. Solo nosotros. Su piel, mi

piel. Sus manos en mi pelo, mis labios en su estómago. El sonido de la lluvia y de ella diciendo mi nombre como algo que le pertenecía.

Cuando terminamos, la abracé. Cara a cara. Frente contra frente. Los dos con los ojos abiertos en la oscuridad.

—Martina.

—¿Mm?

—Te quiero.

Lo dije. Por primera vez en dos años, dije esas palabras en voz alta y las sentí verdaderas. No como una fórmula, no como un acto reflejo.

Como un diagnóstico: te quiero es lo que tienes, lo que soy, lo que somos.

Martina parpadeó. Los ojos se le llenaron de algo que brillaba.

—Yo también te quiero. Y a Olivia. Y a Luna. Y a Nube. Y a esta casa. Y a este pueblo. Y a las montañas. Y al gato de mi tía, aunque el gato me odie.

—El gato odia a todos.

—Eso no es consuelo.

Me reí. En voz alta. En mi cama, con ella, a medianoche. Una risa que no sabía que todavía tenía y que sonó como una puerta abriéndose.

Nos dormimos así. Abrazados. Con la lluvia y Amaral y el sonido de Olivia roncando suavemente al otro lado de la pared.

Y por primera vez en dos años, no me desperté a las tres de la mañana con la sensación de que algo faltaba.

No faltaba nada.

Todo estaba exactamente donde debía estar.

31

Ana llamó el lunes. Oficialmente socias. Contrato firmado por email, copia física en camino, reunión con los inversores el mes que viene en Madrid.

Grité. Rosa gritó. Los perros ladraron. Mostaza no se inmutó.

Salí corriendo hacia la clínica. Literalmente corriendo, por el camino de Porrúa a Llanes, porque mi coche no arrancaba —otra vez— y no podía esperar a que Gael viniera a buscarme.

Bruno no estaba en la clínica. Había salido a una urgencia —una oveja en Posada con problemas de parto—. Gael estaba en el bar del

puerto.

—¿Dónde está Bruno?

—En Posada. ¿Qué pasa?

—Ana ha aceptado. Socia a distancia. Es oficial.

Gael me abrazó. Un abrazo de oso que me levantó del suelo.

—¡Lo sabía! ¡Joder, lo sabía! ¿Se lo has dicho a Bruno?

—No está.

—Ha ido a buscarte.

—¿Qué?

—Me ha llamado hace diez minutos. Ha dicho: «¿Dónde está Martina?» Le he dicho que en Porrúa. Ha ido para allá.

Nos habíamos cruzado. Literalmente. Yo corriendo cuesta arriba hacia Llanes, él conduciendo cuesta abajo hacia Porrúa. Como dos

trenes en direcciones opuestas.

Cogí el teléfono. Le llamé.

—¿Dónde estás?

—En Porrúa. ¿Dónde estás tú?

—En Llanes. He venido corriendo.

—¿Corriendo? ¿Quince kilómetros?

—Cuatro. Solo hasta donde hay cobertura.

Pausa.

—Quédate ahí. Voy.

Diez minutos después, su coche frenó delante del bar. Se bajó. Me vio. Yo estaba en la acera, jadeando todavía, con el pelo pegado a la

frente de sudor y la sonrisa más grande de mi vida.

—Me quedo —dije—. Oficialmente.

—¿Ana ha dicho que sí?

—Ana ha dicho que sí.

Me miró. Desde el otro lado de la calle, con la puerta del coche abierta y las botas de campo manchadas de barro.

—Eso no estaba en el plan —dijo.

—¿Tenías un plan?

—Nunca.

Se acercó. Me besó. En medio de la calle, delante de Gael, de Marcelino, de tres turistas y de un tractor que nos pitó.

Un tractor.

Nos dio igual.

Gael gritó algo que no entendí pero que sonaba a celebración. Marcelino asomó la cabeza por la puerta del bar y dijo: «¡Ya era

hora, coño! ¡Escanciá, que hay que brindar!»

Esa tarde, Olivia volvió de casa de Inés. Bruno la había llamado para pedirle que la trajera antes. La niña entró en la casa corriendo.

—¡MARTINA! ¡Papá dice que te quedas PARA SIEMPRE!

—Bueno, para siempre es...

—¡PARA SIEMPRE!

Me abrazó. Las piernas alrededor de mi cintura, los brazos en mi cuello, el pelo rubio en mi cara.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, bichillo.

Bruno nos miraba desde la puerta. Los brazos cruzados. La sonrisa.

Pasamos la tarde en la casa. Los tres. Como una familia. No como «una especie de familia» ni «algo parecido a una familia». Como una

familia de verdad, con sus ruidos y sus silencios y su desorden glorioso.

Olivia me enseñó su dinosaurio nuevo: un iguanodonte que le había comprado Inés.

—Se llama Martín. Porque se parece a Martina pero es chico.

—¿En qué se parece a mí?

—En que es verde y tiene las manos grandes.

—Mis manos no son grandes.

—Son más grandes que las mías.

Bruno cocinó. Porque Bruno siempre cocinaba. Fabada, la de verdad, con compango y todo. Yo intenté ayudar y quemé un pimiento. Bruno quitó la sartén sin comentarios. Olivia dijo: «Martina, no pasa nada, papá también quemaba cosas al principio.» Bruno: «Nunca he

quemado nada.» Olivia: «El bizcocho de mi cumple.» Bruno: «Eso fue el horno.» Olivia: «Fue papá.»

Cenamos los tres. Risas, pelearse por quién friega, Olivia contando un chiste de dinosaurios que no tenía remate pero que era gracioso igualmente.

A las nueve, Olivia en la cama. Le leí un cuento. Se durmió antes de la tercera página, abrazada a Rex y a Martín el iguanodonte.

Bajé. Bruno estaba fregando. Me apoyé en la puerta de la cocina.

—Bruno.

—¿Mm?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por darme tiempo. Por dejarme encontrar el camino.

Se giró. Manos mojadas, trapo al hombro, la camisa remangada. Me

miró con esos ojos que ya no tenían muro ni escudo ni distancia.

—No te he dado nada. Lo has hecho tú sola.

—No es verdad. Tú me has dado un motivo.

—Olivia es el motivo.

—Olivia es parte del motivo. Tú eres la otra parte. —Me acerqué—. Y Asturias es la tercera. Y el mar. Y los acantilados. Y la fabada. Y las vacas de Tomás. Y Marcelino. Y Gael. Y el maldito gato de mi tía.

—¿Mostaza?

—Mostaza también. Aunque me odie.

Bruno dejó el trapo. Me cogió de la cintura. Me levantó —porque eso le salía natural, como si yo pesara lo que un gato y no sesenta y tres

kilos— y me sentó en la encimera.

—Martina Vega.

—Bruno Medina.

—Bienvenida a Asturias.

—Llevo dos meses aquí.

—Ahora es oficial.

Me besó. En la cocina, con los platos fregados y Olivia dormida y el sonido del mar entrando por la ventana.

Y por primera vez, no pensé en planes, ni en plazos, ni en Madrid, ni en agencias, ni en ex novios con ascensos y ecografías con filtro.

Pensé en mañana. En el mañana de verdad. El que incluía café a las siete, la clínica a las nueve, Olivia a las cuatro, y una vida que no había planificado pero que encajaba como si siempre hubiera estado esperándome.

Eso no estaba en el plan.

Y era exactamente lo que necesitaba.

32

El local de la calle del Muelle era perfecto de una forma que solo lo son las cosas imperfectas.

Antiguo estanco, treinta metros cuadrados, una puerta de cristal que chirraba, una trastienda que olía a tabaco de hace veinte años y una instalación eléctrica que el primo de Gael describió como «funcional si no enchufas muchas cosas a la vez». Las paredes eran de un beige tristísimo. El suelo de baldosa gris. La única ventaja era la ubicación: calle del Muelle, pleno centro de Llanes, a dos minutos de la clínica de Bruno.

—Es una ruina —dije.

—Es un diamante en bruto —dijo Gael.

—Es un estanco cerrado.

—Detalles.

La reforma fue un evento comunitario. Gael pintó las paredes de blanco un sábado por la mañana, con una radio atronando reggaetón y tres cervezas de desayuno. Bruno instaló una estantería

—mejor que la que hizo en su casa, pero tampoco era difícil—. Rosa me regaló un escritorio que tenía en el trastero del hórreo: viejo, de madera maciza, pesado como un tanque. «Era de Fermín. Le habría gustado que lo usaras.» Marcelino trajo una planta que no sabía si era artificial o simplemente estaba muy muerta. Olivia pegó dinosaurios de plástico en la puerta con pegamento industrial que no iba a salir jamás.

—Para que traigan suerte —dijo.

—Los dinosaurios no dan suerte.

—¿Cómo lo sabes? ¿Has probado?

No pude discutir eso.

En una semana, el local se transformó. Paredes blancas, escritorio de madera, estantería con carpetas de colores (una por cliente), un Mac que compré de segunda mano a un diseñador de Oviedo, una

cafetera que era más importante que el ordenador, y una puerta de cristal con un cartel nuevo que Lucía diseñó desde Madrid:

MARTINA VEGA Estrategia digital · Marketing rural

Debajo, más pequeño:

Socio de Agencia Beltrán & Vega · Madrid · Asturias

—Es precioso —dijo Lucía por videollamada.

—Es un cartel.

—Es TU cartel. Con TU nombre. En TU puerta.

Tenía razón. Era mi nombre. En mi puerta. En mi oficina. En mi pueblo.

Mi madre llamó.

—¿Asturias? ¿En serio? Hija, es que no te entiendo.

—Mamá, no necesitas entenderme. Solo quererme.

Silencio. El silencio de Carmen Vega cuando su hija dice algo que no

esperaba y que, por una vez, no puede rebatir.

—Pues claro que te quiero. Pero una madre siempre se preocupa.

—Lo sé.

—¿Comes bien?

—Bruno cocina.

—¿Él cocina?

—Fabada, lubina, croquetas. De todo.

—Hombre, eso ya es otra cosa. Un hombre que cocina es un hombre que vale la pena.

—¿Ahora te gusta?

—No he dicho que me guste. He dicho que cocina. Son cosas distintas.

No lo eran. Mi madre estaba cediendo, a su manera. La manera de Carmen Vega de aceptar algo era quejarse tres veces y luego

preguntar por la comida.

—¿Y la niña?

—Olivia. Cinco años. Es maravillosa.

—¿Sabe que no eres su madre?

—Mamá.

—Es una pregunta legítima.

—Sabe que soy la amiga de su padre. Y mi amiga. Lo demás irá viniendo.

—¿Y la madre?

—Inés. Vive en Gijón. Buena persona. Buena madre.

Silencio. Mi madre procesando. Un divorcio, una hija, una exmujer, un pueblo. Demasiadas variables para su ecuación de «hija normal

con vida normal en ciudad normal».

—Bueno —dijo al fin—. Si eres feliz.

—Soy feliz, mamá.

—Pues entonces vale. Pero vengo a verte.

—Cuando quieras.

—En Navidad. Quiero ver esas montañas de las que tanto hablas. Y probar esa fabada.

—Hecho.

Colgué con una sonrisa que me duró toda la tarde.

Los primeros días de oficina fueron caóticos. El wifi del local iba a impulsos. El Mac se bloqueaba cuando abría más de cinco pestañas. La cafetera goteaba. Y el primer cliente oficial —Gael, con la sidrería

— llegó con una lista de «ideas» que incluía «poner un dinosaurio en la etiqueta porque la niña dice que mola».

—Gael, no vamos a poner un dinosaurio en la etiqueta de tu sidra.

—¿Por qué no?

—Porque es sidra natural asturiana, no un parque jurásico.

—Pero molaría.

—No.

Pero el trabajo era bueno. Real. Mío. Diseñé la web de la sidrería, hice fotos del lagar con el móvil (necesitaba una cámara mejor, apunté en la lista), escribí textos que describían la sidra como lo que era: producto artesanal, tradición, territorio. Configuré la tienda online. Programé las redes.

El primer pedido llegó a la semana: una caja de seis botellas a Valladolid. Gael lloró. O dijo que era la sidra que le había salpicado en el ojo, pero lloró.

Don Emilio fue el segundo cliente en activo. Su queso de gamonéu fotografiado con la cueva de maduración de fondo era una imagen

que vendía sola. Web, tienda, redes. Primer pedido: dos kilos a Madrid.

—¿Dos kilos a Madrid? —Don Emilio no se lo creía—. ¿Un señor de Madrid quiere mi queso?

—Un señor de Madrid ha pagado cuarenta euros por su queso, don Emilio.

—Cuarenta euros. Madre del amor hermoso. Si eso lo hubiera sabido antes, habría hecho más queso.

La vida empezó a tener un ritmo. Nuevo. Diferente. Mío.

Café a las siete en la cocina de Bruno —ahora dormía allí casi todas las noches—. Clínica a las nueve (seguía ayudando por las mañanas, pero ya no gratis: Bruno había insistido en pagarme, y yo había insistido en no cobrar, y al final llegamos a un acuerdo que incluía que él cocinara todas las noches y yo le ayudara con las redes de la clínica). Oficina a las doce. Clientes, llamadas, diseño, estrategia. A las cuatro, Olivia. Parque, deberes, dinosaurios. A las ocho, cena. A las diez, silencio.

Y en el silencio, por primera vez, no había miedo.

Solo paz. Y una vida que no había planeado pero que funcionaba como un reloj al que le han dado cuerda con cariño.

33

Vida nueva. Rutinas que saben a hogar.

Me despierto a las siete. Bruno ya está levantado —siempre se levanta antes, como si el cuerpo le pidiera ver el amanecer antes que a nadie—. Café en la prensa francesa, el sonido de la radio baja, Radio 3 o algo que pone porque le gusta el murmullo de fondo. Desayunamos en silencio, que es nuestro silencio, el que no necesita llenarse.

Clínica a las nueve. La clínica ha cambiado. La web funciona, el Instagram tiene tres mil seguidores, las citas están organizadas, los clientes vienen de Llanes, de Posada, de Ribadesella, algunos de Gijón. Bruno gruñe que hay demasiados, pero gruñe con la boca llena de croquetas que hace los jueves para los clientes que traen perros viejos y necesitan buenas noticias.

Oficina a las doce. Mi oficina. Con mi nombre en la puerta, mis dinosaurios de plástico en el cristal y mi cafetera que sigue goteando

pero que hace el mejor café de Llanes porque le pongo el doble de café que recomienda la marca.

A las cuatro, Olivia. El colegio queda a cinco minutos de la oficina. La recojo, hacemos deberes, vamos al parque, compramos algo en la tienda de Manolo (que ahora abre de nueve a una y de cuatro a siete, lo cual es un milagro de la constancia después de años de horarios aleatorios).

A las ocho, cena en casa de Bruno. Que ahora es un poco mi casa también, aunque oficialmente sigo durmiendo en la de Rosa «para

guardar las formas», dice Rosa, que es la mujer menos convencional del pueblo y la más preocupada por las apariencias.

—Rosa, sabes que duermo en casa de Bruno.

—Lo sé. Todo el pueblo lo sabe. Pero mientras tengas tu ropa aquí, hay una ambigüedad que protege mi reputación.

—¿Tu reputación?

—Soy la tía. Si dejo que mi sobrina se instale en casa de un hombre sin pasar por la vicaría, las señoras de la romería no me dejan en paz.

—Rosa, estamos en 2026.

—En Porrúa estamos en 1975 y nos va bien.

Era una pelea que no podía ganar. Y en el fondo, me gustaba: tener la casa de Rosa como base, como refugio, como el sitio al que volvía cuando necesitaba estar sola con Mostaza y mis pensamientos.

Sara y Lucía vinieron otro fin de semana. El segundo desde que me

quedé.

—Estás radiante —dijo Sara nada más verme.

—Es Asturias.

—Es el veterinario.

—Es todo.

Lucía me abrazó.

—Tu carta astral decía que ibas a encontrar el equilibrio fuera de tu zona de confort.

—Lucía...

—¡Es verdad! Lo dije en marzo. «Júpiter en la casa cuatro.

Expansión del hogar.» ¿O no lo dije?

—Lo dijiste.

—¿Y?

—Y tenías razón.

Lucía me miró como si hubiera ganado un Nobel.

—¿Me acabas de dar la razón sobre astrología?

—No se lo digas a nadie.

El fin de semana fue perfecto. Sara y Bruno cocinaron juntos —Sara resultó ser una cocinera aceptable, algo que ninguna de nosotras sabía— y compitieron por quién hacía la mejor tortilla de patata. Ganó Bruno por unanimidad, pero Sara dijo que la suya era «más artística». Lucía le hizo la carta astral a Gael —Acuario con ascendente Sagitario, «un aventurero con el corazón de un poeta»— y Gael dijo que nunca le habían descrito mejor. Olivia le enseñó a

Lucía los diecisiete dinosaurios de plástico y Lucía le enseñó a Olivia a hacer pulseras de hilo.

El domingo por la noche, Sara y yo solas en la cocina de Rosa. Orujo. Silencio.

—¿Eres feliz? —preguntó.

—Sí.

—¿De verdad?

—De verdad, Sara. No es perfecto. Llueve demasiado, el wifi del local se cae cada tres días, mi madre no entiende por qué no estoy en Madrid, y Mostaza sigue odiándome. Pero sí. Soy feliz.

Sara me cogió la mano.

—Me alegro. Mucho.

—¿Y tú?

—¿Yo? —Se rio—. Yo estoy bien. Marcos y yo estamos bien. La Paz sigue siendo un caos. La vida sigue. Pero ver a mi mejor amiga feliz

de verdad... eso me hace más feliz que cualquier otra cosa.

—Para.

—¿Por qué?

—Porque si sigues voy a llorar y tengo la cara seca por primera vez en semanas.

Se fue el lunes con Lucía. Las acompañé al Blablacar. Nos abrazamos en la carretera. Tres mujeres de treinta y tantos que habían

sobrevivido juntas a todo: rupturas, mudanzas, ataques de pánico, decisiones imposibles y gatos que nos odiaban.

—Volveremos —dijo Sara.

—Más os vale.

—Tráete al veterinario a Madrid algún día. Quiero que conozca a Marcos.

—Marcos no opina sobre nada.

—Exacto. Se van a llevar genial.

Se fueron. Las vi desde la carretera. Levanté la mano. Ellas levantaron las suyas.

Volví a Llanes. A la oficina. Al escritorio de Fermín. A los dinosaurios de la puerta. Al olor a café y a ambición silenciosa.

A las cuatro, recogí a Olivia.

—Martina, ¿Sara y Lucía van a volver?

—Sí.

—Bien. Lucía me ha enseñado a hacer pulseras y quiero hacerle una

a papá.

—¿De qué color?

—Verde. Porque tiene los ojos verdes. Y porque el verde es de dinosaurio.

—No todos los dinosaurios eran verdes.

—Los buenos sí.

No pude discutir eso tampoco.

A las ocho, cena. Bruno cocinó. Yo sequé los platos. Olivia dibujó dinosaurios en la mesa de la cocina. Luna dormía a nuestros pies. La radio sonaba baja.

Una noche cualquiera. Una noche que era exactamente donde quería estar.

—Bruno.

—¿Mm?

—¿Estás contento?

Me miró. Trapo al hombro. Ojos verdes. La sonrisa que ya no era

rara sino frecuente, casi habitual, como si su cara hubiera recordado cómo hacerla.

—Sí.

—¿Eso es todo?

—Sí.

Pero la forma en que lo dijo —simple, directa, sin adornos, como todo lo que decía— era más elocuente que cualquier discurso de amor.

Porque Bruno Medina diciendo «sí» era Bruno Medina diciendo «te quiero, me quedo, estás en mi casa, en mi vida, en mi corazón, y no pienso dejar que te vayas nunca».

En una sola sílaba.

34

Día perfecto.

No fue planificado. Los días perfectos nunca lo son. Simplemente pasan, como las mareas, como las estaciones, como las cosas que importan de verdad.

Sábado. Sol —sí, sol en Asturias, existe, es raro pero existe—. Olivia despertó a las siete gritando que quería ir a la playa. Bruno gruñó algo sobre dormir más. Yo me reí. Olivia saltó encima de los dos en la cama.

—¡Playa! ¡Playa! ¡Playa!

—Olivia, son las siete de la mañana.

—¡El sol ya está despierto! ¡Los dinosaurios madrugaban! ¡A la playa!

Fuimos a la playa. Torimbia, la cala entre montañas. El agua estaba helada —siempre estaba helada, era el Cantábrico, no el

Mediterráneo— pero Olivia entró corriendo y gritó «¡está perfecta!» con los dientes castañeando.

Bruno no se bañó. Se sentó en la arena con un libro y una toalla y esa expresión de concentración que ponía cuando leía, que era la misma que ponía cuando operaba, que era la misma que ponía cuando me miraba y creía que no me daba cuenta.

Me bañé con Olivia. Castillos de arena. Conchas. Una medusa muerta que Olivia quiso llevar a casa y que Bruno vetó con un «no»

tan rotundo que Olivia negoció a la baja y se conformó con una piedra bonita.

Helados en el chiringuito de la playa. Olivia de fresa. Yo de limón. Bruno de chocolate, que me sorprendió porque parecía un hombre de vainilla.

—¿Chocolate?

—¿Qué tiene de malo?

—Nada. Es que no te pegaba.

—¿Qué me pegaba?

—No sé. Algo más serio. Café. Sin azúcar.

—El helado sin azúcar no existe.

—En tu caso, lo inventarían.

Sonrió. La sonrisa entera. La que ya salía cada vez más fácil, como un músculo que recupera la memoria después de mucho tiempo sin usarse.

Volvimos a casa. Olivia durmió la siesta. Bruno y yo en el sofá, con las ventanas abiertas y la brisa del mar entrando. No hicimos nada.

Literalmente nada. Él leyó. Yo miré el techo. A veces nuestras manos se encontraban entre los cojines y se quedaban ahí, entrelazadas, sin motivo.

A las seis, Olivia se despertó.

—¿Cenamos los tres?

—Siempre cenamos los tres.

—Ya. Pero hoy quiero cenar algo especial.

—¿Qué es especial?

—Pizza. Con piña.

Bruno cerró los ojos.

—Olivia, la pizza con piña es un crimen.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Eso no es un argumento, papá.

Me reí tanto que me dolieron las costillas.

Hicimos pizza. Los tres. Olivia amasó con las manos llenas de harina. Bruno preparó la salsa. Yo rallé queso y, sí, puse piña en la mitad porque Olivia y yo éramos equipo y Bruno estaba solo en su fundamentalismo anti-piña.

Cenamos en la cocina. Con la radio, con las velas —Bruno las encendía ahora sin que yo lo pidiera, como si se hubiera convertido en un hábito—, con Olivia hablando de por qué los velocirraptores eran más listos que los humanos y Bruno corrigiendo que «los velocirraptores tenían el cerebro del tamaño de una nuez» y Olivia diciendo «pero les bastaba».

A las nueve, Olivia en la cama. Bruno le leyó. Yo escuché desde el pasillo, apoyada en la pared, con los ojos cerrados y el sonido de su

voz grave recitando «El principito» como si cada palabra fuera importante.

«Si vienes, por ejemplo, a las cuatro de la tarde, desde las tres yo empezaría a ser feliz.»

Olivia se durmió.

Bruno salió de la habitación. Me miró en el pasillo.

—¿Estabas escuchando?

—Sí.

—¿Te ha gustado?

—Es mi libro favorito.

—Lo sé. Lo vi en tu mesilla hace un mes.

Me tendió la mano. La cogí. Me llevó a la habitación.

Lo que pasó esa noche fue diferente a todas las veces anteriores. No fue urgente, no fue desesperado, no fue con sombra de despedida ni

con sabor a secreto. Fue la versión más pura de lo que éramos: dos personas que se querían y se elegían y no tenían prisa.

Nos quitamos la ropa como si tuviéramos toda la vida. Sus manos en mi espalda, mis labios en su cuello. La ventana abierta, el mar como banda sonora. No había muro, no había escudo, no había miedo. Solo piel contra piel y la certeza de que esto era real.

Me besó como si me conociera de memoria. En los sitios que sabía que me hacían perder el equilibrio: debajo de la oreja, en la curva del cuello, en el hueso de la cadera. Me tocó como si estuviera descubriendo algo nuevo en un mapa que ya conocía: despacio, con atención, con la paciencia de un hombre que no tiene prisa porque sabe que el tiempo es suyo.

Y yo le toqué como quien ha encontrado algo que no sabía que buscaba. Los omóplatos, la cicatriz de un arañazo viejo en la costilla, la línea del pelo en la nuca. Su cuerpo era un territorio que me pertenecía de una forma que no tenía que ver con la posesión sino con el reconocimiento: esto es mío, no porque lo reclame, sino porque encaja.

Hicimos el amor mirándome a los ojos. Sin cerrarlos. Sin escondernos. Con la respiración mezclada y los nombres en la boca

y la certeza de que esto, exactamente esto, era lo que significaba estar viva.

Después. Tumbados. La sábana hasta la cintura. La brisa. El mar.

—Bruno.

—¿Mm?

—Te quiero.

Silencio. Pero no el silencio viejo, el de la distancia y el muro. El silencio nuevo, el que significaba que estaba buscando las palabras exactas porque las palabras le importaban demasiado como para desperdiciarlas.

—Yo también te quiero. Y Olivia te quiere. Y Luna te quiere. Y el gato probablemente te odia, pero el gato odia a todos.

Me reí. Me reí tanto que la cama tembló. Y él se rio también. No mucho —Bruno nunca se reía mucho—, pero lo bastante como para

que su pecho vibrara contra el mío y el sonido fuera lo más bonito que había oído nunca.

—Bruno.

—¿Mm?

—¿Sabes qué es lo mejor?

—¿Qué?

—Que nada de esto estaba en el plan.

—¿Tenías un plan?

—Nunca.

—Entonces todo va según lo previsto.

Me dormí con su brazo en mi cintura, la brisa en la cara, el collar de azabache contra mi piel y la risa como último sonido.

Siempre la risa. Lo mejor era siempre la risa.

35

La sidrería de Gael se llenó un sábado de octubre.

No era una fiesta cualquiera: era la presentación oficial de la primera campaña de Agencia Beltrán & Vega, división rural. El primer proyecto completo. La prueba de que mi plan funcionaba.

Gael había limpiado el lagar como si fuera una catedral. Las barricas de sidra relucían. Había guirnaldas de luces que Roque, un amigo de Gael que era electricista de profesión y borracho de vocación, había instalado esa mañana. Había empanada, tortilla, tabla de quesos —don Emilio había traído su gamonéu, por supuesto— y suficiente sidra para ahogar al concejo entero.

Toda la gente estaba ahí. El pueblo entero, que era decir mucho y poco a la vez: Marcelino con su boina y su sonrisa de abuelo orgulloso; Tomás y Conchi, que trajeron una tarta; la alcaldesa, que me dijo «si necesitas más clientes, te presento a los de la mancomunidad»; don Emilio, que miraba su queso expuesto en una mesa como si fuera la Mona Lisa; y una treintena de vecinos, amigos

y curiosos que vinieron porque en un pueblo, cualquier excusa para comer gratis es válida.

Rosa estaba en primera fila. Con un vestido que solo se ponía para bodas y funerales, lo cual daba una idea de la importancia que le daba al evento.

Bruno estaba en una esquina. Con un vaso de sidra. Serio como siempre. Pero con la sonrisa. La que ya no se escondía.

Y Olivia. Olivia llevaba un vestido azul, zapatillas con luces y una corona de flores que le había hecho Conchi. Se había autoproclamado «directora de relaciones públicas junior» y saludaba a todo el mundo con un apretón de manos profesional que había ensayado conmigo durante una semana.

La campaña estaba en las paredes: fotos enormes impresas en lona. El lagar de Gael al amanecer, con la niebla entre las barricas. Los manzanos del prado, cargados de fruta. Gael escanciando sidra con

la luz de la tarde dorándole la cara. Y un eslogan que había tardado tres noches en escribir:

«Sidra natural. Desde Asturias, con las manos de siempre.»

Simple. Real. Como todo lo que importaba.

Subí a la tarima que Gael había improvisado con palés y una tabla de madera. Micrófono en mano. El corazón a mil.

—Buenas noches.

Aplausos. Más fuertes de lo que esperaba.

—Hace cuatro meses llegué a Porrúa sin trabajo, sin novio y sin plan. Mi tía me dejó la casa, mi madre me dijo que estaba loca y un gato que se llama Mostaza decidió que me odiaba.

Risas.

—Vine a esconderme. A desaparecer un tiempo. A no pensar. Y lo que encontré fue... esto. —Señalé alrededor—. Encontré un pueblo que me acogió como si fuera de aquí. Un bar donde Marcelino me

ponía sidra sin preguntar. Una clínica donde un veterinario antipático me dejó organizar su vida.

Miré a Bruno. Bruno me miraba. La sonrisa.

—Encontré a una niña de cinco años que me enseñó que los dinosaurios no se han extinguido del todo. Encontré amigos que se convirtieron en familia. Y encontré un trabajo que tiene sentido: contar las historias de las personas que hacen cosas increíbles en sitios que el mundo ha olvidado.

Silencio. El tipo de silencio que es mejor que cualquier aplauso.

—Gael hace sidra. No sidra cualquiera: sidra que lleva cuatro generaciones de saber, de manos callosas, de inviernos esperando a que la manzana haga lo suyo. Don Emilio hace queso en una cueva que tiene más años que la catedral de Oviedo. Y los dos llevan toda

la vida sin que nadie les cuente al mundo lo que hacen. Eso cambia hoy.

Apreté un botón. La pantalla del portátil proyectó la web en la pared: la tienda online de la sidrería, con fotos, historia, pedidos directos. Primer pedido del día: doce botellas a Barcelona.

Gael, desde la primera fila, se tapó la cara con la mano. Estaba llorando. O la sidra le había salpicado el ojo. Pero lloraba.

—No estoy llorando —dijo.

—Sí lloras —dijo Marcelino.

—¡Es la sidra!

—La sidra no salpica sola.

Aplausos. Risas. Abrazos. Gael me levantó del suelo —otra vez— y gritó algo que sonaba a «¡escanciá, hostia, que hay que brindar!» y Marcelino desde la barra gritó lo mismo y la fiesta explotó.

Comí empanada. Bebí sidra. Bailé con Gael, que seguía siendo terrible bailando. Hablé con don Emilio, que me enseñó fotos de su nueva web en el móvil como si fuera un padre mostrando fotos de

un recién nacido. La alcaldesa me propuso tres clientes más. Un periodista de Oviedo me pidió una entrevista.

Y en algún momento de la noche, Bruno se acercó.

—Bien —dijo.

—¿Solo bien?

—Muy bien.

—Vaya, Bruno. Un adverbio. Me estás malcriando.

Sacó algo del bolsillo. No el collar —el collar ya lo llevaba yo—. Otra cosa. Pequeña. Envuelta en papel.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Lo abrí. Dentro, un colgante nuevo para la cadena de plata. No azabache: una piedra verde, diminuta, pulida. Del color exacto de sus ojos.

—Esmeralda asturiana —dijo—. La encontré en un anticuario de

Cangas. No es cara. Ni elegante. Pero...

—Es perfecta.

—No he terminado.

—Perdona.

—Mi abuela me dijo que le diera el collar a alguien que hiciera que el pueblo fuera hogar. La esmeralda... la esmeralda es para alguien que hace que mi vida sea hogar.

Le miré. El ruido del lagar, la música, las risas. Todo desapareció. Solo él. Sus ojos verdes. Su voz grave. Sus palabras, que eran tan pocas y tan enormes.

—¿Me está pidiendo algo, señor Medina?

—Te estoy dando algo. El resto, si quieres, lo vamos viendo.

Me besó. Delante de todo el pueblo. Delante de Rosa, de Gael, de

Marcelino, de don Emilio, de la alcaldesa, del periodista de Oviedo.

El pueblo aplaudió.

Marcelino gritó: «¡Escanciá, hostia, que hay que brindar!»

Y Olivia, desde detrás de la barra donde estaba jugando con la hija de Tomás, gritó:

—¡PAPÁ Y MARTINA SE QUIEREN! ¡YA ERA HORA!

Me reí. Con los ojos húmedos, el colgante en la mano y el corazón tan lleno que me dolía. Pero del dolor bueno. Del que significa que

estás viva y que te importa algo y que el mundo, a pesar de todo, es un sitio donde merece la pena quedarse.

Bruno me abrazó. Fuerte. Con el olor a lana y a sidra y a él. Y susurró en mi oído:

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por quedarte.

—No me las des. Yo debería darte las gracias.

—¿Por qué?

—Por ser lo que no estaba en el plan.

Sonrió. La sonrisa entera. La de siempre.

Mi sonrisa favorita.

36

Epílogo

Un año después.

Domingo por la mañana. La casa de Bruno —nuestra casa, porque hacía seis meses que había traído mi ropa, mis libros, mis pendientes y mi caos organizado, y Rosa había dicho «ya era hora» con la misma cara que ponía cuando Mostaza cazaba un ratón— estaba en silencio.

El tipo de silencio bueno. El que viene después de una semana llena.

La oficina de la calle del Muelle tenía ahora cuatro clientes: la sidrería de Gael, la quesería de don Emilio, el hotel de Cangas y un restaurante en Ribadesella que hacía el mejor cachopo de Asturias y que ahora vendía reservas online a turistas de toda España. La división rural de Beltrán & Vega facturaba más que la mitad de los

clientes madrileños de Ana, lo cual nos había sorprendido a las dos y al contable.

Viajaba a Madrid una semana al mes. El primer viaje fue raro: volver a Chamberí, a las calles que conocía, a la oficina que Ana había montado con plantas, luz natural y una cafetera que hacía cappuccino de verdad. El segundo viaje fue más fácil. El tercero, rutina. Madrid ya no era mi hogar. Era mi oficina de vez en cuando. Mi hogar estaba a quinientos kilómetros, en una casa con vistas al mar y un hombre que dejaba la cafetera preparada antes de irse a trabajar.

Ana estaba contenta. Los inversores estaban contentos. Yo estaba contenta.

Mi madre había venido a Asturias en Navidad y había decidido que le gustaba el mar «pero el frío no, hija, esto es de osos». Se quedó diez días. Cocinó con Bruno. Compitieron por quién hacía la mejor

tortilla, que en España es el equivalente a una batalla a muerte. Empate técnico, según Olivia, que fue jueza.

—No está mal tu veterinario —dijo Carmen Vega, tomando café en la cocina, mirando los Picos de Europa por la ventana.

—Gracias, mamá.

—No le digas que he dicho eso.

—Ya lo sabe.

—¿Cómo?

—Porque lo estás diciendo delante de él.

Bruno, desde el fregadero:

—Gracias, Carmen.

Mi madre se puso roja. Primera vez en cincuenta y nueve años.

Sara y Marcos se habían casado en junio. Boda pequeña, en un jardín de Getafe, con Lucía como dama de honor, yo como testigo y Bruno como acompañante. Bruno llevó traje. Traje. Le quedaba tan

bien que Sara me dijo al oído: «Si alguna vez te casas con él, avísame para comprar un sombrero».

Lucía estaba saliendo con Gael.

Nadie lo esperaba. Todo el mundo lo entendía.

Se conocieron en la segunda visita de las chicas. Gael le enseñó a pescar nécoras. Lucía le hizo la carta astral. Al tercer día, Gael dijo: «Esta tía está loca y me encanta.» Lucía dijo: «Tu Marte en Leo es irresistible.» Yo dije: «Esto no puede estar pasando.» Sara dijo: «El universo trabaja de formas misteriosas.»

Lucía venía a Asturias cada dos semanas. Gael iba a Madrid cada tres. Era improbable, caótico y absolutamente perfecto. Como ellos.

Olivia tenía seis años y quería ser «veterinaria de dinosaurios y también de caballos». Había empezado primaria. Leía sola. Dibujaba

dinosaurios con una precisión que impresionaba a su profesora. Y cada noche, antes de dormir, me pedía que le leyera «El principito».

—Martina, ¿el principito se queda con la rosa?

—Sí. Siempre vuelve a ella.

—Como papá contigo.

—Como papá conmigo.

Inés había tenido un bebé con Sergio. Un niño, Lucas. Olivia estaba encantada: «Mi otro hermano», decía, como si tener hermanos en casas distintas fuera la cosa más natural del mundo. Y lo era. Porque la familia no era una forma: era un sentimiento.

Domingo por la mañana. La casa en silencio. Desayuno.

Olivia dibujaba dinosaurios en la mesa con rotuladores. Tenía harina en la nariz porque había intentado hacer un bizcocho ella sola a las siete de la mañana y había fracasado espectacularmente, lo cual habría sido un problema si Bruno no hubiera limpiado la cocina con la paciencia de un santo mientras ella le explicaba que «el horno tiene la culpa, papá, no yo».

Bruno hacía tortilla. Porque los domingos eran de tortilla. Y porque Bruno cocinaba como respiraba: siempre, sin esfuerzo aparente, con

una dedicación que convertía cada plato en un acto de amor encubierto.

Yo leía las noticias en el móvil con los pies encima de él en el sofá. Luna dormía al sol, vieja y feliz, con la pata que una vez tuvo esguince perfectamente curada. Nube ladraba al cartero desde la ventana, como cada domingo.

Mostaza... Mostaza seguía juzgándome. Pero ahora se subía a mi regazo a veces, cuando nadie miraba, y ronroneaba como si fuera su idea y no una concesión.

—Martina.

—¿Mm?

—Estoy pensando en ampliar la clínica.

Levanté la vista. Bruno estaba de espaldas, en la cocina, batiendo huevos. No me miraba. Pero su voz tenía ese tono que significaba que estaba diciendo algo importante y no quería que pareciera importante.

—¿Ampliar?

—La trastienda. Convertirla en una segunda consulta. Contratar a otro veterinario a tiempo parcial. Para que yo pueda... tener más

tiempo.

—¿Más tiempo para qué?

—Para esto. —Señaló vagamente a la cocina, a Olivia, a mí, a todo —. Para vivir.

Sonreí. Desde el sofá, con los pies en el aire y el pelo revuelto y la camiseta vieja de Bruno que usaba de pijama.

—¿Necesitas un plan de negocio?

—Necesito una socia.

—¿Me estás ofreciendo trabajo?

Se giró. Me miró. La sonrisa. Los ojos verdes. La sartén en una

mano y el tenedor en la otra.

—Te estoy ofreciendo una vida.

Silencio.

—Acepto.

—¿Sin negociar?

—Sin negociar.

Olivia levantó la vista de sus dinosaurios.

—¿Martina se queda para siempre?

—Para siempre, bichillo.

—¡BIEN!

Volvió a sus dinosaurios. Bruno volvió a su tortilla. Luna bostezó. Mostaza me ignoró.

Y yo miré por la ventana. Los Picos de Europa, niebla, verde, mar. El pueblo de Rosa, la clínica, la oficina con dinosaurios en la puerta. Un

hombre que hablaba poco y decía mucho. Una niña que hablaba mucho y decía todo.

Nada de esto estaba en el plan. Ni el pueblo, ni la clínica, ni el veterinario, ni la niña, ni la sidra, ni los acantilados, ni los dinosaurios, ni el gato que me odiaba.

Nada.

Y era exactamente lo que necesitaba.